R. G.
Bernard

LAS
ELIGIONE

RUGUERA

LAS RELIGIONES

R. G. BERNARD

*

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

© R. G. Bernard - 1962
Texto

La presente edición es propiedad de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Edición especial: setiembre, 1972

Printed in Spain

Impreso en España

Depósito legal: B. 36.358 - 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

INTRODUCCION

Un viajero del pasado siglo que residió durante muchos meses entre los salvajes dieri, en la Australia Central, narró en páginas estremecedoras las ceremonias que practican aquellos primitivos para producir o invocar la lluvia, cuando el azote de la sequía resulta ya insoportable para sus vidas y para sus cultivos.

Los hechiceros dieri, pintarrajeados con extraños dibujos que poseen virtudes sobrenaturales, se entregan a una frenética danza al son rítmico y enervante del tam-tam. La danza se prolonga durante toda la jornada hasta la caída de la tarde. Entonces los hechiceros, visiblemente agotados y con el cuerpo bañado en sudor, entran en un estado de éxtasis, acompañado de convulsiones histéricas, jadeos y estremecimientos de todo el cuerpo.

Los miembros de la tribu, que rodean silenciosamente a los danzantes, comienzan a implorar a los espíritus de sus antepasados, los mura-muras, para que hagan que la benéfica lluvia caiga sobre la tierra resquebrajada y reseca. Entretanto, un anciano se ha aproximado a los frenéticos danzarines y, mascullando plegarias ininteligibles, procede a efectuar unos cortes en los brazos y en los cuerpos de los hechiceros, de los que mana sangre copiosamente. Aquella sangre, que simboliza ríos o cascadas de lluvia manando del cielo, no inquieta lo más mínimo a los danzarines posesos, que prosiguen extasiados su frenética ceremonia, mientras sus bocas babean blanca espuma y sus cuerpos soportan aquel rito castigador.

Los hechiceros, con el cuerpo ensangrentado, arrojan al aire plumas de ave, que en su caída se adhieren

a la sangre y al sudor de su cuerpo y con el fantasmal aspecto prosiguen danzando con frenesí creciente, hasta que el sol se oculta definitivamente tras las montañas. Los dieri ya no dudan de que la esperada lluvia no tardará en producirse.

He aquí una ceremonia típica para invocar la lluvia. Ceremonia que aún actualmente es posible descubrir en las tórridas llanuras de la Australia Central, pero cuya antigüedad se remonta a miles y miles de años. Cuando la Tierra era un planeta joven, sus moradores, en los espesos bosques de una agreste Europa o en las perdidas islas de la Polinesia, practicaban ritos similares, invocando a sus dioses, reclinándose ante un fetiche o sacrificando vidas humanas en atroces ceremonias para obtener los favores de un alto espíritu .. Implorando, suplicando, rezando o sacrificando, dominados por el anhelo, la angustia o la esperanza.

Nuestros lejanos antepasados han practicado ceremonias religiosas, han tenido sus ídolos y han conocido los rituales de la invocación. Después de ellos, una larga cadena de hombres ha conservado, y en otros casos ha transformado, aquellas primitivas ceremonias y aquella complicada liturgia nacida del temor y del miedo hacia lo desconocido. Pero, ¿cómo ha podido el hombre moderno, el investigador científico, conocer y penetrar los misteriosos ritos y ceremonias que practicaban unos hombres que vivieron hace muchos miles de años?

Actualmente es posible penetrar en los orígenes de la vida del hombre gracias a unos métodos de investigación científica adecuados a este fin. Métodos nuevos, por otra parte, en el campo de la investigación histórica, porque el hombre primitivo, el hombre prehistórico, no nos ha legado documentos escritos, crónicas o testimonios sobre sus formas de vida y sus costumbres. El hombre moderno, cuando ha querido perforar las tinieblas de la Prehistoria ha tenido que recurrir a métodos nuevos y adecuados para aquella difícil misión.

Al igual que la Geología rehace la historia de la Tierra gracias al examen de los fósiles, la Historia intenta avanzar en las edades prehistóricas gracias al estu-

dio de sus fósiles vivientes, fósiles actuales, pervivencias anquilosadas de edades remotísimas, como lo son las tribus salvajes que existen actualmente en Africa o en Oceanía, con sus formas de vida atascadas en la Edad de Piedra, mientras a unos centenares de kilómetros de distancia rugen los potentes motores de un turborreactor o se alzan orgullosos rascacielos. Y estas tribus salvajes, botón de muestra de la vida en edades remotas, ofrecen una cantera de datos interesantísimos para el estudio de la vida primitiva. En sus leyendas o instituciones, conservadas por tradición; en la comparación y estudio de su lenguaje hablado, herencia de remotos antepasados; en el estudio de sus ritos y costumbres, que perviven fosilizados desde hace milenios... Datos, todos ellos, que con la ayuda de los hallazgos procedentes de las excavaciones y de su detenido estudio, permiten construir el mosaico de la historia en los albores de la humanidad.

Etnólogos, arqueólogos y prehistoriadores trabajan para descubrir, estudiar y comprender las formas de vida del hombre primitivo. Para reconstruirlas y para tratar de penetrar en su cerebro e interpretar sus lejanos pensamientos, descubrir sus temores y tratar de esbozar su extraña concepción del mundo.

Porque desde su origen el hombre ha reflexionado, ha meditado y ha tratado de comprender e interpretar los acontecimientos que ocurrían a su alrededor. Ha observado la Naturaleza con atención y ha tratado de descifrar su lenguaje e interpretar sus leyes. Pero como su inteligencia era limitada y sus conocimientos escasos ha caído en interpretaciones groseras y elementales. El hombre primitivo ha dotado a las fuerzas de la Naturaleza de personalidad propia y las ha deificado y adorado como a espíritus, tratando de congraciarse con ellos y de utilizarlos para su propio beneficio. Y de esta manera han surgido infinidad de deidades, espíritus temidos, queridos o respetados que simbolizan el bien o el mal, la vida o la muerte. El trueno, que anuncia la tormenta, será divinizado. Y el fuego, elemento extraño y poderoso, el agua y los principios de fecundidad. Y todo un sistema de interpretación de la

Naturaleza irá surgiendo e irá depurándose hasta llegar a las más complejas mitologías. Pero el hombre, situado en el centro del gran cuadro que forman las fuerzas naturales, no querrá renunciar a su título de dominador de la Naturaleza e investigará sus leyes tratando de dominarlas, con groseras supersticiones al principio, y descubriendo los primeros pilares de la ciencia más tarde. Porque habrá de ser la ciencia, en definitiva, la que descorrerá el espeso velo de la ignorancia y superstición primitivas.

Pero el camino que lleva hasta la ciencia es muy largo y en su vestíbulo se encuentra una larguísima eta pa jalonada por magos, hechiceros, oráculos y astrólogos que prolongan el período de las creencias mágicas y mitológicas, entremezcladas a veces con verdades científicas, pero que retardan la llegada de la ciencia, que no aparece, en su auténtico sentido, hasta el siglo VII antes de Jesucristo, con los albores del pensamiento griego.

Y esta cohorte de magos, hechiceros y sacerdotes, depositarios de la sabiduría y de los poderes sobrenaturales, encontrará su momento de mayor esplendor durante el apogeo de las grandes civilizaciones orientales. Los sacerdotes mesopotámicos o egipcios, ocupando unos puestos claves en aquellas sociedades, representan, evidentemente, la conjunción de la magia y el poder, la sabiduría y el reconocimiento oficial de sus privilegios. Los principios científicos —en especial astronómicos y matemáticos— se entremezclan con las supersticiones de orden sobrenatural para fortalecer y justificar una situación política. El despotismo imperial, la divinidad de la persona del monarca o el privilegio de la vida futura se sustentan en el andamiaje, poco sólido, de la superstición mágica y la ignorancia. Y así veremos, con el correr de los siglos, que el día en que la Astronomía griega pase a manos de los matemáticos, la Mitología griega, herida de muerte con la llegada de la Ciencia, sufrirá un aparatoso derrumbamiento, que arrastrará en su caída a las instituciones sociales y políticas asentadas en aquellos mitos.

Pero ahí está, hasta que ese día llegue, una lar-

guísima etapa de la historia de la Humanidad, velada por las brumas de la lejanía histórica, en la que los hombres luchaban contra lo desconocido y, al tratar de dominar aquellas fuerzas superiores, inventaban leyes de relación y de causalidad y buscaban la forma de propiciarse con ellas o de protegerse contra ellas. Y estas páginas apasionantes de la historia de la Humanidad, dominadas por la angustia, la zozobra y el misterio, forman el gran capítulo de la historia de las religiones y de las creencias primitivas, anteriores a la llegada del Cristianismo, que habrá de marcar un jalón luminoso, como inicio de una nueva Era.

EL DESPERTAR DEL HOMBRE

La magia o hechicería

Quien haya observado atentamente la conducta de los niños, cuya mentalidad está muy próxima de la del primitivo salvaje, habrá observado que su exuberante fantasía les permite crear un maravilloso mundo totalmente extraño a la disciplinada mentalidad de la persona adulta. El niño agita sus brazos y dice haberse convertido en un avión, se revuelca por el suelo en la creencia de haberse transmutado en pez que navega veloz por las aguas... El niño, con su vivísima imaginación, crea un universo fantástico y lo puebla de cosas extrañas y chocantes para el adulto.

El salvaje, al que Freud bautizó como el adulto-niño, realiza algo semejante. Pero el salvaje, o el hombre primitivo, al verse inmerso en un mundo hostil, repleto de asechanzas, calamidades geológicas, fieras hambrientas, enfermedades y enemigos humanos, reacciona en forma primitiva y trata de conjurar aquellas fuerzas o aquellos seres para que no le causen ningún daño. El hombre primitivo, solo e inerme, no tiene todavía el nivel mental suficiente para imaginar la existencia de un Gran Espíritu, de un Ser Supremo, del que dependen todos los seres y objetos que existen sobre la Tierra. En estas circunstancias, el hombre primitivo, que aún no ha descubierto el estadio religioso, se entrega a prácticas y a ritos mágicos, tratando de dominar las fuerzas enemigas y procurando defenderse con sus conjuros contra aquellos elementos hostiles que atentan contra su vida.

De aquí, pues, que las actividades mágicas en el salvaje, como en el niño, precedan a las creencias de orden religioso, que requieren un superior nivel mental. El niño, cuando se ha dado un coscorrón con una silla, procede a golpearla, como castigándola. He aquí, pura y diáfana, una típica ceremonia de magia que los niños practican en sus hogares de las civilizadas Europa y América. Esta elemental reacción del niño, que ya ha dejado de sorprendernos, es paralela a las ceremonias que hace muchos miles de años practicaban nuestros antepasados, o que aún siguen practicando otros hombres en la espesura de la selva, con el ánimo de defenderse y de protegerse contra una Naturaleza hostil.

Así pues, la magia forma el primer estadio de las creencias humanas. Pero, ¿qué misterios se esconden realmente tras esta sugestiva palabra?

Un estudio detenido de los principios que sustentan la magia conduce a descubrir las grandes leyes generales que, desde la más remota Antigüedad, gobiernan sus ritos y creencias. Estas leyes generales pueden reducirse a dos, que dan lugar a dos diversos tipos de magia, aceptados tradicionalmente por los investigadores, a partir de los estudios de Frazer.

El primer principio mágico es el de que lo semejante tiende a producir lo semejante, y es la base de todo el conjunto de ceremonias que se engloban dentro del grupo de la magia llamada imitativa u homeopática (1).

El segundo principio mágico es el de que las cosas que una vez estuvieron en contacto se influyen recíprocamente, aun a grandes distancias físicas. Este principio da lugar a todos los ritos comprendidos dentro de la magia contaminante o de contagio.

Del primer principio mágico, esto es, de la ley de semejanza, el mago deduce que puede producir el efecto que desea con sólo imitarlo. El mago o hechicero cree poder dominar las leyes naturales con su ciencia, fal-

(1) Homeopática procede de la voz griega *homos* (igual) y *pathos* (sentimiento).

sa ciencia, y crea una relación de causalidad basada en la semejanza o en la imitación. Este principio mágico se encuentra muy difundido en todas las civilizaciones primitivas, y pervive en las prácticas de magia y brujería en la actualidad. Es bien conocida, por ejemplo, la costumbre de dañar o destruir la imagen o reproducción de una persona enemiga, en la creencia de que aquel rito provocará un daño en la persona misma. En esta ceremonia mágica tan característica y difundida por Africa, Oceanía, e incluso Europa, se advierte el secreto mecanismo que gobierna la magia en todos los casos. La misteriosa afinidad, la mutua interrelación de los seres y objetos y su secreta intercomunicación son las piedras medulares que sostienen el gigantesco edificio de la magia en todas las épocas y latitudes. Pero la magia, además de ser una ciencia y teoría, una verdadera concepción de la Naturaleza, es un arte, una ciencia aplicada, con la que el hechicero pone en práctica aquellos principios teóricos, verdaderas directrices que gobiernan su pensamiento.

Así pues, estas dos clases de magia perfectamente diferenciadas, a saber, la magia imitativa y la magia contaminante, se reducen, en su esencia, a parecidos esquemas lógicos, radicalmente erróneos, pero con un arraigo y difusión sorprendentes en las culturas primitivas. Si un indio ojibwas desea causar un daño a su enemigo por ejemplo, construye una imagen de dicha persona y después le clava una estaca en la cabeza o en el corazón. Pero esta costumbre puede encontrarse fácilmente en otros grupos étnicos muy distantes en el espacio y en el tiempo. Los indios del Perú queman las efigies de sus enemigos, asegurando que de esta forma queman su alma. Análogas costumbres pueden encontrarse entre los malayos y aun entre los supersticiosos escoceses de la actualidad.

Esta sorprendente difusión universal de los principios mágicos ha dado pie a numerosas conjeturas y suposiciones. Sin embargo, las semejanzas de muchos núcleos culturales primitivos, manifestadas en coincidencias de su folklore, idioma o tecnología, no encierran ningún misterio. En muchos casos, como demues-

tra la Etnografía, es posible comprobar el contacto material de aquellos grupos humanos a través de emigraciones, guerras u otros fenómenos. En otros casos hay que atribuir estas coincidencias a semejanzas de los factores que determinan la evolución social y cultural de los pueblos. En este sentido es posible afirmar, como norma general, que dos pueblos aislados físicamente, pero cuya evolución histórica se desarrolla en parecidas condiciones ambientales, sufren una muy parecida línea de evolución. Las semejanzas del suelo, del clima, de la flora y de la fauna pueden determinar el nacimiento de parecidas costumbres y de un mismo tipo de reacciones entre los hombres de dos grupos étnicos que jamás han entrado en comunicación. Esta norma general aplicable al terreno del folklore, la cultura y la técnica, es asimismo perfectamente aplicable al orden de la religión y de las costumbres mágicas.

La magia imitativa u homeopática

Se han visto un poco más arriba algunos ejemplos característicos de magia imitativa al servicio de una idea malévola, la de causar daño a una persona. Sin embargo, la magia no persigue siempre esta finalidad maléfica y, en muchos casos, persigue una idea benéfica apoyándose en los mismos erróneos principios de la ley de semejanza.

Así, por ejemplo, entre los battacos de Sumatra, cuando una mujer estéril desea llegar a ser madre, tallará en madera una figura de niño y la colocará en su regazo, creyendo que este rito ayudará a su fecundación. Costumbres semejantes se registran entre los indígenas del archipiélago Babar.

El estudio de las costumbres y ritos mágicos conservados en la actualidad por tribus salvajes o semisalvajes ha sido mérito singularísimo del sabio escocés sir James George Frazer (1854-1941), que en su famosa obra *La rama dorada (The Golden Bough)* ha rescatado para la cultura el remoto y misterioso origen de

muchas costumbres actuales. Los doce tomos de *La rama dorada* son un legado inestimable a la cultura moderna y una demostración clarividente de sus teorías sobre el origen mágico de las religiones. Este estudio sistemático de las costumbres mágicas no puede ser desconocido por quien desee penetrar en el intrincado mundo de la magia y de la superstición.

Entre los muchos ejemplos de magia imitativa que cita Frazer, son particularmente elocuentes los que persiguen la finalidad de favorecer la caza o la pesca. Los indios de la Columbia Británica, por ejemplo, que observan alarmados la ausencia de peces en sus ríos, colocan en el agua imágenes de los peces, esperando que dicha imagen atraerá la pesca. Los isleños del estrecho de Torres usan modelos de vacas marinas y de tortugas para atraerlas con este hechizo. En la isla de Nía, cuando ha caído un jabalí en la trampa preparada por los nativos, al sacarle de allí le frotan el lomo con nueve hojas caídas, creyendo que del mismo modo que han caído las hojas del árbol, así caerán en la trampa otros nueve jabalíes. En algunas islas de las Indias Orientales, cuando un pescador va a colocar un aparejo de pesca en el mar, echa una mirada a su alrededor buscando un árbol cuyos frutos estén muy picoteados por los pájaros y arrancando la rama que haya sido más castigada por las aves, la utiliza para fijar su aparejo. El indígena cree que del mismo modo que el árbol ha atraído muchos pájaros a su fruta, así también la rama cortada de ese árbol atraerá mucho pescado a su trampa.

Entre algunos habitantes de la gran isla de Halmahera, al oeste de Nueva Guinea, existe la práctica de poner en la boca del cazador la bala con la que después se cargará el fusil. Hacer esto es, prácticamente, comerse la caza que será el blanco de la bala. Es costumbre entre los malayos, mientras esperan el resultado de haber cebado la trampa para cocodrilos, tener la precaución de tragarse tres puñados de *curry*, porque esto ayuda al cebo a escurrirse por la garganta con más facilidad.

De la misma forma que la magia se aplica práctica-

mente a unas funciones tan esenciales para el hombre, como son la caza y la pesca, así también la salud, el cuidado de las fuerzas corporales y la conservación de la vida serán, desde el primer momento, objeto de numerosas prácticas mágicas.

Los antiguos hindúes, por ejemplo, utilizaban una complicada ceremonia mágica para curar la ictericia. El paciente era embadurnado por el hechicero con una papilla amarilla y luego lavado, para borrar la amarillez del paciente.

Con los antedichos ejemplos salta a la vista el mecanismo lógico que rige las prácticas de la magia imitativa. «Lo semejante produce lo semejante», dice la ley de semejanza. Y aceptando este erróneo principio lógico, el mago y el hechicero se afanarán por aplicarlo en los momentos y actividades más importantes de la vida del hombre. La vida y la muerte, la caza y la pesca o la siembra y la cosecha serán el primer objeto de las prácticas mágicas, con las que el hechicero cree intervenir y regir las leyes naturales.

Pero la magia imitativa no consta solamente de preceptos positivos, imposiciones. La magia, en general, consta también de preceptos negativos, que es tanto como decir prohibiciones. Así pues, hay que distinguir los preceptos positivos, o encantamientos, de los preceptos negativos, o tabúes.

La significación del tabú dentro de la magia es muy importante y será en parte examinada en otro lugar de este libro. Sin embargo, los principios doctrinales del tabú no escapan a las leyes generales de la magia imitativa. Si el encantamiento, o magia positiva, se basa en el principio: «Haz esto para que acontezca esto otro», el tabú, o magia negativa, se basa en... «No hagas esto para que no suceda esto otro».

Entre los huzuls, cazadores de las montañas de los Cárpatos, la mujer no hilará mientras su marido está cazando, de lo contrario la caza dará muchas vueltas, como el huso, y el cazador no dará en el blanco. Un tabú semejante se encuentra en las islas Sajalín, en donde una mujer embarazada no puede hilar desde dos meses antes del parto, de lo contrario las entrañas de

la criatura se enredarían de un modo semejante. En algunas islas de las Indias Orientales nadie que llegue ante la casa de un cazador quedará indeciso a la puerta; si lo hace, de igual modo lo hará la caza, parándose indecisa frente a la trampa y volviéndose en lugar de quedar atrapada en ella. Estos tabúes son rigurosamente respetados y su infracción es con frecuencia severamente castigada, como se verá más adelante.

Uno de los más típicos es el tabú o prohibición de ingerir determinados alimentos. A este respecto, escribe Frazer: «Lo mismo que el salvaje come muchos animales o plantas para adquirir ciertas cualidades deseables, de los que supone están dotados, evita comer otros por miedo de adquirir ciertas otras cualidades indeseables, de las que cree se hallan infectados.» Comiendo los primeros, practica magia positiva; absteniéndose de los últimos, practica magia negativa. Encontraremos después abundantes ejemplos de la magia positiva y aquí daremos algunos de la magia negativa o tabúes.

Así, en Madagascar se prohíbe a los soldados comer ciertos alimentos por el temor, fundado en el principio de la magia homeopática, de contaminarse de algunas peligrosas o indeseables propiedades que se atribuyen a esos manjares; por ello no pueden comer erizo, «pues se teme de este animal su propensión a enrollarse como una pelota cuando está alarmado», condición de tímido encogimiento que adquirirá aquel que participe de él. Tampoco ningún soldado comerá rodilla de buey, para no debilitarse de las rodillas como el buey e inhabilitarse para las marchas. Además, el guerrero evitará comer gallo que haya muerto en pelea, ni en su casa se matará ningún animal macho mientras él esté guerreando. Pues le parece evidente que si comiera gallo muerto en pelea, él moriría en el campo de batalla, y que si en su casa matasen animal macho durante su ausencia, también él sería muerto de modo semejante y hasta quizá en el mismo momento. Por último, el soldado malgache evitará comer riñones, pues en el lenguaje malgache la palabra riñón es la misma que "disparo" y seguramente recibiría un tiro si come riñones.

Esta pintoresca descripción de Frazer sobre las costumbres en la isla de Madagascar no es tan sorprendente como pudiera parecer a primera vista, pues también en la civilizada Europa es posible encontrar creencias mágicas con respecto a la ingestión de alimentos. En algunas zonas rurales se cree, por ejemplo, que el comer seso de animales despierta la inteligencia y aviva la memoria. Esta práctica está basada en el principio mágico de la semejanza.

A través de los ejemplos expuestos ha quedado claro que la interacción mágica puede producirse a grandes distancias físicas, como si unas secretas fuerzas o una misteriosa afinidad fuera capaz de operar los efectos mágicos. Esta «teleacción» o «telepatía» es uno de los supuestos fundamentales de la magia. Los salvajes aceptan a pies juntillas este principio, y no sólo lo aceptan en el orden de las ideas, sino que actúan consecuentemente con él. Por eso el soldado malgache no quiere que se sacrifique en su casa un animal macho mientras él está peleando. Por esta misma razón el cazador de elefantes de Laos previene a su mujer para que no se corte el pelo ni se unte el cuerpo durante su ausencia, pues si se corta el pelo, el elefante romperá los lazos de la trampa, y si ella se engrasa el cuerpo, el elefante se escurrirá de ella.

Un ejemplo sorprendente de conexión mágica a distancia se encuentra en las islas Kei, al sudoeste de Nueva Guinea. Cuando en estas islas se bota un barco que está próximo a salir para un puerto distante, la parte de la playa en que estuvo varado se cubre con ramas de palmera y el sitio es considerado como lugar sagrado. Nadie puede, en consecuencia, cruzar sobre él hasta que el barco regrese al puerto de salida. Caminar sobre él ocasionaría, inmediatamente, la pérdida del barco. Además eligen a tres o cuatro muchachas para que mientras dure la travesía del barco estén en conexión mental con los marineros. Durante todo el tiempo en que se cree que el barco está navegando, ellas deben permanecer inmóviles, salvo para las más imperiosas necesidades, acuclilladas sobre sus esterillas y con las manos entrelazadas y sujetas sobre las rodillas. No

deberán hacer ningún movimiento a la derecha o a la izquierda, con la cabeza o el cuerpo. Si lo hacen causarán el cabeceo y los bandazos del barco.

Esta magia telepática, basada en la ley de semejanza, encuentra algunas formas muy significativas durante las guerras, en el momento en que el marido se separa de la mujer, o el hijo de la madre, y la sensibilidad emocional se agudiza, y con ello surgen numerosas prácticas mágicas que tienden a proteger y favorecer la vida y la suerte de los guerreros.

Así, entre los dayacas de Borneo, cuando un guerrero está a la «caza de cabezas», su mujer, o en su defecto su hermana, deberá llevar una espada día y noche, para que el guerrero esté siempre pensando en sus armas. La mujer no se tumbará a dormir antes de las dos de la madrugada, por temor de que a su marido o hermano lo sorprenda el enemigo durante el sueño. En otras tribus se determina que las mujeres deberán madrugar y abrir las ventanas tan pronto como amanezca, pues de otro modo sus maridos ausentes dormirán demasiado. Las mujeres no se engrasarán el cabello, pues los hombres resbalarían. Las mujeres nunca se adormilarán ni harán siesta, ya que, en este caso, los hombres irán somnolientos en sus caminatas. La mujer guardará una fidelidad absoluta al marido, pues de otro modo esto les sería fatal. Todas estas imposiciones, al igual que los tabúes, tienen por objeto proteger la vida del guerrero y ayudarlo en su suerte.

En muchos lugares es frecuente que las esposas y hermanas de los guerreros dancen sin tregua durante la ausencia de los esposos y hermanos, en la creencia de que bailando comunican valor, energía y buena suerte a sus hombres. Esta creencia está bastante extendida y se encuentra en lugares tan alejados como la isla de Madagascar y la Columbia Británica, en donde los indios thompson practican esta costumbre.

Otra aplicación práctica muy difundida de la magia es la referente a los ritos relacionados con los cultivos agrícolas y con el control del clima también, todo ello conducente a asegurar unas cosechas satisfactorias para la tribu. En este punto son notables las coinci-

dencias entre los pueblos cuya principal fuente de vida es el cultivo agrícola, por muy alejados que se encuentren. Está muy difundida, por ejemplo, la práctica de la unión de un hombre y una mujer sobre el terreno del sembradío, en la convicción de que aquella ceremonia contribuirá a fecundar la tierra y a proporcionar una mejor cosecha. Es frecuente que esta ceremonia sea practicada colectivamente por los habitantes de los pueblos agrícolas en las épocas propicias.

Es creencia común, también, que una mujer estéril perjudica las cosechas. Una mujer fértil, en cambio, hará que fructifiquen. La relación entre las leyes de la reproducción humana y la reproducción vegetal se estrecha en estas prácticas mágicas, para producir los efectos deseados, de acuerdo con la ley de la semejanza.

Entre los pueblos agrícolas abundan también las ceremonias destinadas a dominar el tiempo atmosférico y con ello a favorecer las cosechas. El brujo «hacedor de lluvias» es una figura común en estas culturas, especialmente en la situadas en países tórridos, en Africa y en Australia Central. Pero las prácticas mágicas destinadas a provocar la lluvia aparecen también en otras culturas superiores. Frazer cita, por ejemplo, una antigua ceremonia practicada en algunas aldeas rusas. Cuando se hacía esperar mucho la lluvia, gateaban tres hombres a lo alto de unos abetos. Uno golpeaba con un martillo sobre un caldero para imitar el trueno; el segundo entrechocaba dos hachones encendidos para que volasen las chispas, imitando el relámpago, y el tercero, llamado el «hacedor de lluvia», con la ayuda de unas ramitas de abeto asperjaba el agua de una vasija en todas direcciones. Entre los indios omaha de Estados Unidos se practica una ceremonia pintoresca cuando el maíz se está agotando por la sequía. Los miembros de la Sociedad Sagrada del Búfalo llenan una gran vasija de agua y bailan a su alrededor cuatro veces. Uno de ellos bebe agua, y luego la escupe pulverizada, imitando la lluvia menuda. Después vuelca la vasija, derramando el agua por el suelo, y los danzarines se ponen de bruces para beber el agua, llenándose la cara de barro.

Al igual que la lluvia, el sol es objeto de otras prácticas mágicas, con las que el hechicero cree poder influir sobre su curso y su actividad. Los indios ojibwas, por ejemplo, creían que el eclipse significaba que el sol estaba extinguiéndose y, en consecuencia, disparaban al aire flechas incendiarias, con la esperanza de reavivar su luz agonizante. Prácticas semejantes se encuentran entre los indios del Perú durante los eclipses.

Si las ceremonias mágicas tienen lugar en los momentos más importantes de la vida y actividades humanas —la guerra, la caza, la siembra, la enfermedad— con mayor razón la muerte habrá de ser objeto predilecto de las prácticas mágicas entre todos los pueblos. Y las reliquias de los muertos, manos, ojos o huesos, instrumentos predilectos en las actividades mágicas. En este capítulo macabro de la magia abundan las costumbres pintorescas. Unos indios de México empleaban el antebrazo izquierdo de una mujer muerta en su primer parto. Con este miembro golpeaban en el suelo antes de entrar en la casa que proyectaban robar. Ellos aseguraban que con esta ceremonia se inmovilizaban los miembros de los habitantes de la casa. Con parecida intención, los ladrones de Java esparcen tierra de una tumba alrededor del lugar que piensan asaltar. De esta forma los moradores de la casa quedan sumidos en un profundo sueño, semejante a la muerte. En Europa se han registrado costumbres parecidas. La mano de un ahorcado, untada con la grasa de un malhechor que también hubiera muerto en el cadalso, era encendida por los ladrones y salteadores, que aseguraban que aquella «mano de gloria» tenía el poder de paralizar automáticamente a quien la contemplase. Estos son sólo algunos ejemplos elocuentes de los extremos a que puede conducir la ignorancia y el error, que son fuente de toda superstición.

Los ejemplos ilustrativos de magia imitativa pueden multiplicarse hasta el infinito. Los indios huicholas admiran los bellísimos dibujos del lomo de las serpientes, y por esto, cuando una mujer va a tejer o bordar, su marido caza una serpiente grande y la sujeta con un palo hendido, mientras la mujer la acaricia con la mano

a todo lo largo del lomo; después se toca con la misma mano la frente y los ojos, poniéndose así en condiciones de hacer tan bellísimos trabajos en el tejido como los dibujos del dorso de la serpiente.

En todos los casos el principio motriz de la magia homeopática o imitativa es la ley de semejanza. «Lo semejante produce lo semejante», afirma el brujo, y consecuente con esta errónea enunciación del principio de causalidad, descubre e interpreta las leyes de relación entre todos los fenómenos y actividades. El agua escupida producirá la lluvia, la imagen del pez en el río atraerá la pesca y la figura quemada del adversario le ocasionará la muerte. Aplicando en la práctica el principio de «lo semejante produce lo semejante», el mago desemboca en una pseudociencia plagada de errores, nacidos de la aceptación de un falso principio lógico.

Sin embargo, como ya se ha visto antes, la magia imitativa no es la única forma posible de actividad mágica, pues la ley del contacto produce todas las costumbres y prácticas que se engloban dentro del capítulo de la magia contaminante o contagiosa.

La magia contaminante o contagiosa

Si la magia imitativa se basaba en la llamada «ley de semejanza», la magia contaminante está basada en otro erróneo principio lógico, llamado «ley de contacto», que puede enunciarse así: las cosas que alguna vez estuvieron juntas quedan después, aunque se las separe, en cierta relación o conexión, de tal modo que todo lo que se haga a una de ellas producirá parecidos efectos en la otra. Vuelve a aparecer aquí la secreta afinidad, o misteriosa comunicación entre seres u objetos, que es piedra angular de toda actividad mágica, ya sea imitativa o contaminante. Es por esta razón por la que ambas especies de magia se suelen englobar dentro de la llamada «magia simpatética» que se basa precisamente en esta oculta afinidad o «simpatía» de las

cosas o seres, aunque se encuentren separados por grandes distancias.

Los ejemplos de magia contaminante o contagiosa son muy abundantes y perviven en todas las civilizaciones. Un ejemplo muy familiar de magia contaminante lo proporciona la simpatía mágica que se cree que existe entre una persona y las partes separadas de ella, tales como el pelo, recortes de uñas, etc. Esta secreta simpatía ha creado una superstición universal. Quien posee estas partículas de la persona puede actuar sobre ella a distancia, embrujándola, provocándole un daño o sugiriéndole mandatos en forma telepática.

Entre algunas tribus de Nueva Gales del Sur los dientes arrancados a los muchachos en las ceremonias de iniciación son custodiados siguiendo determinados ritos. Las hormigas corriendo sobre el diente del muchacho significaban, por ejemplo, el anuncio de alguna grave enfermedad para el joven.

A este respecto Frazer cita un ejemplo sorprendente acaecido en la Gran Bretaña: «En Sussex, hace unos cincuenta años, una criada se opuso con energía a que se tirara un diente de leche de un niño, asegurando que podría encontrarlo algún animal que lo royera y en ese caso, el diente nuevo sería exactamente como el del animal que mordiera el diente de leche. Para probar su afirmación se refirió al viejo señor Simmons, que tenía un diente enorme y largo en su maxilar superior, defecto personal que siempre se achacó a su madre, la que por inadvertencia tiró un diente de leche de aquél en una pocilga». En algunos países de Europa pervive esta superstición en forma de leyenda infantil. Así, por ejemplo, se les dice a los niños que los dientes de leche caídos serán cogidos por un roedor. De esta forma los nuevos dientes tendrán la fortaleza y calidad proverbiales de los roedores. Muy lejos de la civilizada Europa, en Rarotonga, isla del Pacífico, cuando se extraía un diente a un niño se solía recitar lo siguiente:

Gran rata, pequeña rata,
aquí está mi viejo diente;
os ruego me deis otro nuevo.

Lo que corrobora nuevamente la universalidad de algunas prácticas mágicas.

Los ejemplos de magia contagiosa son muy abundantes. En algunas tribus de Australia Occidental es creencia común que el recién nacido será buen nadador si su madre arroja al agua su cordón umbilical al nacer. El capítulo de la magia contagiosa está repleto de ceremonias mágicas que guardan relación con el cordón umbilical, al que se le atribuye una importancia singular en la vida de la persona, por razones evidentes.

Una aplicación muy curiosa de la magia contaminante es la relación que se establece entre una persona herida y el agente que causó la herida. Plinio explica que si se ha herido a un hombre y se está entristecido por ello, basta con escupirse a la mano que ha causado la herida y el paciente se sentirá inmediatamente aliviado. Este mismo mecanismo lógico lo aplican muchos padres con sus hijos pequeños cuando éstos se han golpeado con algún mueble u objeto. El padre golpea o castiga al objeto para aliviar el dolor del niño.

Este capítulo de la magia contaminante es muy denso en ejemplos. En Milanesia, si el amigo del hombre herido llega a estar en posesión de la flecha que lo hirió, la pondrá en lugar húmedo o entre hojas frías, para que así la inflamación se reduzca y el paciente se alivie. Por otra parte el enemigo que disparó la flecha tratará de agravar la herida por todos los medios. Con tal objeto él, con la ayuda de sus amigos, beberán jugos ardientes y mascarán hojas irritantes, porque con ello inflamarán e irritarán la herida. Con la misma finalidad mantendrán el arco cerca del fuego y, con mayor razón, la punta de la flecha si la hubiese recobrado.

Está muy difundida la creencia de que el tratamiento benéfico o malévolo del arma que causó una herida provoca el alivio o el empeoramiento del paciente. Con tal objeto los brujos recomiendan untar el arma con determinados ungüentos o mezclas venenosas. A este respecto hace notar Frazer que estas prácticas mágicas «están todavía en auge en los condados orientales de Inglaterra». Así, en Suffolk, cuando un hombre se corta con un

podón o una guadaña, tiene siempre buen cuidado de mantener la herramienta brillante y de engrasarla, para evitar que la herida se infecte. Si se clava una espina en la mano, aceita o engrasa la espina después de extraerla. Un hombre llegó a un doctor con la mano inflamada por haberse clavado un abrojo mientras estaba podando un seto. Habiéndole dicho el médico que la mano estaba infectada, hizo reparo de que «seguramente no es así, puesto que he engrasado bien el abrojo cuando lo saqué».

Todos estos razonamientos están basados, como puede apreciarse, en la aceptación de un falso supuesto lógico, totalmente erróneo y en pugna con las verdaderas relaciones de causalidad. Pero en Australia, en América o en Europa los ejemplos de magia contagiosa son abundantes. En las zonas rurales de países con altos niveles de civilización se encuentran ejemplos sorprendentes, aún en nuestros días, debido al gran espíritu tradicional de los campesinos y ganaderos, generalmente reacios a todo progreso y aferrados a viejas supersticiones transmitidas de padres a hijos desde tiempo inmemorial. Es precisamente en las zonas rurales en donde perviven mayor número de supersticiones y leyendas, contra las que tienen que luchar los veterinarios, los técnicos agrícolas y las maestros rurales. Frazer narra algún ejemplo sorprendente de superstición en zonas rurales. Los campesinos de la Baviera renana o de Hesse actúan de un modo muy singular cuando uno de sus cerdos u ovejas se rompe una pata. El campesino envuelve entonces la pata de una silla con vendas y apósitos apropiados. Durante algunos días nadie podrá sentarse en la silla ni cambiarla de sitio o golpearla, pues estas cosas producirían dolor en el cerdo u oveja y retardarían su curación. Este ejemplo tan pintoresco de lo que podría llamarse «práctica médica irracional» es, en realidad, un ejemplo de magia homeopática, sujeta a la ley de semejanza. La cura figurada de la silla producirá idéntico efecto en el animal. No puede hablarse, en este caso, de magia contagiosa.

Los principios de la magia contagiosa, si bien repug-

nan a la razón, pueden encontrar en algún caso una rudimentaria explicación. Así por ejemplo, la relación entre la herida y el arma que la causó se establece por la sangre del sujeto, fragmento de su personalidad física, que ha quedado impresa en el objeto. Aunque la vinculación lógica y las relaciones de causa a efecto sean absurdas, es fácil comprender la conexión mental que el hombre primitivo establece, actuando del mismo modo que los niños cuando tienden unos puentes lógicos entre los objetos, que dejan muchas veces perplejos a los adultos.

En algunas islas de las Nuevas Hébridas se encuentran ejemplos muy característicos de magia contagiosa, en los que la relación se establece a través de un objeto o ropa pertenecientes a una persona. En Tanna, por ejemplo, cuando un indígena odia a otro y le desea la muerte, procura apoderarse de alguna ropa que hubiera estado en contacto con el sudor del cuerpo de su enemigo. Si lo consigue, forma un paquete con dicha ropa y con unas hojas de unas plantas determinadas. A continuación comienza a quemar lentamente el paquete. Cuando la ropa está consumiéndose la víctima cae enferma, y cuando todo queda reducido a cenizas, muere. En este ejemplo de magia contagiosa es posible suponer que el contacto o relación no está tanto en la ropa, sino más bien en el sudor del individuo que impregna dicha ropa.

En todos los países del mundo, incluidos los europeos, es posible encontrar prácticas semejantes. La quema de un trozo de ropa, cabellos o uñas de la víctima para causarle un daño equivale a la quema de la imagen de la persona, que se practica en la magia imitativa. Y es que en el fondo estos dos tipos de magia nacen de la misma deformación y de la aceptación de unos falsos presupuestos lógicos que tienen una raíz común. El hombre que no ha sido capaz de establecer la relación correcta entre una causa y un efecto utiliza unas arbitrarias leyes de relación que, en la práctica, le conducen a unos resultados absurdos. De la misma manera que algunas tribus australianas desconocen la

relación que existe entre el acto de la procreación y el parto, e ignoran por consiguiente la función fecundadora del padre, así otros ignoran las leyes físicas que rigen la Naturaleza, o las leyes de la fisiología humana... Así pues, en cualquiera de los casos el error cometido es el mismo y nace de unos conocimientos deficientes y de la adopción de una postura totalmente anticientífica ante el mundo y la realidad circundante.

EL PASO AL ESTADIO RELIGIOSO

De la magia a la religión

En el anterior capítulo han quedado expuestos con suficiente claridad los presupuestos básicos de la magia simpatética. Conviene profundizar ahora en el mecanismo lógico de la actividad mágica, para deslindarla netamente del campo de la religión primitiva. En los ejemplos expuestos de magia imitativa y contagiosa se parte de la base de que en la Naturaleza un hecho sigue a otro necesaria e invariablemente, sin la mediación o intervención de algún espíritu u otro agente extraño. El mago cree que a unas causas seguirán, con certeza, determinados efectos. El no ruega a ningún espíritu, ni implora tal o cual favor de un ser superior. El se limita, como el sabio de todos los tiempos, a producir unas causas, en la creencia de que aquellas causas provocarán la aparición de ciertos efectos. En este sentido el mago es un científico, con su falsa ciencia y su torpe interpretación de la Naturaleza, y no un sacerdote.

Es posible afirmar que la magia es, en cierto modo, la hermana bastarda de la ciencia, porque toda magia entraña una cierta concepción de las leyes naturales. Pero si la ciencia y la magia están ligadas por este parentesco, falta ver ahora cuál es la relación en que se encuentran las actividades religiosas y las actividades mágicas. Para estudiar esta relación es necesario comenzar por investigar cuál es, exactamente, la naturaleza de esta palabra, tan debatida en todos los tiempos, que es la religión.

Es posible distinguir en la religión, y no en una re-

ligión concreta, sino en cualquier religión, un aspecto teórico y un aspecto práctico. En el aspecto teórico la religión supone una dependencia del hombre de algún ser superior que, en cierto modo, domina las fuerzas naturales. En el aspecto práctico, y como consecuencia de lo anterior, una de las características de toda práctica religiosa es la pretensión del hombre de atraer el favor de la divinidad. Todo ello supone, evidentemente, que el curso de la Naturaleza es elástico y variable, pues se admite la posibilidad de que los seres superiores o divinidades desvíen el normal curso de los acontecimientos. Es en razón de este poder sobrehumano que los hombres se dirigen a las divinidades para implorar tal o cual favor.

Queda esbozada la primera diferencia entre estos dos conceptos, la magia y la religión, según intervenga un factor sobrehumano o el mago actúe dentro del límite de unas normas que él considera naturales y humanas, sin mediación de un ser superior. El sacerdote primitivo, en cambio, interpreta que el universo está regido por unos agentes o divinidades, a los cuales puede implorar o persuadir. Pero esta distinción tan neta entre mago y sacerdote y entre magia y religión aparece relativamente tarde en la historia de la humanidad. Lo normal es que, en las civilizaciones primitivas, las funciones de mago y de sacerdote estén entremezcladas, así como las ceremonias y ritos que practica el hechicero, que acusan una mescolanza de elementos (1).

Pero en el orden lógico del desenvolvimiento histórico la etapa de las creencias mágicas precedió a la de las religiosas. En este sentido las investigaciones de las culturas más primitivas existentes actualmente en el globo corroboran esta tesis. Entre los aborígenes de Australia, que se cuentan entre los hombres situados en el estadio histórico más primitivo del planeta, las prácticas mágicas son muy frecuentes, pero la activi-

(1) Algunos tratadistas distinguen entre "magia blanca", que actúa sobre las fuerzas naturales, y "magia negra", que supone la invocación de poderes sobrenaturales. Esta distinción es, en realidad, la de magia propiamente dicha y actividad de orden religioso.

dad religiosa es casi desconocida. Análogas observaciones se han efectuado en el continente africano.

Es fácil encontrar las razones por las que la magia ocupa una fase histórica anterior al período religioso. El hombre primitivo intenta interpretar los acontecimientos naturales de acuerdo con su lógica primitiva y elemental. Y de acuerdo con estos mismos principios lógicos intenta regir y provocar otros fenómenos. El reiterado fracaso del mago debió hacer reflexionar a los más sagaces, que debieron comenzar a preguntarse por qué razón el mago no podía detener el terremoto desolador o era incapaz de atraer la lluvia deseada y benéfica. Cometiendo un nuevo error, por incapacidad mental de interpretar los fenómenos naturales y dominados por el miedo, comenzaron a atribuir el control de aquellas fuerzas naturales, temidas o deseadas, a unas divinidades o seres superiores, agentes conscientes que rigen y dominan aquellas fuerzas. Se coloca entonces el hombre en una relación de dependencia y servidumbre con respecto a aquellos seres superiores y celebra ceremonias para mover su voluntad y para congraciarse con ellos, dominado por el respeto y el temor. No cabe duda, por otra parte, de que las ideas religiosas son más complejas que las mágicas. Suponen la intervención de un nuevo elemento, la divinidad, y suponen, por parte del creyente, un mayor nivel de abstracción mental.

Una interesante comprobación abona esta prelación de la magia con respecto a la religión. En efecto, es cosa extraordinaria y sorprendente comprobar la universalidad de la magia, a través del espacio y del tiempo, mantenida con fórmulas y ritos idénticos, ya sea en la lejana Australia, entre los pieles rojas americanos o entre los campesinos alemanes. El mecanismo lógico y psicológico de la magia forma el substrato más elemental del hombre, el más intuitivo, podría decirse, porque mientras las religiones, politeístas o monoteístas, abundan y difieren según la época y la latitud, las costumbres mágicas parecen dotadas de una extraña fijeza que nace de las fibras más primitivas y profundas del hombre. Todo parece indicar que la magia for-

ma el primer peldaño de la lucha del hombre por el dominio de los elementos naturales. Un paso más allá, una superior abstracción, le conducen al descubrimiento y a la práctica de la religión.

Así pues, la transición de la etapa mágica a la etapa religiosa parece surgir del descubrimiento de la esterilidad de las prácticas mágicas por parte de los más sagaces de la tribu. Este fracaso de la magia, unido al temor hacia algo que parecía incontrolable o inexplicable para su escasa inteligencia, hacen nacer la idea de la dependencia de un ser superior, o de unos seres superiores, que deben ser honrados y adorados para obtener su favor. Aquí comienza la cadena de la historia de las religiones, que será examinada en otro capítulo.

La función del hechicero

Entre los aborígenes de Australia, por ejemplo, es posible afirmar que cada individuo es un mago, pues todos practican sus ceremonias o ritos para favorecer la caza, perjudicar a un enemigo, o perseguir cualquier otra finalidad semejante. Esto se produce, en especial, entre las tribus en un estadio histórico más primitivo, en las que la división social de funciones es desconocida o poco practicada.

Pero en las sociedades salvajes, más evolucionadas, no siempre ocurre así. En estas comunidades es frecuente encontrar lo que podríamos denominar la «magia pública», en oposición a la «magia privada», es decir, ceremonias y ritos mágicos practicados en beneficio de la comunidad, de la tribu. Es entonces cuando aparece perfectamente perfilada la figura del mago profesional, el mago, como funcionario público al servicio de los intereses de la tribu y no el mago privado, cuyas actividades se circunscriben a una órbita meramente individual.

A partir de aquí el mago es ya una figura pública y es posible, por lo tanto, hablar de la significación política del hechicero. Un ejemplo muy característico de

mago público es el «hacedor de lluvias», tan común en Australia y en el Africa Ecuatorial, verdadero responsable de las variaciones climáticas, por cuanto afectan a los intereses colectivos de la tribu.

El ejercicio de la profesión de mago suele llevar aparejada una superior situación social y una serie de honores y privilegios de todo tipo. Lógicamente esta profesión atrae a los más hábiles de la tribu, que son iniciados por el mago veterano en los secretos de su función. Aunque pueda parecer paradójico, es frecuente que el mago conozca perfectamente la ineficacia de sus prácticas, pero prosigue en su profesión, embaucando a los simples y aprovechándose de su privilegiada situación. Las comprobaciones efectuadas revelan que los «mejores» magos, los más admirados por los componentes de la tribu e, incluso, los más eficaces, son los que menos creen en las prácticas mágicas que ellos mismos ejercen. Esto tiene, naturalmente, una explicación. Frazer lo explica certeramente: «No es que el hechicero sea siempre un impostor y un bribón; con frecuencia está sinceramente convencido de que en realidad posee los maravillosos poderes que le adscribe la credulidad de sus compañeros. Pero cuanto más sagaz sea, más fácilmente percibirá las falacias que impone a los tontos. De esta manera los habilidosos miembros de la profesión tienden a convertirse en impostores más o menos conscientes, y es lógico que estos hombres, en virtud de su habilidad superior, lleguen a ocupar la cúspide y a conquistar para ellos mismos las posiciones de mayor dignidad y autoridad. Las trampas tendidas al paso del brujo profesional son múltiples y como regla general solamente el hombre de sangre fría y aguda astucia conseguirá guiarse en su camino con seguridad. Por esto, tendremos siempre presente que cada una de las declaraciones y pretensiones que el hechicero anuncia son, como tales, falsas: ninguna de ellas puede sostenerse sin impostura consciente o inconsciente. Por consiguiente, el brujo que cree sinceramente en sus extravagantes pretensiones está en mucho mayor peligro que el deliberado impostor y es mucho más probable que su carrera se frustre. El hechicero

honrado confía siempre en que sus conjuros y sortilegios produzcan los efectos esperados y cuando fallan, no sólo realmente, sino llamativa y desastrosamente, como ocurre con harta frecuencia, queda anonadado. El no está preparado para explicar satisfactoriamente su fracaso, como lo está su colega impostor, y antes de que logre hacerlo es posible que caiga la culpa sobre su cabeza por obra de sus defraudados y coléricos clientes».

Las sociedades que practican la magia sufren una auténtica evolución de acuerdo con las leyes de la selección natural de los más inteligentes de la comunidad. Son los más listos, precisamente, los más capaces de hacerse respetar y de conseguir la dignidad y la autoridad política. La figura del hechicero primitivo ha sido un factor de una gran importancia en el paso de las primitivas comunidades, políticamente desorganizadas, a las sociedades monárquicas o de régimen patriarcal. El hechicero, con su dignidad y autoridad, es el primer caudillo, o el primer patriarca, que regirá los destinos de la comunidad. El salvaje primitivo depositará su confianza en aquel hombre que cree superiormente dotado y una nueva forma política quedará instaurada. El hechicero será el jefe militar, el médico, el sacerdote... y se aprovechará de la credulidad de sus súbditos, aunque más de una vez sea un factor de un auténtico progreso de la comunidad, en cuanto establezca una cierta racionalización en algunas formas de vida de la tribu con su superior inteligencia. Pero el salvaje estará preso, en definitiva, entre las lianas de la superstición y de la ignorancia. Nada más contrario a la verdad que la fábula del «salvaje feliz» y de la proverbial libertad del salvaje. El hombre primitivo es un esclavo, esclavo del error y de la ignorancia, y dominado por el temor, la zozobra y la miseria.

Los reyes magos y los reyes dioses

Es frecuente, como se ha indicado ya, que la figura del mago evolucione hasta convertirse en el principal personaje de la tribu. Este proceso de evolución del hechicero convertido en jefe o en rey ha sido observado y registrado por diversos investigadores.

Un estudio somero de la organización social de los grupos humanos más atrasados del planeta puede arrojar mucha luz sobre este asunto. Los aborígenes australianos, con sus formas de vida totalmente primarias, ofrecen un ejemplo de los primeros peldaños de la evolución social y política de los grupos humanos. Los aborígenes de Australia se rigen por un régimen que podría llamarse democrático. Los hombres viejos integran algo que puede recordar los actuales senados, se reúnen en asambleas que deliberan y deciden sobre los asuntos de la comunidad. La organización social es muy primaria y las actividades religiosas son prácticamente desconocidas, aunque la magia es practicada intensamente. La figura del jefe, caudillo o monarca es desconocida entre estas gentes.

En las estepas de Australia Central, en donde se encuentran las tribus más atrasadas por falta de contacto con el exterior, se acentúa este régimen de organización de raíz totémica. En los estadios de cultura un poco más superior, en cambio, aparece la figura del jefe o caudillo y se intensifican las prácticas religiosas. Los poderes sobrenaturales del brujo o del hechicero público son un factor decisivo en la evolución del régimen comunitario al régimen despótico, que se observa en las islas de Oceanía.

En esta fase histórica aparecen muy mezcladas las funciones de rey, de mago y de sacerdote. Es necesaria una ulterior evolución para que la división de funciones pueda acentuarse con más nitidez.

En las tribus del Alto Nilo, así como en algunas del Africa Oriental, la figura del rey emerge de la del mago «hacedor de lluvias», o del curandero, profesión que se

transmite por línea hereditaria y que permite la instauración de la primera dinastía real por coacción y explotación de la ignorancia de los súbditos. El fenómeno de la realeza emergiendo del «hacedor de lluvias» es muy común y se registra por todo el continente africano.

Un paso más allá en la evolución la ofrecen los regímenes teocráticos, en los que la figura del monarca es adorada y reverenciada. Hay que admitir que este estadio social procede de la evolución anteriormente apuntada, como lo comprueban numerosos testimonios. Los reyes del antiguo México y Perú, con sus dictaduras teocráticas, ofrecen un ejemplo de esta evolución. Los reyes mexicanos al subir al trono juraban que harían que el sol luciese, que las nubes diesen lluvia, que los ríos fluyeran y que la tierra produjera frutos en abundancia. Esta ceremonia es una clara reminiscencia del origen de la monarquía, nacida del mago que domina el tiempo. Los testimonios de los primeros viajeros que han estudiado las costumbres de los pieles rojas americanos explican cómo es admirada y reverenciada, a la par que temida, la figura del curandero de la tribu. Pero este curandero no ejerce solamente las funciones de médico, sino de mago, de oráculo público. En la paz y en la guerra su opinión es escuchada con deferencia y respeto.

Es fácil encontrar ejemplos en las culturas de la América precolombina sobre la significación política del mago. Ejemplos se encuentran, también, en que la admiración es tan grande que los salvajes veneran y adoran como a un dios a su mago. Con la veneración supersticiosa de la persona se traspasa paulatinamente la frontera que separa al hombre del hombre-dios. Esta evolución lleva implícita el abandono de la magia, cuya eficacia ha caído en descrédito, y la aparición de las prácticas religiosas en las que el rey o sacerdote implora los favores de las divinidades.

Pero la figura de la divinidad es todavía borrosa. ¿Cómo se imagina el salvaje primitivo a su dios? Porque imaginarse a un dios requiere una superior abstracción mental. Por esta razón el salvaje suele otor-

garle una forma física, humana o animal, que resulta reconocible. Pero como la distinción entre lo humano y lo divino está todavía poco delineada la confusión entre rey y dios aparece con frecuencia. Los reyes, por otra parte, intentarán sacar partido de la creencia en la encarnación humana del dios. La divinidad del rey abre un nuevo capítulo en la historia de las creencias primitivas.

Los poderes sobrenaturales del monarca, herencia segura del antiguo mago, han abierto la puerta a la deificación del rey y caudillo, considerado como un ser superior, aunque bien es cierto que el concepto de dios y de divinidad es muy borroso en las fases primitivas de la vida del hombre. Sin embargo, con el correr del tiempo, se va aclarando y perfilando la distinción entre magia y religión y se delimitan las prácticas y ritos. La religión pasará a ser una actividad más avanzada que la magia y ello entrañará diferentes actividades prácticas. Los hombres más cultos practicarán el sacrificio y la oración, actividades nuevas nacidas de la religión, mientras la magia será considerada como el refugio de los supersticiosos e ignorantes. De igual manera una sorda rivalidad irá incubándose entre los nuevos magos y los nuevos sacerdotes, competidores y antagonistas.

Habrán de pasar muchos años antes de que los hombres reconozcan la cabal importancia histórica de la magia, basada en la idea de una consecuencia necesaria entre una causa y un efecto, porque la magia, con todo su lastre de falsedades, es la predecesora de la ciencia, como la alquimia lo ha sido de la ciencia química. Modernamente se ha rehabilitado y reconocido el importantísimo papel histórico jugado por la magia en el terreno de la evolución histórica.

Pero sea como fuere, el concepto de «dios-hombre» va ganando terreno en las civilizaciones antiguas y encontrará su apogeo en las culturas del Próximo y Medio Oriente. La historia de la evolución del mago convertido en dios viviente es larga y comprende multitud de etapas, de las que es posible, todavía hoy, encontrar testimonios. En las islas Sandwich, el rey, personificado en

dios, daba las respuestas del oráculo, oculto en una construcción de cestería.

Pero la encarnación del dios puede ser permanente o temporal, y no necesariamente en la persona del monarca. En el templo de Apolo, en Argos, sacrificaban un cordero una vez cada mes. Una mujer que tenía que obedecer una regla de castidad gustaba la sangre de un cordero sacrificado, quedando así inspirada por el dios y capaz de profetizar y de adivinar. Esta comunicación del espíritu superior a través de la ingestión de sangre animal está muy extendida. En un festival de los alfoores de Minahassa, en el norte de Célebes, después de haber matado a un cerdo, el sacerdote se arroja ansiosamente sobre la víctima, introduce su cabeza en las entrañas y traga su sangre. Después le recogen y a la fuerza le sientan en una silla, donde comienza a profetizar cómo será la cosecha de arroz de aquel año. Por segunda vez corre al cadáver del cerdo y bebe sangre; por segunda vez le fuerzan a sentarse y continúa sus predicciones. Se piensa que con la sangre del cerdo ha entrado en él un espíritu que tiene don profético.

Existen, en verdad, muchos métodos por los que la divinidad entra en el cuerpo de una persona humana. En Uganda, con objeto de ser inspirado por su dios, el sacerdote fuma desaforadamente tabaco en pipa hasta que cae en frenesí; el tono excitado y estentóreo con que habla entonces es reconocido como la voz del dios que le utiliza como intermediario. En Madura, isla situada al norte de Java, los espíritus se encarnan en sus *mediums* que suelen ser mujeres, cuando éstas inhalan incienso. Entonces entran en trance, acompañado de espasmos, muecas y chillidos. Se interpreta que entonces el espíritu se ha apoderado de ellas. El tipo de ceremonias se halla muy difundida y es posible encontrar abundantes ejemplos en este sentido en México y en Brasil.

En estos casos se cree que la persona que recibe en su cuerpo el espíritu del dios goza de todos los atributos divinos, aunque sea temporalmente, y por lo tanto debe ser honrada y venerada. Cuando estalla una epidemia en Camboya, se reúnen los habitantes de varios

pueblos y, con una banda de música a la cabeza, van en busca del hombre a quien el dios local ha elegido para su encarnación temporal. Cuando lo encuentran, conducen el hombre al altar del dios, donde tiene lugar el misterio de la encarnación. Desde ese momento el hombre se convierte en objeto de veneración para sus convecinos, que le imploran proteja al pueblo de la epidemia.

Hasta aquí han sido algunos ejemplos de encarnación temporal o pasajera de la divinidad. Pero si bien se piensa, sólo media un pequeño paso entre admitir y aceptar la encarnación temporal o admitir la encarnación permanente. En este caso puede hablarse más propiamente de «hombre-dios» y de «teocracia», esto es, de régimen político basado en la sumisión a un soberano al que se le atribuye naturaleza divina. Este tipo de «hombre-dios» es muy común en las culturas primitivas y pervive en la actualidad, gozando de los honores y privilegios que su situación y la credulidad de sus súbditos admiten.

En las islas Marquesas era, hasta hace relativamente poco tiempo, fácil encontrar uno o dos de estos individuos en cada isla. Los miembros de la tribu los respetaban y temían con auténtico pavor. En muchos casos estos dioses-reyezuelos exigían sacrificios humanos, que eran efectuados inmediatamente. La choza de estos individuos solía estar rodeada de cráneos y de esqueletos y cualquier deseo de ellos era cumplimentado inmediatamente por sus aterrados súbditos. En algún caso este reyezuelo deificado era de edad muy avanzada y a su muerte se transmitían idénticos poderes a su hijo mayor. La razón de tan ignominiosa sumisión por parte de los miembros de la tribu era la creencia de que aquel dios viviente era el que otorgaba las buenas cosechas, favorecía la caza o regulaba el estado del tiempo.

En otros casos es posible encontrar pueblos que no adoran ni reconocen ningún dios, salvo a su rey, al que suponen de naturaleza divina. Esto ocurría entre los zimbas del sudeste africano. Por esta razón, si llovía cuando el rey no lo deseaba o hacía demasiado calor cuando ello no convenía, el rey ordenaba disparar fle-

chas al cielo por no obedecerle. Aunque el anecdotario de los reyes-dioses pueda parecer jocoso, lo cierto es que la presencia de estos individuos en la historia perdura en unas páginas tintas en sangre. La frecuencia con que los dioses-reyes han exigido sacrificios humanos, con el objeto de aumentar el temor y veneración entre los súbditos, es registrada tristemente por los etnólogos, historiadores y misioneros.

Pero no se piense que la figura del hombre-dios es algo que pertenece a la historia pasada. Sin mencionar los actuales ejemplos que se registran en Africa o en las islas del Pacífico, una ojeada a los pueblos de Asia hará ver cuán actual es la figura del hombre divinizado. Los maharajás, señores feudales y encarnaciones divinas, o la figura del Dalai-Lama del Tíbet, son ejemplos vivos de las consecuencias de la ignorancia y de la superstición, hábilmente explotadas en beneficio de una sola persona.

Pero si la divinización del monarca es cosa frecuente en la actualidad, mucho más lo ha sido en otras épocas y son abundantes los testimonios conservados en este sentido. Se sabe, por ejemplo, que el emperador Moctezuma era adorado como un dios, al igual que el rey de los incas del Perú, hijo del sol, o los antiguos reyes babilónicos, o los faraones del antiguo Egipto. Es posible afirmar, precisamente, que el apogeo de la monarquía divina aparece en Egipto y en los imperios de la América precolombina.

Es importante observar cómo en estos grandes imperios los monarcas, los sacerdotes y los funcionarios utilizaban la divinización de su caudillo para mejor cimentar su apoyo político. El faraón es considerado como el «Gran dios», «Hijo del sol» o «Descendiente de los dioses». El rey no muere, sino que «desaparece en su horizonte eterno», pues goza del privilegio de la vida eterna. Su voluntad es una orden y las pirámides testimonian el alcance de su poder, tanto como el sacrificio de su pueblo.

Análogo es el caso de la antigua Babilonia. El rey Hammurabi es «el vínculo entre el cielo y la tierra» y todas las divinidades le protegen y el pueblo le honra.

Para mejor asentar y garantizar aquel estado de cosas, Hammurabi proclamó un código de leyes, en el que ordena «no abolir mi legislación, no tergiversar mis palabras, no modificar mis mandatos». El rey-dios sabe que la evolución y el progreso descubrirían la superchería y por eso procura por todos los medios que sus subordinados vivan apegados a las tradiciones, sin admitir ninguna innovación.

En la India también es posible encontrar el régimen de castas y la divinidad de los brahmanes, apoyados en principios y mandatos religiosos, especialmente en el Código de Manú, que data del año 1000 antes de Jesucristo.

En la antigua China ocurre algo parecido. Confucio escribe que el rey es el «Hijo del Cielo» y añade que «el emperador recibe las órdenes del cielo; los funcionarios, del soberano». Sus órdenes no son discutibles, pues hay que acatarlas como si vinieran de un dios.

Pero el culto de los soberanos rebasa el ámbito de los grandes imperios orientales y aparece, aunque pueda parecer contradictorio, en el país que se considera como cuna de la democracia y de la cultura occidental, en Grecia. A primera vista, la presencia de este culto personal puede parecer extraño e injustificado en un país como Grecia, pero no debe olvidarse que una buena parte del patrimonio cultural de los grandes imperios orientales fue absorbido y asimilado, de una u otra forma, por la cultura griega y las reminiscencias de aquel viejo mundo, entrado ya en franca decadencia, van a ser más abundantes de lo que generalmente se cree.

En Grecia se ha practicado el culto a los héroes, personajes fronterizos entre el dios y el hombre, especialmente a los fundadores de las ciudades. Porque el pueblo griego ha admirado siempre a las grandes individualidades de su historia y de su mitología, que ha llegado a revestir con extrañas leyendas y fabulosos poderes. No es sorprendente, pues, que una figura tan brillante como Alejandro Magno haya sido divinizada, primero en Egipto, donde es normal la deificación de los faraones, o reyes por derecho divino. Pero Alejandro

será honrado como dios en el oasis líbico de Ammón, y más tarde en Persia, porque los orientales han traspuesto sus ritos y creencias para honrar, o para congraciarse, con el poderoso invasor.

Si la divinización de Alejandro en los países orientales no fue difícil, tampoco hubo de serlo en los países griegos, que admitieron la divinización de un hombre que se había elevado grandemente por encima de la humanidad. Es cierto que entre los que aceptaron o promovieron la deificación de Alejandro existieron los oportunistas, sin duda, pero lo cierto es que el terreno estaba abonado para admitir la divinidad de aquel hombre. Todo ello a pesar de las discusiones de los historiadores sobre la autenticidad de un supuesto edicto que en el año 324 envió el conquistador desde el corazón de Persia a las ciudades helénicas, ordenándoles que le rindieran honores divinos.

Lo cierto es que esta tradición no morirá y entre los sucesores de Alejandro, los Tolomeos, por ejemplo, serán divinizados, aunque en este caso hay que anotar la arraigada tradición egipcia, tierra que tocó a los Tolomeos regir.

A través de todo lo expuesto ha quedado suficientemente clara la significación política de la encarnación divina del soberano, que ha emergido de la lejana figura del brujo, que se arrastra entre las brumas de la Prehistoria. Pero en cualquiera de los casos, brujo o soberano, ha explotado la credulidad de las gentes que le temían, y a costa de ellas se ha enriquecido y se ha colmado de honores y de privilegios. Con ello queda sentado uno de los presupuestos que habrá de dar más juego en el transcurso de toda la historia universal.

PRIMERAS MANIFESTACIONES RELIGIOSAS EN EL HOMBRE

Evolución de la primitiva sociedad humana

En el estadio más primitivo de la vida de los hombres, éstos se encuentran formando hordas, o manadas, al estilo de los animales y efectúan correrías en busca de sustento. Ni que decir tiene que este estadio tan primitivo de la vida humana desconoce la organización social y política; el matrimonio no existe, sino más bien la promiscuidad total y todos trabajan en común, para la difícil y común empresa de mantenerse vivos, en durísima lucha contra la Naturaleza hostil, los animales salvajes y las hordas enemigas. Esta etapa prehistórica, en la que el comportamiento del hombre es fronterizo con el del animal, ocupa un período de varios cientos de miles de años.

El hombre, nacido en los comienzos del período Cuaternario, aún no ha aprendido a fabricar sus herramientas. Se sirve, en todo caso, de ramas de árbol o de palos que encuentra, así como de piedras con las que improvisa una tosca arma. De la observación repetida y de la experiencia nacerán las primeras manifestaciones inteligentes en el hombre, y entre estas manifestaciones están, en primer lugar, la fabricación y conservación del fuego y la utilización de utensilios de piedra tallada (Paleolítico).

Aquí se inicia la carrera histórica del hombre en busca de una mayor perfección de su técnica y de sus instrumentos, que le permitan dominar la Naturaleza agreste e indócil. El hombre aprenderá a pulimentar la piedra (Neolítico) y entrará luego en la Edad de los Metales, que es, en rigor, la que actualmente estamos viviendo.

La superación de este estadio tan primitivo supone un perfeccionamiento bastante notable. En primer lugar se nota un progreso en la fabricación de los instrumentos o útiles de trabajo, armas u otros objetos, lo que conduce, lógicamente, a una división natural del trabajo. El perfeccionamiento de los medios de producción ha conducido a la división del trabajo, con arreglo al sexo y a la edad, entre hombres y mujeres, y entre niños, adultos y ancianos. En esta fase es posible hablar de una cierta organización económica de la comunidad. La división del trabajo y la especialización harán que las mujeres se dediquen a la recolección de frutos y de alimentos vegetales, mientras los hombres se consagrarán a las más rudas tareas de la caza. Si de la primera fase histórica, de la horda primitiva, carecen los investigadores de testimonios actuales, no ocurre así con esta segunda fase evolutiva de la sociedad humana, que corresponde a la Edad de Piedra.

La evolución primitiva de las condiciones de trabajo ha entrañado la evolución social y familiar del grupo humano. Esta nueva fase se denomina organización gentilicia de la sociedad, por estar basada en la unidad, la *gens*. Los componentes de la *gens*, esto es, los individuos unidos entre sí por nexos de parentesco, se agrupaban para trabajar en común. La *gens* era un grupo limitado y llevaba una vida independiente de los otros grupos. Efectuaban el trabajo en común y el aprovechamiento de los bienes, de caza, de pesca o agrícolas, era también común. De esta forma la sociedad humana comenzó a escindirse en unas unidades, las «gentes», que pasaron de estar formadas por una decena de individuos a constar de centenares de ellos. Las ventajas del trabajo colectivo, necesario ante la debilidad indi-

vidual, se iban imponiendo e impulsaban a los hombres cada vez más a agruparse (1).

El etnógrafo Lewis Morgan, investigador de la vida del hombre primitivo, realizó en el pasado siglo un descubrimiento trascendental al encontrar formas vivas del régimen gentilicio. Sus concienzudos estudios sobre la organización social de los indios iroqueses de Norteamérica han corroborado unas teorías que se sustentaban en el aire antes de este descubrimiento. Las ocupaciones principales de los iroqueses eran la caza, la pesca, la recolección de frutos y la agricultura. El trabajo se hallaba dividido entre los hombres y las mujeres. Los hombres se ocupaban de la caza y la pesca, la fabricación de armas y de útiles de trabajo, la construcción de viviendas y las obras de fortificación. Eran deberes de las mujeres las tareas agrícolas, incluyendo la recogida de cosechas, la cocción de alimentos, la confección de vestidos y los trabajos de cerámica, especialmente vasijas de arcilla.

Entre los indios iroqueses estudiados por Morgan, la tierra era considerada como propiedad común de la *gens*. Los trabajos más pesados, como la tala de bosques, la limpieza de los campos para la siembra y las grandes batidas de caza, eran también efectuados en común y común era el aprovechamiento del beneficio. Los iroqueses norteamericanos vivían en lo que denominaban «casas grandes», con capacidad por lo menos para veinte familias. Cada agrupación de varias familias tenía unos almacenes o despensas comunes, en los que depositaban sus reservas de productos. La mujer que

(1) La agrupación de varias "gentes" forma lo que se denomina una "tribu" o "pueblo". Como en las "gentes" suele regir el principio de exogamia, los varones tienen que ir a buscar sus esposas en otra "gens" y el matrimonio incorpora a aquellas personas extrañas a su grupo con esta ceremonia. Por lo general los niños tampoco son considerados miembros del grupo hasta que no hayan pasado la pubertad. Pero en el momento en que aparecen los síntomas de la madurez fisiológica se efectúan unos complicados ritos de iniciación, terminados los cuales el niño goza de iguales prerrogativas y soporta los mismos deberes que los adultos.

se hallaba a la cabeza del grupo era la encargada de distribuir los alimentos entre las diferentes familias. En caso de guerra, la *gens* elegía a un jefe militar, que no gozaba de especiales privilegios y cuyo poder concluía con el fin de las hostilidades.

La sociedad de los indios iroqueses de Norteamérica, descrita por Morgan, representa el prototipo más puro que se conoce de régimen gentilicio, estacionado en una fase cultural neolítica.

En la primera fase histórica del régimen gentilicio la mujer ocupaba la posición dominante, lo que se explica fácilmente por las condiciones y formas de vida de aquel entonces. La caza, menester azaroso, peligroso y no siempre provechoso, realizado con toscas armas de lucha, no podía garantizar plenamente la existencia de la población, pues sus resultados eran más o menos fortuitos. En estas circunstancias la agricultura, como fuente de alimentación, tenía una importancia mucho mayor que la caza. La agricultura y la ganadería, por rudimentarias que fueran, eran fuentes de medios de vida más seguros y permanentes que la caza. Ahora bien, la agricultura y la ganadería (o domesticación de animales) eran la ocupación preferente de la mujer, que se quedaba en el hogar mientras el hombre salía de caza. La mujer pasa a desempeñar un papel social cada vez más preponderante en la comunidad gentilicia y aparece una forma social nueva: el matriarcado.

En el matriarcado la mujer pasa a constituir el centro de la sociedad. En esta nueva forma social, el hombre, es decir, el marido, sigue perteneciendo a la familia de su propia madre, pues la transmisión, tanto de nombre como de bienes, se efectúa por línea materna. Los niños pertenecen, lógicamente, a la tribu de la madre y llevan su nombre; el padre no tiene sobre ellos derecho alguno, y el único hombre que ejerce alguna autoridad sobre ellos es el hermano de la madre, esto es, el tío, en especial el más anciano (de donde se deriva también el llamado «derecho de herencia del sobrino»).

Las instituciones matriarcales son sumamente interesantes y han hecho correr mucha tinta a las plumas

de los etnógrafos e historiadores. El matriarcado, aún subsistente con mayor o menor pureza, se encuentra en muchas islas del océano Pacífico, entre los bantúes del Congo y, sobre todo, entre la mayor parte de los pieles rojas de América del Norte. En los casos de matriarcado más puro y arraigado el hombre figura como una especie de esclavo de la mujer, teniendo que ejecutar los menesteres más bajos y rastreros de la casa, sin que sus hijos puedan considerarlo como padre, y sólo obedecen a su madre o tíos maternos; en otros casos el marido se limita a hacer visitas ocasionales a la mujer. Las investigaciones modernas complementan los datos transmitidos por el geógrafo e historiador griego Estrabón, que habla de la «ginocracia» (de *ginos:* mujer) como forma social muy extendida en la prehistoria del mundo. En tales casos la mujer pasa a ser la rectora de los asuntos políticos y económicos de la comunidad, siendo, auténticamente, el jefe de la tribu.

El matriarcado, como forma histórica, ha dado un buen impulso a la sociedad humana en muchos aspectos. Son rasgos típicos de las culturas matriarcales la preponderancia de la agricultura sobre la caza, la invención de la cerámica, del arado y del tejido, así como la domesticación de algunos animales, como el cerdo y las aves de corral. En la religión, en la mitología, se refleja la estructura social en el culto de diosas o principios femeninos. La Luna acostumbra ser la divinidad suprema y las mujeres se erigen en sus sacerdotisas. Otros rasgos que caracterizan la cultura matriarcal son la llamada «caza de cabezas», la «caza de cabelleras» de los pieles rojas y la reducción de cabezas de los indios jíbaros, la práctica de la esclavitud y la habitación en «palafitos», esto es, en viviendas construidas sobre estacas en orillas o aguas poco profundas de ríos o lagos. Estos rasgos culturales, que aparecen todavía en Indochina, Nueva Guinea y África Central, delatan la presencia o el origen de estructuras matriarcales en la tribu. De hecho el matriarcado, corrientísimo en edades remotas, pervive en forma más o menos latente, no sólo en las tribus salvajes, sino en muchos rasgos de las culturas más civilizadas.

El paso de la economía de caza a la economía agrícola ha hecho, por otra parte, que el hombre abandone el nomadismo y se haga sedentario. Todo ello entraña otras consecuencias. Así, por ejemplo, la habitación en cuevas naturales es sustituida cada vez en mayor escala por la construcción de viviendas. Puede afirmarse que, en general, el matriarcado ha contribuido a estabilizar la primitiva sociedad humana.

A medida que fue desarrollándose la economía primitiva, de base agrícola, y encomendada ahora al hombre, éste comenzó a adquirir una mayor importancia dentro de la comunidad, por su superior fuerza física y por la importancia de sus tareas. Fortalecida la economía y fortalecida la posición del hombre, se inicia una reacción de éste, que forma incluso sociedades secretas para aterrorizar a las mujeres. La evolución del matriarcado al patriarcado, con predominio masculino, parece lógica en el proceso histórico de un estadio superior.

El patriarcado supone una posición privilegiada del hombre. El parentesco se computará ahora por línea paterna, al igual que la transmisión del nombre y de bienes. El hijo ya no será un producto exclusivo de la madre, y el hombre dará gran importancia a la declaración pública de paternidad. En esta fase se registra la apropiación personal de la mujer mediante el rapto o la compra.

El patriarcado es la última fase de la evolución de la comunidad primitiva. La organización gentilicia, con su tosca economía comunal, desconocía lo que hoy se considera como Estado. Había, eso sí, unos jefes de la *gens;* había también una especial consideración de las mujeres, y luego de los hombres; pero se desconocía la organización política y la complejidad y división de funciones de lo que nosotros concebimos como Estado.

El hombre, que era miembro de la horda, vecino del animal, ha logrado constituir la comunidad gentilicia, gracias al perfeccionamiento de sus útiles y a la división natural del trabajo. La primitiva economía traerá,

por ley de necesidad, una fase larga e importante en la historia, caracterizada por el predominio de la mujer, y que se denomina matriarcado. El patriarcado, con el predominio del varón, llegará luego, como fase última.

Una ojeada al mundo actual permite comprobar que hay gentes que viven todavía de acuerdo con estos regímenes tan primitivos de organización social, porque el progreso no es ni ha sido nunca paralelo. Mientras en unos lugares del planeta se alzan orgullosos rascacielos, a miles de kilómetros, en el corazón de la espesura, unos hombres ignorantes adoran un fetiche. Son hombres que practican unas formas de vida atascadas desde hace miles de años; desfavorecidos por la hostilidad del medio ambiente o por otra razón, ellos no han sido capaces de superar, ni siquiera, el fácil peldaño que conduce del matriarcado al patriarcado. Hace miles de años otros hombres, más fuertes o más afortunados, pudieron y supieron hacerlo e iniciaron una rápida evolución del progreso histórico. No se olvide que, contemporáneas a la moderna civilización del átomo, perviven otras civilizaciones atascadas en la Edad de Piedra.

Esta rápida ojeada histórica a las formas de vida más primitivas se ha detenido en los inicios del matriarcado, esto es, antes de iniciarse lo que, propiamente, podría ser una vida política organizada. La ulterior división del trabajo, la mayor producción de alimentos y de instrumentos, que determinan la aparición del cambio o trueque, base del comercio, entraña la desintegración de la comunidad primitiva; aparece la propiedad privada y se señalan los inicios del caciquismo y de una organización política primaria. Este es el punto de partida de una nueva evolución, que desembocará en la formación de poderosas civilizaciones en los lugares más idóneos del planeta, por sus favorables condiciones naturales.

Las primitivas creencias: naturalismo, animismo y el Gran Espíritu

Examinadas ya brevemente las grandes etapas históricas de la primitiva sociedad humana, desde la horda al patriarcado, pasando por el matriarcado, conviene examinar ahora cuáles son las principales creencias del hombre en estas fases de la evolución primitiva. Se ha visto ya que la magia es la forma más primaria de creencia, y, precisamente, la magia es una creencia y una práctica no de orden religioso, sino científico, o, si se prefiere, falsamente científico, pues las creencias religiosas comienzan en el momento en que el hombre establece una relación de dependencia con uno o varios seres superiores o unos espíritus. Esta característica señala netamente la fase de las creencias de orden religioso.

Dejando al margen la existencia de pueblos ateos, como los todas, tribus situadas al sur de la India, lo normal es que en los hombres primitivos exista algún tipo de creencia religiosa, por rudimentaria que sea. El hombre primitivo, en su dura lucha contra la naturaleza hostil para poder sobrevivir, comenzó a observar y a percibir el mundo que le rodeaba disgregado en multitud de fenómenos, que consideró aislados e independientes. El hombre, débil e ignorante, avasallado por aquellos fenómenos que él no podía dominar y cuya causa desconocía, comenzó a reflexionar. De esta elemental observación, en la que el mecanismo mental del salvaje actúa como el del niño, surge la magia primero y la divinización de los diversos elementos naturales más tarde. El hombre primitivo hace del firmamento una deidad, y también de los astros, de la vegetación, de las nubes, etc. Este primer estadio religioso recibe el nombre de Naturismo, o religión naturalista.

Este Naturalismo, o Naturismo, ha nacido de la elemental reflexión de los datos aportados por los sentidos. Se encuentran en la actualidad vestigios de esta religión elemental y primaria en bastantes lugares del

globo, acompañada de ritos y de ceremonias nacidas del miedo hacia lo desconocido y superior. El salvaje wedda, de la isla de Ceilán, lanza gritos y conjuros cuando va por el bosque, para protegerse de los peligros que pudieran acecharle.

Un paso ligeramente más avanzado es el que representan las religiones animistas, muy extendidas entre las tribus de todo el globo. El animismo se funda en la creencia de que las fuerzas naturales están animadas o habitadas por espíritus. Esta espiritualización de la Naturaleza no excluye la creencia en un Ser superior, como ocurre entre los pigmeos africanos, o entre los yayanes de Tierra del Fuego. Esta religión es, como se ha anotado, espiritualista, esto es, cree y admite la existencia de espíritus. La existencia de un espíritu habitando en el cuerpo del hombre, el alma, está bastante extendida, aunque pueda aparecer más o menos confusa según las tribus. Como característico del animismo señala Schmidt el enterramiento entre los pigmeos, la colocación de cadáveres en los árboles, más cerca del cielo, entre los bumerang; en Polinesia se encuentra la sepultura en forma de bote o barquichuela, pues es creencia bastante general, que aparece también en el antiguo Egipto, la de que el alma sigue al sol poniente.

El animismo, también llamado personalismo, por la personalización de las fuerzas naturales, ha sido estudiado muy a fondo por los investigadores. Tiele afirma, por ejemplo, que más que una religión, el animismo es una filosofía de la Naturaleza, una concepción del mundo. El mundo de los animistas aparece poblado por espíritus y fantasmas, buenos o malos —ángeles o demonios—, en un intento de explicación de las cosas extrañas que el hombre no podía comprender, y que el salvaje atribuía a la actuación de estos seres.

En esta forma animista caben ciertas variedades. El hombre cree que los objetos, animales o personas están animados por espíritus, genios, fetiches, *manitús* o *chémis*. Cuando los espíritus vagan libremente por la tierra y por el aire, y se aparecen a los hombres por sí o mediante conjuro, entonces hay que hablar de espiritismo. Cuando los espíritus toman por morada un objeto,

viviente o inanimado, que es adorado por su poder, hay que hablar de fetichismo (1).

Los cultos del animismo son tan primarios que revelan su raíz mágica. Así, por ejemplo, entre los mundari de Bengala, las doncellas acarician la tierra durante sus danzas, esperando que esta satisfacción procure a los indígenas una buena cosecha. Análogo significado tiene el culto a las rocas, los ríos o los árboles en numerosas culturas primitivas. El fetichismo comporta, como ya se ha dicho, la adoración de los objetos. Burton escribe a este respecto: «El fetichismo es la adoración, o más bien, la propiciación de objetos animados o inanimados, a los cuales se atribuye una influencia misteriosa». Esta definición no es satisfactoria, pues confunde el fetichismo con la magia. El diente de tigre, usado como talismán y colgado del cuello, por ejemplo, ejerce esa «influencia misteriosa» de que habla Burton, pero esa influencia se basa en un principio de magia, y el hombre que esté en contacto con este «fragmento» de tigre poseerá su fuerza y agilidad.

Se ve claro que a veces resulta difícil deslindar las prácticas religiosas de las prácticas mágicas. En especial el fetichismo, y el animismo en general, revelan su proximidad y origen con el estadio mágico del hombre. De todos modos, resulta también evidente que el animismo es la antepuerta de las religiones paganas antropomórficas, que serán estudiadas más adelante.

El animismo también admite otra subdivisión, según sea la índole de los objetos que se consideran habitados por espíritus. La adoración de los cuerpos celestes: cielo, sol, luna y astros, se denomina «sabeísmo»; la adoración de las cosas inanimadas, rocas, montes, praderas, ríos, etcétera, constituye el «manituismo» (de Manitú, el Gran Espíritu entre los pieles rojas americanos);

(1) La palabra fetichismo es, etimológicamente, un afrancesamiento de la palabra portuguesa *feitiço*, que traducida al castellano significa "hechizo". Parece, pues, más correcto hablar de hechicismo, aunque la práctica y los tratadistas han asociado más el "hechizo" a la práctica mágica, mientras que el "fetichismo" se ha considerado generalmente como adoración de objetos (fetiches).

el «totemismo» comprende la adoración de seres animados o vivientes, animales (zoolatría), plantas, etc. El totemismo reviste una especialísima importancia en el campo de las creencias primitivas y será examinado con cierto detenimiento más adelante.

Existe, como es fácil imaginar, una viva polémica cuando se trata de indicar con exactitud el orden de prelación de las creencias religiosas primitivas. Así, en opinión del inglés Tylor, la forma más primitiva de religión, de la que se habrían derivado todas las demás, sería el animismo. El hombre primitivo habría llegado a esta concepción por la observación de lo que sucede en los sueños. En éstos, el primitivo cree que es el alma misma del durmiente la que se separa temporalmente del cuerpo y vaga durante el sueño. Nace así el desdoblamiento de la personalidad, esto es, la dualidad del cuerpo y del espíritu. De forma que al morir el cuerpo material, el espíritu, o alma, seguirá viviendo en aquel mismo mundo en que siempre vivió. Proyectando esta idea sobre la Naturaleza y sobre la realidad circundante, el primitivo creerá que todos los seres y objetos están animados por su correspondiente espíritu, igual que él mismo.

En oposición a la tesis de Tylor, la escuela historicocultural admite el animismo como religión típica de las culturas intermedias, o sea en fase histórica neolítica, y considera que el punto de partida de las creencias hay que buscarlo en la magia y en la creencia del Gran Espíritu.

De la magia se ha hablado lo suficiente, pero no así del Gran Espíritu. Las investigaciones sobre la creencia monoteísta en el Gran Espíritu, con nombres y representaciones muy diversos, es de sumo interés para el etnógrafo y el historiador. Es común que a este Gran Espíritu se le considere como eterno y omnipotente y como autor y creador de todas las cosas. En muchos pueblos se cree que el Gran Espíritu habitó en un principio entre los hombres y les enseñó a fabricarse sus útiles, a obtener el fuego y las artes de la caza y de la pesca. Afirman también que los hombres cometieron

alguna falta y este Gran Espíritu les abandonó entonces, para marchar a su morada, que se sitúa generalmente en el cielo. El trueno y el relámpago se consideran con frecuencia como manifestaciones de su divina cólera. Naturalmente, estas leyendas tienen variantes notables según las características de cada cultura, pero el esquema suele ser siempre el expuesto.

Una de las formas más típicas y puras de esta creencia monoteísta aparece en el continente americano, con la creencia de los indios pieles rojas en el Gran Manitú. El monoteísmo del pueblo judío es sobradamente conocido para insistir aquí en este punto. Pero hay que hacer notar, en cambio, la frecuencia con que este esquema monoteísta degenera y se mixtifica con elementos politeístas, más o menos groseros, que conviven con la creencia en el Gran Espíritu, que viene a ser entonces algo semejante a un padre de los restantes dioses. Otras veces, en cambio, lo que pueden parecer divinidades diversas son representaciones diferentes del mismo Gran Espíritu.

Pero la polémica sobre la prelación de las formas religiosas, que se ventila entre el animismo y la creencia en el Gran Espíritu, no ha sido ni será resuelta satisfactoriamente a gusto de todos los científicos, por existir argumentos que apoyan a ambos bandos de forma verdaderamente sólida. La solución habrá de buscarse, como siempre, en la línea intermedia y cada vez parece más probada la imposibilidad de establecer un sólido paralelismo religioso entre todas las culturas de la Tierra. Las líneas de la historia no son siempre paralelas en este terreno y habrá que admitir, en definitiva, que en la mayoría de los casos la magia precedió a la religión, y que las dos formas más primitivas de ésta, y a la vez las más típicas, son el naturalismo y el animismo por un lado, y la creencia en el Gran Espíritu por el otro. Las razones de la prelación habrán de investigarse en cada caso particular, en relación con las circunstancias materiales y ambientales de cada cultura. Lo que sí parece probado cada vez con mayor fuerza es el importantísimo papel jugado en la historia

primitiva por una forma especial del animismo. Se trata del culto de los animales o, utilizando un vocablo más técnico, de la religión totemista.

El totemismo

Los indios niska, de la Columbia Británica, están divididos en cuatro clanes principales: el cuervo, el lobo, el águila y el oso. En el otro extremo del mundo, los aborígenes australianos, que viven en la ignorancia, no poseen animales domésticos, ni siquiera el perro, e ignoran la alfarería, viven agrupados en clanes semejantes y resuelven sus asuntos comunes en asambleas que reúnen a los jefes de cada clan. En ambos casos, en América como en Oceanía, nos encontramos con dos formas socialreligiosas típicamente totémicas.

Pero, ¿qué es el totemismo? ¿Qué son los clanes? He aquí las cuestiones esenciales de esta materia, que interesa por igual a la Sociología, a la Historia y a la Mitografía.

Una ojeada superficial a una sociedad totémica de la actualidad nos revela, en primer lugar, que los habitantes de la tribu se hallan agrupados en unos grupos —clanes— que tienen peculiares características. En primer lugar las personas agrupadas en el mismo clan tienen el mismo tótem, o si se prefiere, llevan el mismo nombre. Durkheim da la siguiente definición de clan: «Un grupo de individuos que se consideran como parientes unos de otros, pero que reconocen este parentesco exclusivamente por el hecho muy particular de que son poseedores del mismo tótem. El tótem es un ser animado o inanimado, en la mayoría de las veces un animal o un vegetal, del que el grupo pretende descender y que les sirve de emblema y de nombre colectivo. Si el tótem es un lobo, todos los miembros del clan creen que tienen un lobo por antepasado, y, por consiguiente, que tienen dentro de sí algo de lobo. Por esto emplean para sí la denominación: son "lobos".»

El clan es, pues, una sociedad familiar, pero con un vínculo muy particular, un vínculo que podría denomi-

narse místico, no basado en leyes de consanguinidad, sino en la creencia de que sus miembros descienden todos del mismo ser, del mismo tótem. No son las leyes territoriales, ni las leyes matrimoniales o de sangre las que han formado aquella curiosa agrupación humana. El clan ha nacido, única y exclusivamente, de la común ascendencia totémica.

La pertenencia de los miembros al clan impone diversas obligaciones, así como severas prohibiciones, o tabúes, a estos individuos. Entre las obligaciones está la de vengar las ofensas hechas a un miembro del clan, la de tomar parte activa en el culto y, muy especialmente, la de casarse con persona que no pertenezca al clan (exogamia), lo que lleva aparejado el tabú de casarse con un miembro del mismo clan. Estos tabúes no pueden ser violados, pues ello acarrearía automáticamente un grave castigo. Así, entre los antiguos egipcios, que veneraban al cerdo como animal sagrado, era común la creencia de que el beber leche de cerda producía la lepra. Entre los indios omaha de Norteamérica, los que tienen por tótem el alce, creen que si comieran carne de este animal tendrían una erupción de pústulas y de manchas blancas en el cuerpo. Los antiguos sirios adoraban a los peces. Según ellos la ingestión de un pez producía pústulas y una grave hinchazón en los pies y en el estómago (1).

La sociedad totémica, que es históricamente anterior a la formación de la familia, tiene una serie de peculiaridades que conviene estudiar. El tótem es, por lo general, un animal comestible y un animal que se encuentra en la región habitada por el clan. Pero los miembros del clan no pueden matar a su animal tótem, ni comer su carne, porque el animal tótem es sagrado, en primer lugar, porque es el común antepasado de los miembros del clan y, en segundo lugar, por-

(1) Es corriente, no obstante, que un determinado día al año se celebre una ceremonia extraordinaria, en la que los miembros del clan comen la carne de su tótem. Esta costumbre se registra entre tribus oceánicas y del continente americano.

que es el protector de esta comunidad. Los miembros del clan honrarán a su tótem con danzas ceremoniales que reproducen o imitan los movimientos y la actividad de su tótem.

El tótem se transmite hereditariamente, tanto por línea paterna como materna. Parece probado que la transmisión materna (matriarcal) haya sido en todas partes la primitiva, reemplazada más tarde por la transmisión paterna (patriarcal).

La anterior descripción de los rasgos de una sociedad totémica corresponde exactamente a la descripción de un clan australiano actual, por ejemplo. Pero, ¿cuál es la explicación de la organización totémica y de sus curiosos preceptos? Son muchos los etnólogos y los sociólogos que han abordado el problema del origen del totemismo, proponiendo diferentes explicaciones, no siempre concordes. Durkheim, Mac Lennan, Frazer, Lubbock, Spencer y hasta Freud, el fundador del psicoanálisis, se han ocupado extensamente de esta cuestión.

Una de las pistas para la interpretación de la sociedad totémica ha sido el principio de exogamia, esto es, la taxativa prohibición de que un miembro del clan se case con otro miembro del mismo clan, o sea, el riguroso tabú de las prácticas endogámicas (matrimonio entre miembros del mismo clan). A pesar de que algunos tratadistas han defendido la existencia de algunos clanes que practicaban la endogamia, lo cierto es que el régimen totémico aparece por doquier indisolublemente unido al principio de exogamia, que Freud enuncia así: «Los miembros de un único y mismo tótem no deben entrar en relaciones sexuales y, por lo tanto, no deben casarse entre sí.»

Siendo el tótem hereditario y no sufriendo modificación alguna por el hecho del matrimonio, es fácil darse cuenta de las consecuencias del tabú totémico en el caso de herencia materna. Si, por ejemplo, el hombre forma parte de un clan cuyo tótem es el canguro y se casa con una mujer cuyo tótem es el avestruz, los hijos, varones o hembras, tendrán todos el tótem de la madre. Un hijo nacido de este matrimonio se hallará pues, en la imposibilidad de entablar rela-

ciones incestuosas con su madre o su hermana, que pertenecen al mismo clan. Esta prohibición no impide, empero, al padre, que es canguro, tener relaciones incestuosas con sus hijas, que son avestruz.

Los vínculos totémicos son, desde luego, mucho más poderosos que los vínculos familiares o de sangre. El esquema totémico familiar es el siguiente:

«En virtud de la ley de exogamia, las mujeres del clan B se casan con los hombres del clan A. En virtud de la filiación materna, los hijos de estas mujeres pertenecen al clan B y llevan su tótem. Pero, en virtud del principio que establece que la mujer, después de casarse, vive en casa de su esposo, es decir, en el territorio del clan A, la mujer tiene sus hijos en A, y en A viven sus hijos e hijas toda la vida, hasta que se casan. De esto resulta una contradanza entre los dos clanes: en la segunda generación, todos los niños que llevan el tótem de B y que perpetúan el clan B, están en el clan A, y recíprocamente. En la tercera generación, nueva contradanza, que vuelve a conducir a cada uno al territorio cuyo tótem posee.» (Tomado de Davy y Moret en *De los clanes a los imperios.*)

El juego hereditario está regido por las leyes totémicas más que por los típicamente familiares. Las relaciones de parentesco entre los australianos, por ejemplo, no son relaciones entre dos individuos, sino entre un individuo y un grupo. Esto significa que un individuo llama «padre» no solamente al que le ha engendrado, sino a todos aquellos hombres que habrían podido desposar a su madre. De la misma forma llama «madre», «hermano» o «hermana» a cuantos, sin infringir los tabúes establecidos, hubieran podido serlo. Este sistema de parentesco ha sido llamado por Morgan parentesco «clasificador», pues clasifica a cada grupo de individuos. Una reminiscencia de esta ordenación social en el mundo moderno aparece en la costumbre de que los niños llamen tíos y tías a todos los amigos de sus padres.

Uno de los meollos del totemismo, se ha dicho más arriba, es la ley de la exogamia, lo que Durkheim ha calificado de «prohibición del incesto» y Freud ha lla-

mado «horror al incesto». No cabe duda de que la prohibición de relacionar dos miembros de diferente sexo y que pertenezcan al mismo clan, entraña una taxativa prohibición de toda actividad incestuosa.

Esta es, precisamente, una constante que se encuentra en numerosas tribus de Africa, de América y de Oceanía. Así en las islas Lepers (Nuevas Hébridas), el hijo que ha llegado a una cierta edad abandona el hogar materno y se va a vivir a la «casa común», en la que duerme y come. Puede visitar todavía su casa, para reclamar en ella su alimento, pero si su hermana está presente debe retirarse sin comer. Si el hermano y la hermana se encuentran, por azar, fuera de la casa, la hermana debe huir o esconderse. Cuando el hermano reconoce en la arena las huellas del paso de una de sus hermanas, no debe seguirlas. Igual prohibición se aplica a la hermana. Todos estos tabúes, que entran en vigor a partir de la pubertad, demuestran la imposición de trabas y de prohibiciones, que impidan la relación entre hermanos, y el consiguiente peligro de relaciones incestuosas.

En Nueva Caledonia se encuentran costumbres análogas. Cuando un hermano y una hermana se encuentran, se esconde esta última entre los arbustos y el hermano pasa sin volverse hacia ella. En la península de las Gacelas (Nueva Bretaña), la hermana casada ya no puede dirigir la palabra a su hermano.

Los tabúes referentes a las relaciones entre yerno y suegra están también muy difundidos en las sociedades de origen totémico. En las islas Banko, y también en otras islas del Pacífico, el yerno y la suegra deben evitar el aproximarse el uno al otro. Cuando, por casualidad, se encuentran en el camino, la suegra debe apartarse y volver la espalda hasta que el yerno haya pasado. En Vanna Lava (Port Patterson), el yerno no entrará en la playa si por ella ha pasado su suegra antes de que la marea haya hecho desaparecer en la arena la huella de los pasos de la misma. Sin embargo pueden hablarse a cierta distancia, pero les está prohibido a ambos pronunciar el nombre del otro.

El horror al incesto, como fuente de tabúes, se en-

cuentra en las civilizaciones primitivas de todos los continentes. En algunos casos es tan extremada esta aversión, que se castiga el incesto de los animales domésticos, como ocurre entre los negros basoga del Alto Nilo (1).

Es sabido, por otra parte, que incluso entre los países civilizados de Europa y de América persisten los tabúes de relación entre yerno y suegra, y los chistes y burlas a este respecto son reminiscencia de la vieja organización totémica, además de otros factores de orden psicológico.

Ha sido, precisamente, el contenido psicológico de este «horror al incesto» manifestado entre los primitivos, lo que ha llevado a Freud a exponer su teoría psicoanalítica al respecto, dando nuevas pruebas de su proverbial ingeniosidad. Como es sabido, Freud ha establecido un paralelismo entre la conducta del niño, la del neurótico y la del salvaje. Desde luego, es forzoso admitir este paralelismo en muchos terrenos. El fetichismo del salvaje, por ejemplo, que nos parece una creencia grosera, es practicado por el niño y, aún más si cabe, por ciertos adultos. La supersticiosa veneración de partes del cuerpo o de prendas de la persona amada, o de objetos, retratos o prendas de la persona fallecida, son reminiscencias modernas y transparentes del culto fetichista.

En las manías y temor hacia ciertos animales (zoofobias), manifestadas en los niños, ha descubierto Freud vestigios de lo que podría denominarse «totemismo infantil». Las zoofobias, o aversión hacia los animales, nacen de un mecanismo psíquico muy semejante al que produce en la mente del salvaje la dependencia totémica. Según el examen que Freud ha efectuado sobre diversos casos clínicos concretos el animal temido es la imagen del padre. La prohibición de matar al tótem

(1) La práctica del incesto, que aterroriza a los primitivos, es en cambio relativamente común en las civilizaciones más refinadas. En las monarquías divinas del antiguo Egipto y Perú era común el matrimonio entre hermanos de sangre real para perpetuar la estirpe.

y la de tener comercio carnal con la mujer del mismo tótem, coinciden con los dos crímenes de Edipo, que mató a su padre y se casó con su madre. Sabida es la importancia que Freud concede al complejo de Edipo en el niño (manifestado por la aversión hacia el padre y el amor a la madre). En este sentido, el niño, que es en cierto modo el rival de su padre, desplaza sobre el animal el odio que siente hacia su progenitor, coaccionado por el temor y respeto (la represión). De la misma forma que el tabú de pronunciar ciertos nombres origina la metáfora, el animal es el símbolo del padre temido y odiado en los niños enfermos de zoofobia, que no es otra cosa que una manifestación del complejo de Edipo.

La interpretación clínica freudiana es ingeniosa, como todas las suyas, aunque no tiene un valor excesivo para el sociólogo y el etnógrafo. Desde el punto de vista histórico, las organizaciones totémicas aparecen precediendo el nacimiento de grandes civilizaciones. En el delta del Nilo, por ejemplo, aparecen núcleos totémicos con anterioridad al año 4000 antes de Jesucristo. El parentesco místico del animal progenitor (alguna vez un vegetal) es, y no los lazos de familia o de sangre, lo que determina esta unidad social denominada clan. Los miembros del clan se creen parientes y nacen unos preceptos y unos tabúes.

En los regímenes totémicos los asuntos de la tribu se ventilan en una asamblea o consejo de ancianos, compuesto por los jefes de cada clan. Aparte de esto no es posible hablar de otra organización política. En algunos casos pueden existir agrupaciones de clanes, con consejos federales. Algunas veces ocurre que el hombre más fuerte, más rico o más hábil en magia, va concentrando sobre sus espaldas el poder de los diversos clanes y se convierte en un tótem viviente. Esta es una forma histórica, precisamente, de evolución hacia el caudillaje y hacia las formas monárquicas.

Esto, y poco más, es lo que se sabe a ciencia cierta sobre el importante papel histórico desempeñado por el totemismo. Pero las lagunas son muy grandes y, en muchos puntos, los investigadores no se han puesto

todavía de acuerdo. Queda en pie, por ejemplo, la cuestión medular del origen del totemismo. ¿Cómo nació el totemismo?

Como es fácil imaginar, en este punto abundan también las teorías y las divergencias, pudiéndose afirmar que existen opiniones para todos los gustos. Sin embargo, hay algunos puntos que parecen bien asentados. Parece que el totemismo nace en los pueblos cazadores. La vida de los hombres depende de la caza de un animal, esta continuada relación de dependencia del animal hace que el hombre imagine oscuras leyendas y llegue a poner a este ser entre sus antepasados. Luego viene, automáticamente, el culto de este animal protector. Y los tabúes consiguientes. El animal tótem no puede ser matado; su carne no puede ser consumida; en algunos casos su nombre no puede ser pronunciado. El totemismo lleva aparejado, por último, el precepto exogámico.

Esto es, en rasgos generales, lo que puede saberse con certeza de esta inquietante religión que, en la actualidad, sigue estando vigente para muchas tribus de América, de Africa y de la lejana Oceanía.

Los principios religiosos de la idolatría

Se ha estudiado el totemismo como una de las formas más importantes de la religión animista, esto es, de la religión que se basa en la espiritualización de los seres vivientes o de los objetos materiales. Pero resulta claro que en esta mescolanza de espíritus, genios o dioses que forma el animismo, pronto tuvieron que destacarse los más importantes o los más poderosos, a criterio del salvaje. Entonces comienzan a dibujarse unas jerarquías divinas; grandes espíritus, dioses mayores o genios más importantes aparecen al lado de deidades más insignificantes. Esta escala de valores debió establecerse, sin duda, en relación con el mayor o menor temor que inspiraba al salvaje determinada deidad, o de acuerdo con la importancia y significación respecto a su vida y actividades. Los hielos para el esquimal,

y no para el centroafricano, adquieren importancia divina, como el Nilo lo adquirirá para los primitivos habitantes de Egipto, pues estas creencias están íntimamente ligadas a sus formas de vida.

La luz y las tinieblas, el Sol y la Luna, el cielo, la Tierra, el mar, el viento y el fuego son principalísimas deidades en la mente del hombre primitivo. Son elementos que proporcionan bienestar y riqueza cuando están contentos, pero son fuentes de estragos y de calamidades cuando se enfurecen. Son dioses que bendicen o aniquilan y que, por lo tanto, deben propiciarse los hombres mediante oraciones, sacrificios y ceremonias. Al reflexionar y actuar de esta manera el hombre primitivo comienza a poner los pilares de toda actividad religiosa humana.

El nacimiento de un culto propiciatorio, con ceremonias y ofrendas que tienen por misión aplacar al dios enfurecido o implorar sus favores, va desarrollando el contenido de la primitiva liturgia. Ahora bien, no todas las personas pueden servir de mediadoras entre los hombres y las divinidades. Son precisamente unos seres electos, hechiceros, magos o *chamanes*, los que dirigen las ceremonias del culto y efectúan los sacrificios públicos. Así nace el *chamanismo* (o *xamanismo*), primera organización teológico-litúrgica en esta fase de la religión primitiva.

Los chamanes de los pueblos tártaros y siberianos son a la vez cantores, poetas, músicos, adivinos, sacerdotes y médicos. A los chamanes y a las *chamanacas* se les atribuye el poder de trasladarse a los cielos; de investigar el pasado y el futuro y, sobre todo, de servir de intermediarios entre los hombres y el mundo de los espíritus. Pero los chamanes aparecen ejerciendo también su sobrenatural ministerio en la soleada California, en donde son muy respetados. En los pueblos árticos el chamán se comunica con los espíritus a través de unos arrebatos de éxtasis, que no son otra cosa más que unos ataques de histeria. En Finlandia es creencia común que los brujos o chamanes tienen acceso al mundo de los espectros, y negocian con ellos en nombre de los supervivientes.

Así pues, el culto, en manos de los chamanes o sacerdotes, va a evolucionar marcadamente. En un principio cada hombre era un sacerdote y un mago a la vez, imploraba clemencia a los elementos desatados y practicaba ceremonias para congraciarse con ellos. Pero poco a poco el brujo, mago, sacerdote o chamán (el proceso es siempre el mismo), se convierte en especialista y pasa a ser un funcionario de la comunidad. En las tribus polinesias o africanas, en los imperios del antiguo México y Perú aparecen las clases sacerdotales, generalmente asociadas con la institución del caciquismo.

El sacerdocio se ha convertido en una profesión, a menudo hereditaria, que agrupa a individuos que ocuparán posiciones clave en la sociedad y que formarán escuelas para enseñar el secreto de los ritos a sus sucesores.

Luego, con el afianzamiento de la familia como unidad social, estable y regida por el padre, nace la religión doméstica, que deposita los poderes sacerdotales en la figura de este personaje. Es característico de la fase de religión doméstica el culto a los antepasados y el culto a los muertos, con la creencia en la supervivencia de un alma-fantasma del muerto en el Más Allá. A esta creencia corresponden una serie de ritos, como la colocación de alimentos y armas junto a la tumba del difunto, para que pueda valerse de ellas, depósito del cadáver en los árboles, canibalismo, etc. (1).

Esta fase religiosa comporta una multiplicación del

(1) El canibalismo, o alimentación con carne humana, puede ser de dos tipos. El canibalismo de miembros de la propia tribu (endocanibalismo) y la antropofagia, efectuada con los individuos de tribus extranjeras o enemigas. Steinmetz ha clasificado las causas del canibalismo, desprendidas de sus observaciones. Puede ser provocado por hambre de los miembros de la comunidad. Es frecuente, en tal caso, que los cadáveres de las personas inválidas o fallecidas sean comidos por hambre o golosina. En otros casos se produce como castigo de un reo. En otros casos, finalmente, la ingestión de la carne del difunto es una ceremonia religiosa realizada con sumo respeto, y una extraña forma, en definitiva, de culto a los muertos.

número de espíritus o genios. Por otra parte se acentúa la tendencia del hombre a figurarse a los espíritus y a los dioses a su imagen y semejanza, lo que contribuye a la representación antropomórfica de las divinidades. Este fenómeno es interesante. Ya en tiempos del matriarcado las divinidades seguían el principio femenino dominante, como la Luna o la Tierra; el patriarcado impuso los dioses masculinos, así como el culto fálico. La religión familiar hará aparecer la forma nueva de la trinidad, tríada de dioses ligados por unas leyes más o menos complejas. Análogamente, en las sociedades agrícolas se adorará a la Tierra-Madre, como receptáculo fecundo y fuente de cosechas, mientras que los pueblos guerreros rendirán adoración al dios Trueno.

El hombre trasmite al dios una parte de su propia naturaleza, de sus rasgos físicos y raciales, de sus problemas profesionales... Podría decirse que el hombre, al hacer el dios a su imagen y semejanza, se le acerca, para crear una figura más inteligible y cercana, más próxima a él y más fácilmente comprensible, porque un espíritu puro es algo difícil de imaginar, pero no así un bondadoso anciano de luengas barbas blancas, por muy divino que sea. Anaximandro de Mileto, probablemente el primer pensador que criticó el politeísmo, escribió hace ya muchos siglos: «Los etíopes hacen a sus dioses morenos y chatos. Los leones, si tuvieran dioses, los harían en forma de león». No cabe duda de que las particularidades geográficas o históricas configuran la mitología y las peculiaridades de cada dios. No es casual que entre los germanos el dios supremo, Wotan, sea un dios guerrero, ni tampoco lo es el que las ceremonias de los pueblos del Próximo Oriente acusen una aguda sensualidad, reflejo del clima y de la naturaleza local. Podría afirmarse la universalidad de la creencia en un dios superior. Pero ¿quién diría que bajo la imagen del Marduk babilónico, del Brahma hindú, del Zeus griego, del Júpiter latino, del Moloch fenicio y del Odín escandinavo se esconde la misma idea y el mismo principio?

Así pues, las leyendas y representaciones de tiempos

remotos, las fábulas y mitos, han de estudiarse y comprenderse como los vestigios de una interpretación de los fenómenos naturales, convertidos en personas-dioses por la imaginación del salvaje. Las leyendas y fábulas no son invenciones fantasiosas, sino que obedecen a razones muy concretas. Con razón ha dicho Bergaigne que «un mito es la explicación primitiva de un fenómeno natural: es la falsa ciencia de una época en que era imposible la verdadera ciencia».

Irrumpe así con claridad el concepto de mito en la historia de las creencias, como explicación de algo que el hombre primitivo no llega a comprender cabalmente. El mito es, precisamente, la razón y causa suprema de toda mitología.

ESENCIA Y UNIVERSALIDAD DE LOS MITOS

Los centros de unidad de los mitos.

Los nacientes mitos, como se ha dicho antes, eran varios y diversos y se encontraban repetidos en pueblos y culturas muy distantes bajo ropaje variable, según fueran las peculiaridades y fantasía de los hombres. Cuanto más primitiva sea la forma religiosa, más se acercará al naturismo, como ocurría entre los celtas. Entre los pueblos de la antigua Grecia y Roma (etruscos) la religión arcaica tenía una neta raíz naturalista, como se comprueba con la cosmogonía de Hesíodo; la posterior invasión del antropomorfismo hará variar notablemente las formas de la vieja religión y nacerá la mitología clásica. Con el derrumbe de la idolatría pagana irrumpirá, para imponerse, el monoteísmo cristiano.

Pero veamos ahora cuáles y cómo eran estos mitos principales. En un principio, a la variedad de fenómenos correspondía la variedad de dioses; a la variedad de dioses, variedad de mitos. Mitos teogónicos y mitos cosmogónicos, a la vez, que se referían indistintamente a la naturaleza y misterios de los dioses, y a la creación y conservación del mundo.

Se ha dicho antes que, desde un principio, el hombre, reflexionando, comenzó a conceder diversa importancia a los mitos (o fenómenos naturales), según su índole y según fuera la relación e intervención de dicho mito en sus formas de vida. Esta clasificación de los mitos, que aparece en todos los pueblos, condujo a

la formación de unos centros de unidad, esto es, a la adopción de unos grandes principios comunes, de una importancia reconocida y universal. Estos grandes centros, fuente de toda mitología, son Cielo y Tierra, Fuego, Sol y Luna.

He aquí a los grandes dioses, a los focos de creencias religiosas que se encuentran, indistintamente, en las islas polinésicas o en los grandes imperios orientales. Los demás centros religiosos, mágicos o supersticiosos, serán centros secundarios en relación con estos grandes focos universales.

Estos cinco grandes focos mitológicos adquirieron en Oriente una importancia vital, medular. Fueron la fuente de todo un sistema de creencias, de una liturgia y de unas formas de vida relacionadas con aquellos principios. De allí habrían de saltar a las religiones de los pueblos indoeuropeos y arraigar en nuestro continente. En los pueblos consagrados a la agricultura y de tipo matriarcal predominó el mito «tónico», o terrestre; mientras que en los pueblos pastores y de raíz patriarcal arraigó el mito solar, o principio masculino. Porque, como se ha observado, los mitos y las deidades también tienen sexo y se unen con otras divinidades para procrear. Esta dualidad de principios, principio masculino y principio femenino, se encuentra en todas las mitologías, repitiendo la misma fábula, aunque con vicisitudes diferentes. La deificación del Sol como fuente de vida, así como la leyenda de su muerte y resurrección, aparecen en Egipto con Osiris y en Escandinavia con la fábula de Balder. La unión fecundadora de un dios y una diosa, llámense Sol y Luna, Tierra y Cielo, Isis y Osiris, Baco y Ceres o Hu y Caridwen entre los celtas, es un mito con dimensiones universales. Y estos viejísimos mitos, que se pierden en el origen del tiempo, pasarán a la cultura moderna a través de la recopilación de cuentos y de fábulas enraizadas en la cultura popular. Los cuentos de Perrault, de Grimm y de Andersen son muestrarios de una mítica transmitida por tradición oral. Y más de uno se sorprendería al reconocer el origen pagano de la fábula de *Piel de asno*, o al descubrir que la leyenda de *La bella durmiente*

del bosque es de origen oriental. La viejísima raíz de estos mitos, y su difusión universal a través de intercambios culturales, guerras y emigraciones, es tema para ser tratado con amplitud en otro volumen.

Representación de los principales mitos: Cielo, Tierra, Sol, Luna y Fuego

La noción de una deidad superior, de un Ser Supremo, se encuentra muy arraigada en los pueblos primitivos, que la representan e imaginan diversamente, según sea su fantasía, su capacidad mental y sus peculiaridades etnológicas.

Entre los egipcios el escarabajo (escarabajo sagrado) era símbolo de la divinidad, y era venerado viendo en él al dios Ptah. En algunas tribus africanas, los negros se arrodillan ante un tablero blanco y lo veneran. Esta ceremonia carece de sentido para el que ignore que en el color blanco está representado Obatala, dios de la luz y principio creador. Entre los minicopios, insulares del mar de las Indias, el Gran Espíritu recibe el nombre de Puluga, que vive en una gran casa de piedra (lujo extraordinario para aquellos hombres paupérrimos). Si se le ultraja sale encolerizado de su casa en forma de fuego. El dios supremo es llamado Yumala entre los lapones, Ukko en Estonia, Gran Manitú entre los pieles rojas americanos y Chareja entre las tribus californianas. Pero debajo de esta gran diversidad yace un substrato mítico común.

Con frecuencia es considerado el Cielo como el gran dios que todo lo envuelve, padre creador de todas las cosas, dulce y benéfico durante las estaciones de primavera y otoño, destructor en invierno y amenazador en verano. Pero además de ser el indicador de las estaciones, el Cielo cobija a una multitud de deidades dependientes en cierto modo de él: las nubes, la lluvia, los astros, el rayo... No es sorprendente que este poderoso dios figure lo mismo entre las religiones de raíz aria que entre las tribus polinésicas. El cielo será re-

presentado como Zeus en Grecia y como Júpiter en Roma, nacidos del dios ario Dyau.

Si el Cielo es un principio masculino, la Tierra, en cambio, es la gran diosa y el más importante principio femenino conocido por el hombre. Verde y florida en primavera, triste y tenebrosa en invierno, la Tierra es el receptáculo que contiene a los hombres, a los animales, a los vegetales... La función constante de la Tierra es la de concebir y producir. Cuando se halla encinta es digna de veneración; cuando da a luz es digna de ser venerada. Esta madre fecunda, Madre-Tierra para los poetas y para los agricultores, ha sido reverenciada en todo tiempo. Los indios aymaraes de Perú y Bolivia efectúan una interesante ceremonia de raíz mágica durante la llamada «fiesta de la siembra», en la que honran a la Madre Tierra. Vestidos con sus mejores galas, los indios abren un hoyo en el campo e introducen alimentos, alcohol, tabaco, etc. Después cubren el hoyo y empiezan a beber y a danzar con creciente frenesí.

La diosa Tierra será Baaltis en Fenicia, Astarté en Cartago, Isis en Egipto, Frigga en Escandinavia, Pachamamma en el Perú, Gea y Venus en Grecia y Deméter o Ceres en Roma.

Los dos grandes mitos examinados, Cielo y Tierra, forman la pareja primera que con mayor facilidad puede acudírsele a la mente primaria de un salvaje que investiga el origen de las cosas y del mundo. El Padre Cielo y la Madre Tierra son los padres universales. El principio masculino activo, que envía lluvias cuando está contento, o castiga a su esposa con calores insufribles cuando está airado, esquematiza las funciones del padre y del esposo. La Tierra, divinidad pasiva, receptáculo de la fecundidad y receptora de las lluvias benéficas y de los ardientes calores, personifica las funciones de la esposa y de la madre, como receptáculo de hombres, animales y vegetales.

La sagrada unión del Cielo y de la Tierra figura, pues, a la cabeza de todos los sistemas cosmogónicos, universalmente adorado y es base firme de las religiones naturalistas primitivas.

El Fuego, esencia del Padre Cielo, es el mediador y

mensajero entre los dioses y los mortales. Los indígenas de Namoluk (islas Carolinas) sostienen que el arte de hacer fuego lo enseñaron los dioses a los hombres. El fuego es un elemento que va a obsesionar a las culturas primitivas y llegará a penetrar en la filosofía griega presocrática como uno de los cinco elementos fundamentales. El fuego todo lo purifica y todo lo transforma; el fuego es principio de destrucción y, al mismo tiempo, principio creador. Entre los indios senal, de California, es creencia común la de que el mundo fue un gran globo de fuego, que ha quedado encerrado ahora en el interior de los árboles. De aquí que el fuego surja cuando se frotan dos pedazos de madera. El fuego ha sido un elemento de capital importancia en la vida y progreso del hombre primitivo. Su probable origen es el rayo que incendió el bosque; luego vino la dura tarea de velar continuamente por su conservación. Es lógico que el fuego fuera divinizado. Y esta adoración del fuego sagrado pervivirá en Persia y en el culto de Vesta, en Roma, como veremos más tarde. El origen divino del fuego es también fácilmente comprensible y ha sido perpetuado por numerosas leyendas y fábulas. La más famosa de ellas es la leyenda griega de Prometeo, que robó al Olimpo el fuego sagrado para transmitirlo a los hombres, siendo por ello castigado por Zeus, que lo encadenó a una roca, en el Cáucaso, condenado eternamente a que un buitre le devorase el hígado, en castigo de su rebelión y orgullo. Prometeo fue, finalmente, librado de su suplicio por Hércules (1).

Dos mitos que aparecen entrelazados y relacionados, y que gozan de una especialísima importancia religiosa, son el Sol y la Luna, focos riquísimos de leyendas y de fábulas, hasta el punto de que algún tratadista los con-

(1) Las leyendas sobre el origen divino del fuego son numerosas y se clasifican en dos categorías. Para unos, creyentes en el Gran Espíritu, el fuego fue un don de la divinidad hecho a los hombres. Para otros, siguiendo el esquema de la leyenda de Prometeo, el fuego sagrado fue robado por un hombre, y con frecuencia por un pájaro, que lo transmitió a los hombres, provocando un gran enojo en la divinidad.

sidera como los centros mitológicos más importantes.

Para el hombre primitivo el Sol ha sido siempre el símbolo de la luz, destructor de las tinieblas, fuente de la vida y del calor. El Sol ha sido personalizado, en consecuencia, como un dios bienhechor, como un dios grande y protector, que derrama sus bendiciones sobre la Tierra, madura los frutos e infunde la vida, o que, encolerizado, agosta los campos, seca los ríos y castiga a los hombres. Fruto de esta concepción mitológica ha nacido el culto solar con una variada liturgia en todas las culturas. El Sol, que es un principio masculino, ha sido representado antropomórficamente en estos pueblos. El Sol es Baal en Fenicia y Apolo en Roma. Se le ha representado en forma de círculo brillante, hecho con metales y piedras preciosas, que coronaba la cabeza de los soberanos. Estos círculos se convirtieron luego en coronas, diademas, nimbos y aureolas, que rodean la cabeza de monarcas, héroes o santos, según el caso.

La deidad femenina correspondiente al Sol es la Luna. Diosa bella y melancólica, de faz pálida y reina de la noche, que ocupa el lugar del Sol durante su ausencia. Toda la potencia y agresividad del Sol se convierte en dulzura y humildad en la Luna. Aparte de esto, la Luna ha jugado un papel importante en los pueblos campesinos para el cómputo del tiempo, de acuerdo con las formas del disco lunar. Como natural compañera del Sol ha sido adorada y es la pareja mítica más importante de la Naturaleza, junto con la que forman el Cielo y la Tierra.

A la Luna se la representa como un segmento circular, durante el cuarto creciente o menguante, y también ha recibido figura humana. La Luna es Baaltis entre los sirios, Semíramis para los babilonios, Artemisa y Selene para los griegos y Diana, Juno y Venus para los romanos.

La Luna ha sido una fuente abundante de ceremonias litúrgicas, religiosas o mágicas, que no carecen de interés. Algunas tribus del Orinoco ponían bajo tierra ramas encendidas durante el eclipse de Luna, pues, según ellos, si la Luna se extinguiera, todos los fuegos se apagarían con ella, salvo los que estuvieran ocultos

a su mirada. Los nativos de Nueva Guinea calculaban los meses por la Luna y algunos le arrojaban piedras y le dedicaban cantos, con la idea de acelerar su ciclo y acortar así el tiempo cuando ello les convenía. En Albania existió antiguamente un templo consagrado a la Luna. En este templo existían unos esclavos sagrados, que recibían la inspiración divina y profetizaban. Cuando uno de estos hombres daba síntomas de poseer el don de la profecía particularmente desarrollado, el gran sacerdote del templo le ataba con una cadena sagrada y, durante un año, le hacía vivir regaladamente sin privarse de ningún deseo. Al final de este plazo el hombre debía ser sacrificado a la Luna. Un hombre especializado en matar a aquellas víctimas humanas y que poseía gran destreza en este menester, avanzaba de entre la multitud y con una lanza sagrada atravesaba a la víctima por el costado, partiéndole el corazón. Del modo como cayera muerto se deducían presagios para el bienestar y la salud de la comunidad.

Pero es normal también que el culto a la Luna esté enlazado, de una u otra forma, con el culto del Sol, su divino esposo. Pero el Sol y la Luna, unidos a los cinco planetas, forman una unitaria base mágica, fundamento de la astrología caldea, que nació entroncada con fábulas de orden religioso. La astrología pretende interpretar el futuro basándose en las posiciones de los astros con respecto a la Tierra. Esta antiquísima pseudociencia, de la que se volverá a hablar más tarde, nació en Caldea y Egipto, de la mano de los astrólogos, magos, adivinos y hechiceros, y se propagó por Europa, tras haber arraigado fuertemente en Persia. Las prácticas astromágicas penetraron en Europa a través de Grecia y alcanzaron gran auge durante la Edad Media. En nuestros días persiste esta pseudociencia en manos de charlatanes y de engañabobos, que explotan la incultura popular en una forma escandalosa para nuestra moderna civilización, que ha dejado ya muy atrás el estadio histórico de la magia.

Las relaciones de los grandes mitos: los sagrados matrimonios

Hemos visto que las dos grandes parejas de la mitología universal son el Cielo y la Tierra, y el Sol y la Luna. Entre estos elementos, el Fuego, con su propia personalidad divina, completa el marco de los principales focos religiosos de la Antigüedad.

La primera pareja, la del Cielo y la Tierra, aparece sobre todo en los pueblos campesinos, como fuente y foco de fábulas y de leyendas diversas. El núcleo mítico de este divino matrimonio, que por fuerza hubo de llamar la atención del hombre primitivo, fue el fenómeno de la fecundación de la Tierra, en el momento en que la Naturaleza es propicia y manifiesta su belleza desparramada. La Tierra, con sus mejores galas, recibe la semilla y la benéfica acción celeste. Sin embargo, la Tierra luego se agosta con la sequía, y se resquebraja, para volver a recuperar, finalmente, su plenitud. Este ciclo anual natural, base de toda tarea agrícola, constituye la raíz de los mitos llamados «tónicos», difundidos especialmente en las culturas matriarcales y campesinas.

El fenómeno más llamativo de la segunda pareja hubo de ser, sin duda, el ciclo diario del curso solar. El astro rey aparece por la mañana, sube vigoroso por el firmamento hasta alcanzar su plenitud y arrogancia de principio masculino; luego desciende y comienza a declinar y a debilitarse, hasta desaparecer en el horizonte. Entonces la oscuridad y las tinieblas se apoderan de la Tierra, pero por fortuna, la Luna, que aparece ahora como la sustituta del Sol, atenúa esta pavorosa oscuridad.

Este transcurrir cíclico y natural del día y de la noche impresionó profundamente a la primitiva mentalidad del salvaje y dio lugar al nacimiento de los mitos solares, abundantes en las culturas de origen patriarcal y de actividad pastoril.

Un somero examen de ambos mitos revela una esen-

cia común y un contenido semejante, que será el meollo de las leyendas basadas en el mito «tónico-solar». En los mitos del Sol aparece el espíritu hermoso, fuente de luz y de calor (el Sol diurno), amado por su compañera bella y alegre (la Tierra iluminada), que prosigue su curso, envejece y se debilita (el ocaso), y es devorado por un monstruo (las tinieblas de la noche). La compañera entristecida (la noche) busca al muerto, guiado por su sustituto (la Luna), hasta que por fin aparece, otra vez bello y radiante (la mañana).

Ahora bien, esta leyenda del Sol muerto y desaparecido ofrece un paralelismo visible con las actividades y el desarrollo de la vida humana. La carrera del Sol, que nace, crece, lucha, envejece y muere finalmente, para renacer otra vez triunfante, es la imagen de la vida del hombre y de la creencia en la existencia de una vida futura.

Análogo es el caso del mito «tónico-solar» que, en vez de cubrir el tiempo de una jornada, sigue el ciclo anual de las estaciones. El joven dios hermoso (sol fecundante de primavera), amado por la fecunda diosa (la hermosa Tierra primaveral), desaparece en aparente muerte, ocasionada por un accidente (el destructor sol de verano). La diosa, enloquecida por la pena, agostada y resquebrajada por el duro castigo, busca al hermoso dios, lo halla por fin, con su belleza y sus fuerzas debilitadas, y uniéndose a él lo consuela (el otoño). El dios tiene que luchar entonces con las tinieblas y con los enemigos, que tratan de aniquilar su potencia luminosa (el invierno), hasta que logra vencer, reinando nuevamente poderoso y bello, y la hermosa diosa se une con él en sagrada ceremonia que los hombres festejan.

De hecho, el mito diurno y el mito del año solar están basados en idénticos principios cíclicos, partiendo de la dualidad de principios, masculino y femenino, y de la decadencia y resurrección del dios, con todo lo que ello significa para la agricultura y para las restantes actividades humanas. Estos importantísimos fenómenos solares forman el substrato de las leyendas de Isis y Osiris en Egipto, de Balder en Escandinavia, de

Baaltis en Mesopotamia, de Adón en Fenicia, y del mito grecolatino de Venus y Adonis.

Queda, pues, clara la dualidad de los principios míticos, el «tónico», o mito de la fecundidad de la Tierra, y el solar en sus dos variedades: la del ciclo solar diurno y la del ciclo solar anual. Pero como el ciclo anual coincide con el ciclo tónico de la germinación de la Tierra, es posible hablar, en términos generales, del gran mito tónico-solar, como mito central y foco de numerosas leyendas y fábulas.

Existen, naturalmente, variantes diversas en lo tocante a la interpretación de los sagrados matrimonios. Así, por ejemplo, muchas tribus del noroeste de América viven en la creencia de que el Sol y la Luna son hermanos y amantes, afirmando que la joven Luna, enamorada del Sol, acude a visitarlo en la oscuridad de la noche. Para muchos indios mexicanos el Sol y la Luna son dos hombres y otros afirman, finalmente, que la Luna viene a ser una especie de infierno, adonde van a parar los que hayan llevado una vida pecaminosa.

Pero sea como fuere, la figura de los dos astros ocupa siempre un lugar destacado en todas las mitologías precristianas. Los sistemas religiosos que se describen en los capítulos siguientes descubrirán al lector los orígenes naturalistas de las diversas mitologías, por una parte y la presencia perenne del gran mito «tónico-solar», que aparece como veta soterrada en todo substrato religioso.

LAS MITOLOGIAS ORIENTALES

Las primeras civilizaciones

El paso histórico del estado de barbarie al de civilización políticamente organizada se produjo unos 4.000 años antes de nuestra Era, en la zona geográficamente privilegiada del Mediterráneo oriental. El fértil valle del Nilo o la llanura situada entre el Tigris y el Eufrates ofrecen unas condiciones naturales aptas para el desarrollo de unas formas elevadas de civilización, basadas fundamentalmente en la economía agrícola y pastoril. No es, pues, el azar, sino las condiciones naturales lo que hizo que la historia de la civilización iniciara sus páginas balbucientes en esta zona neurálgica para el arqueólogo y el investigador.

Ahora bien, el paso radical de la tribu neolítica al gran imperio no se produjo por arte de magia o encantamiento, sino que siguió un proceso lógico que los historiadores han tratado de desentrañar. El estudio arqueológico del delta del Nilo, del valle situado entre el Tigris y el Eufrates y del valle del Indo arroja unas conclusiones históricas semejantes. Hace unos diez mil años estas fértiles zonas estaban pobladas por densos bosques, que contrastaban con la zona desértica que se extendía más allá, donde no llegaba la influencia fértil del río. En estas zonas de riqueza se encontraban aldeas con una cultura neolítica desarrollada y que practicaban la agricultura. Estas pequeñas aldeas estaban formadas por chozas construidas con barro y cañas. Sus habitantes conocían la cría de animales domés-

ticos, entre ellos el cerdo, y su estructura socialreligiosa acusa elementos de origen matriarcal y totémicos.

Con este punto de partida histórico surge la pregunta de cómo pudo ser posible que una sociedad basada en una sencilla economía de tipo neolítico, donde cada familia o grupo provee para sus propias necesidades y en la que no es costumbre producir más de lo estrictamente necesario, se convirtiera en economía organizada, en la que mientras unos se dedican a la producción de alimentos, otros trabajan en la metalurgia, en la alfarería y en el intercambio de productos.

Pues bien, entre todas las tesis propuestas para explicar la evolución de la aldea neolítica en imperio, la más sólida hace nacer esta transformación de la invasión y conquista de estos territorios, realizadas por pueblos extraños con una cultura distinta, de tipo patriarcal y pastoril.

Que la teoría no anda descaminada se infiere del examen arqueológico de estas zonas, que ofrecen huellas de ataques y destrucción de las aldeas neolíticas, por parte de los pueblos pastores vecinos. La tradicional rivalidad entre ganaderos y campesinos tiene raíces muy lejanas y perfectamente explicables.

Los agricultores que ocupaban una zona geográficamente privilegiada recibían con frecuencia los embates e invasiones de los pueblos pastores nómadas, que se acercaban al máximo hacia la feroz zona del río, cuando la sequía desecaba los pastos adyacentes. Estos movimientos migratorios en busca de pastos para su ganado concluveron con la invasión por parte de los más fuertes. Nótese, al paso, que los pueblos pastores y nómadas suelen ser más belicosos que los cultivadores, acuciados por la búsqueda de tierras más favorecidas. Por otra parte, así como la economía agraria tiene una base matriarcal ocurre lo contrario con los pueblos pastores, cuya organización social y religiosa es siempre de tipo patriarcal, lo que se refleja en el culto al Sol, principio masculino, que han impuesto siempre a los pueblos que han dominado, como resulta evidente en el caso de Egipto.

En estos casos los pueblos invasores suelen quedarse

en el país invadido, asentándose sobre las poblaciones dominadas a manera de aristocracia. Entonces los campesinos pueden quedarse en sus tierras que deben seguir cultivando. Los señores formarán la casta guerrera y les protegerán frente a otros enemigos, pero aquéllos deberán pagar un tributo a sus amos en forma de alimentos, lo que obliga a producir un excedente agrícola, ya que no basta lo que antes se producía para el grupo familiar. Y con el excedente así producido, la clase dominadora no sólo se sustenta a sí mismo, sino que sustenta también a todos los componentes de la colectividad que se dedican a otras tareas. Y hasta puede dedicar una parte de este excedente para intercambiar con aquellos productos que no se producen en aquella región.

El Estado surge con la división de la comunidad en clases y profesiones. La economía se organiza de una forma que fue imposible durante todo el período paleolítico, mesolítico y neolítico. Ahora existen dominadores y dominados y las profesiones se diversifican. Están, ante todo, los príncipes y los sacerdotes, los escribas y los funcionarios, los soldados profesionales y los artesanos. Y todos los componentes de estas clases están exentos de la obligación primaria de producirse su propia alimentación, que corre a cargo de los cultivadores y criadores de animales.

Ahora bien, este cambio radical en la economía de la comunidad determina otros cambios en la instalación humana. Los campesinos, que cultivan la tierra, deben seguir viviendo cerca de los campos para poderlos cuidar. Pero las clases y profesiones que han sido emancipadas de este trabajo pueden vivir lejos de allí. Y de la misma forma que ciertos trabajos públicos exigen la concentración de trabajadores, el servicio del príncipe, la administración del Estado y el culto a los dioses exigen la edificación de palacios, oficinas públicas, templos y centros de comercio. Así nace la ciudad y con ella la capital del imperio.

El nacimiento de unas nuevas formas de vida se caracteriza, en primer lugar, por la aparición de unas formas políticas organizadas en forma sumamente esta-

ble. A la horda inorgánica y a la tribu salvaje sucede ahora el régimen de despotismo imperial, encabezado por un faraón, un caudillo o un monarca, dotados de amplios poderes, que a menudo tienen un origen divino y sobrenatural. Estas formas monárquicas han nacido de la fusión de diversas unidades de población, unión pacífica o por conquista, y por el establecimiento de un régimen despótico y con frecuencia hereditario, como corresponde al origen divino de la estirpe real.

La sociedad se organiza sobre una base estable, la economía pública recibe un poderoso impulso con el inhumano régimen de esclavitud, en el que grandes masas de hombres, mujeres y niños son explotados en beneficio del poder central. La sociedad se organiza siguiendo un cerrado régimen de castas, clases o estamentos y en torno al monarca se agrupan las clases privilegiadas de los sacerdotes, sabios y jefes militares, cargos que a menudo se reúnen en unos funcionarios que participan, a la vez, de diversas funciones. Los sacerdotes, por ejemplo, suelen ser al mismo tiempo los magos, sabios, astrónomos y consejeros del rey.

El nacimiento de estas sociedades políticamente estables y económicamente prósperas lleva aparejado el nacimiento de unas formas de vida y de un desarrollo cultural bastante notable y sumamente típico. Los hombres descubren el lenguaje escrito, que si al principio puede tener un origen pictográfico (esto es, basado en el dibujo de los seres u objetos que integran el contenido de la frase), luego adquiere una función simbólica y cada signo gráfico adquiere el valor de un sonido, esto es, pasa de ser lenguaje jeroglífico a convertirse en lenguaje fonético. Fenicia exportará a Grecia su alfabeto, que luego será asimilado por Roma, para convertirlo finalmente en el actual alfabeto latino. Los signos gráficos que utilizamos actualmente los latinos son, pues, un legado de la colonización fenicia.

Las ciencias, en particular las ciencias de la Naturaleza, recibirán un fuerte impulso y su cultivo será por lo general privilegio exclusivo de los sacerdotes. La Astronomía, principalmente, y su hermana bastarda la Astrología serán cultivadas como manifestación de la

curiosidad del hombre al observar y analizar el Universo. De la Astronomía, ciencia madre, surgirán las principales concepciones cosmogónicas, hipótesis sobre el origen del mundo y el hombre, que fundamentarán todas las concepciones mitológicas orientales. El cielo será considerado como la morada eterna de los dioses y los hombres alzarán a él sus ojos o sus manos cuando lo invoquen con sus rezos y plegarias. La observación del cielo tiene una importancia tan grande en las culturas orientales que, en plena Edad Media, los sabios que cultiven la ciencia astronómica serán llamados «caldeos».

Las restantes ciencias serán, sobre todo, aplicaciones prácticas y empíricas al servicio de la técnica incipiente. Los egipcios utilizarán, por ejemplo, las matemáticas al servicio de la agrimensura, a la medición de campos y parcelas, pero no legarán teoremas ni especulaciones teóricas como lo harán los griegos, en un intento de fundamentar sólidamente los primeros conocimientos humanos. Tales de Mileto, Euclides o Pitágoras señalan los comienzos del verdadero pensamiento científico de la historia de la Humanidad. Pero esto forma parte ya de otro capítulo luminoso de la historia universal.

Lo cierto es que estos imperios teogónicos representan el paso decisivo y fundamental del estado prehistórico al estado histórico. El régimen político sólidamente asentado, la catalogación de los primeros hallazgos científicos, el nacimiento de una concepción del mundo y de unas formas mitológicas, en las que los dioses reciben formas humanas y, sobre todo, la invención de la escritura señalan la entrada del hombre en la fase histórica. Este acontecimiento, que se produjo tan tempranamente en el Mediterráneo oriental, no tiene lugar con uniformidad en todos los lugares de la Tierra. Varios milenios más tarde aparecerán formas muy semejantes de monarquía teocrática en el nuevo continente, en la América anterior al descubrimiento, con las culturas maya, azteca e inca, que parecen haber calcado algunos moldes de las viejas monarquías orientales. Y

aún hoy, en pleno siglo xx, mientras una parte de la Humanidad ha entrado de lleno en la Era del Atomo, otros pueblos siguen viviendo en una fase anterior a la del viejo despotismo oriental, anclados en una perenne Edad de Piedra, sin contacto con la civilización exterior, como ocurre, por ejemplo, con las tribus amazónicas o de la Australia Central.

He aquí, en breves rasgos, el esquema del nacimiento de las culturas madres, de las culturas del Viejo Oriente, que legarán a Europa el relevo histórico y cultural a través de la Grecia luminosa. A partir de entonces un nuevo capítulo se abrirá en la Historia y los que ayer eran bárbaros pasarán a regir los destinos del orbe civilizado. Con el correr de los siglos Europa será la depositaria de la ciencia y de la civilización universal hasta el punto de convertirse en eje y centro del planeta. Y cuando su cultura tecnológica esté tan avanzada que sea capaz de producir artificialmente la fisura del átomo en sus laboratorios experimentales, los pueblos orientales, que antaño fueron cuna del saber y antorchas del mundo, vivirán en primitivos regímenes agrícolas y pastoriles, o como colonias que entregan su petróleo o sus riquezas a las metrópolis occidentales. Pero esto, también, forma parte de un capítulo, muy reciente, de la historia del mundo...

La descripción esquemática que sigue a continuación, de los primitivos sistemas mitológicos del antiguo Oriente, nos ilustra con suficiente claridad respecto del pensamiento de las prácticas religiosas que dominan el período crítico que registra el paso de la etapa prehistórica a la sociedad organizada.

Caldea

No son todavía lo suficiente bien conocidos muchos detalles de las culturas mesopotámicas, aunque se sabe que en estos pueblos existió una intensa actividad mágica y religiosa, manifestación clara de una pujante civilización.

Las primitivas «ciudades-estado», verdaderas célu-

las políticas y divisiones geográficas, estaban regidas por un sacerdote, o *patesi*, que era al mismo tiempo mago y científico. En estos pueblos la ciencia, y muy especialmente la astronomía, estaba al servicio de la religión y de las predicciones mágicas. De la observación del cielo surgieron numerosas divinidades, locales algunas, como Shamsh (el Sol), Sin (la Luna), Isthar (Venus), Entil (el viento), etcétera. Pero el dios más poderoso será Marduk, que gozará de general veneración en tiempos de Hammurabi. Los sacerdotes, que como ya se ha dicho eran también magos, predecían el porvenir examinando las entrañas de las víctimas, costumbre mágica muy generalizada; la posición de una gota de aceite en el agua, o la observación de la posición de los astros.

La construcción religiosa más típica es el Zigurath, que era una torre formada por siete prismas superpuestos de base cuadrangular. Según escribe Herodoto, estos prismas estaban pintados de diferente color, dedicado cada uno de ellos a un astro: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, la Luna y el Sol (esto es, los cinco planetas que ellos conocían, nuestro satélite y el astro rey). En la parte superior había una capilla consagrada a Marduk, con una cama y una mesa de oro. Allí se disponía un banquete cada noche y se colocaba una hermosa virgen, hija del país, para servicio del dios, que descendía cada noche en la oscuridad. Es fácil imaginarse cómo los sacerdotes se aprovechaban de la credulidad del pueblo ignorante.

Las creencias de los pueblos de Mesopotamia, Asiria y Fenicia están estrechamente emparentadas por la relación histórica y por la proximidad geográfica. La Isthar caldea será la Astarté fenicia y la Afrodita griega y muchos ritos serán trasplantados de una a otra religión.

Los cultos babilónicos, por ejemplo, destacan por su crueldad y por su aguda significación sexual, características, todas ellas, que reaparecen también en Fenicia.

En Babilonia era costumbre que todas las mujeres, por lo menos una vez en su vida, rindiesen culto a la diosa Baaltis, entregándose a los extranjeros a precio

de oro junto al templo, y ofreciendo este precio para el culto de la diosa. Esta ceremonia, llamada prostitución sagrada, se encuentra en otras religiones orientales.

Guichot narra en su *Ciencia de la mitología* las principales ceremonias de la religión caldea:

«Para conseguir prosperidades, asegurarse larga vida o desagraviar a los dioses, se sacrificaba a los niños al pie de los altares: bárbara y cruel costumbre que practicaron otros pueblos del Asia occidental, especialmente el cartaginés, en los horribles sacrificios colectivos al dios Moloch.

»La prostitución sagrada se practicaba sobre todo en los templos de Anna, por las esclavas sagradas, que dedicaban su precio al cielo y a los dioses, en los gastos del culto. Además era costumbre que la joven, para poder contraer matrimonio, tenía que entregar su virginidad a un extranjero en las fiestas de la fecundidad y de la abundancia.»

Esta ceremonia no es otra cosa que una práctica de magia imitativa que se halla en las fiestas de la fecundidad de muchas culturas primitivas, para provocar buenas cosechas y favorecer las condiciones de la Naturaleza.

Pero la mitología caldea es extremadamente compleja, tanto por la variedad de dioses como por su evolución a lo largo de su historia. En su mitología entra también la figura del héroe, como Gilgamesch, protagonista de la *Leyenda de Gilgamesch*, héroe fabuloso que luchó con fieras y monstruos en su intento de alcanzar la eternidad. Este procursor del Hércules griego representa sólo una faceta de la mitología caldea, porque la teogonía caldea admite también la existencia de una trinidad rectora compuesta por Baal o Bel, dios supremo que será el origen del Moloch cartaginés y del Baal fenicio, Anna o Annu, representado con cabeza de pez, cuerpo de hombre y cola de águila, y Ea, dios del cielo. Más tarde estas figuras se desdoblaron en diosas o esposas, de las cuales la más importante es Baaltis, esposa de Baal.

La mitología caldea, con su extraordinaria complejidad y su riqueza ritual, será la madre de numerosos mitos que van a perdurar en todas las religiones orientales.

Fenicia

Es en la faja costera del Líbano en donde va a florecer la civilización fenicia, universalmente conocida por su dedicación al comercio y a la navegación. Los fenicios llevaron sus naves hasta España, fundaron colonias en Chipre, Sicilia y Rodas, colonizaron Malta y Cerdeña y fundaron Cartago y Gadir (Cádiz). Exportaban madera a Egipto y transportaban cargamentos de esclavos que vendían en los grandes mercados de Oriente. El papel de Fenicia en la historia antigua es fundamental, no como pueblo guerrero, sino como pueblo colonizador y comerciante, así como vehículo de comunicación entre diferentes culturas. Su religión y su pensamiento reflejan cumplidamente sus formas de vida al adoptar elementos mitológicos extranjeros, pero adaptándolos a su especial idiosincrasia.

Los fenicios han tomado la trinidad caldea, transformándola. La tríada se compone de Baal (señor), Moloch o Melek (rey) y Astarté, proveniente de la Isthar mesopotámica. Pero existían además otros dioses locales, como Adón, venerado especialmente en la ciudad de Biblos. En el culto de Adón se conmemoraba la muerte del dios solar y durante las fiestas de estos funerales las mujeres proferían los más extravagantes lamentos. Las ceremonias y ritos fenicios son con frecuencia crueles, practicando en algunos casos los sacrificios humanos. Para aplacar al dios Moloch, por ejemplo, se ofrecían ofrendas crueles de niños y sangrientos sacrificios. La actividad comercial y navegante de los fenicios hizo que muchos elementos de su religión fuesen exportados a las colonias, en donde fueron asimilados. Tal es el caso del dios Moloch, que en Fenicia y en su colonia Cartago es representado con cabeza de

toro, porque este animal era emblema del poder fecundante de la Naturaleza.

Guichot ofrece unos pasajes elocuentes describiendo los ritos y ceremonias de la religión fenicia:

«Los dioses y diosas —escribe— habitaban en las montañas, en los árboles, en los bosques, en los ríos, o en las piedras, en donde se les rendía culto. El que nos interesa es el dedicado a los Baalim y sus consortes. Los Baalim eran venerados en altares, que se erigían en parajes altos, y para expresar la unión de la pareja divina, como Sol y Luna, padre y madre, fuerza y fecundidad, se plantaba al lado del altar el complemento dualista, el signo de las Baalitim (sus esposas), esto es, el árbol sagrado. En las solemnidades se les ofrecía la circuncisión de los devotos, las primicias de los frutos, y se les sacrificaban animales, principalmente codornices, danzando los sacerdotes y esparciendo el incienso alrededor de las víctimas en el acto de quemarlas. En caso de grandes calamidades apelaban al sacrificio de cautivas hermosas y de los niños primogénitos de familias nobles, en presencia de sus padres, que debían permanecer y permanecían impasibles, sostenidos por la fe de que renacerían en nuevas formas, y en medio de espantoso estruendo de cantos, trompetas y timbales, que ahogaban los alaridos de las infelices criaturas.

»A las Astartés se las veneraba en tiendas levantadas en las alamedas y bosques sagrados, tanto los naturales crecidos en los barrancos y faldas del Líbano, como los plantados en las cercanías de las ciudades y en los valles. En aquellos recintos celebrábanse las fiestas nocturnas de la fecundidad, la juventud y la belleza, y los fieles que acudían se unían en cópula carnal religiosa con las sacerdotisas, bailarinas y músicas consagradas al culto divino, entre la que abundaban cortesanas y disolutas. En la primavera se celebraba la fiesta principal de las antorchas, colocándose dos grandes falos en la entrada: los devotos de las cercanías se apiñaban en el recinto; se tocaban timbales y flautas; se entonaban cantos fervorosos; se quemaban árboles; niños introducidos en sacos de cuero eran arrojados desde el techo del templo; los sacerdotes se azotaban, se muti-

laban públicamente, perdiendo la virilidad, en holocausto de la diosa: los devotos gritaban, se herían los brazos y entraban en un frenesí que se reputaba como inspiración.»

Con su acostumbrada elocuencia, refiere Ragozin que las religiones del Asia antigua, como la fenicia, eran orgiásticas, apasionadas, violentas; en los ritos y procesiones, en los templos y en las calles, daban la señal los sacerdotes y el pueblo los imitaba como por contagio, entregándose todos a exaltaciones nerviosas, hasta el delirio y la locura. En las alegrías, por las fiestas primaverales y otoñales, por la resurrección del Sol, por su reunión con la madre de los seres, eran los cantos alborozados, las cópulas carnales, los regocijos frenéticos; en los duelos, por los estragos del estío, por la muerte del Sol en invierno, por la viudez de la tierra madre, se daban al llanto, a la rotura de los vestidos, al desgarramiento de las carnes.

Esta descripción de algunas ceremonias fenicias nos ilustra cabalmente del sentido religioso y de las peculiares creencias del pueblo fenicio.

Asiria

El pueblo asirio ha sido un pueblo eminentemente guerrero, militar, y esta circunstancia se refleja cumplidamente en su arte, de tendencia monumental, así como en su religión y creencias, procedentes directamente de la mitología caldea.

Entre los diversos dioses adorados en Asiria el más importante era Assur, jefe y padre, señor de la justicia y dios de la guerra. Isthar, diosa de la estrella Venus, es el equivalente de la diosa babilónica de igual nombre y símbolo de todo principio femenino: el amor, la fecundidad y la maternidad. Más tarde, en Grecia, tomará una forma nítidamente erótica en Afrodita, o como protectora del matrimonio en Hera. Isthar era adorada en un gran templo de Nínive como diosa de la vida y del amor, fecunda, voluptuosa y tierna. Una diosa muy característica de Asiria es Semíramis, nombre que fue

utilizado por muchas reinas del país y nacido de un mito originado por una leyenda de gran belleza.

Según esta leyenda la diosa Derketo se enamoró de un joven sacerdote, con el que tuvo una niña. Cuando hubo dado luz a su hija, la diosa se avergonzó de su conducta y abandonó a la niña, luego mató a su amante y se arrojó a un lago, en donde quedó convertida en pez. Unas palomas llevaron a la niña leche y queso, que cogían de las cabañas de los pastores para alimentarla. Los pastores, extrañados por la conducta de aquellos pájaros decidieron seguirlos, y de esta forma descubrieron a la niña. El pastor Simmas, encargado de la ganadería real, adoptó a la niña y la crió.

La niña, que fue llamada Semíramis, creció. Su belleza era tan grande, que un hombre no podía mirarla sin quedar enamorado de ella. El gobernador Menones, alto funcionario real, viola un día y se quedó tan prendado de su hermosura, que se casó con ella. Pero he aquí que el rey Ninos encontró a Semíramis y al instante quedó enamorado de la joven esposa, y no pudiendo resistir a su atracción se la arrebató a su marido, el cual, no pudiendo soportar el dolor de tal pérdida, se suicidó.

Semíramis brilló en Nínive como reina, pero su conducta era tan licenciosa, que su marido huyó a Creta, aunque según otras versiones fue degollado por mandato de la reina, su esposa. Semíramis fue una reina cruel y avasalladora, levantó monumentos, conquistó muchos pueblos y esclavizó a los hombres con su mirada y su fabulosa belleza. Como sus hijos le reprendiesen su crueldad y su lujuria, los persiguió e hizo matar, salvo a Ninyas, que tras larga guerra consiguió vencer a su madre. Otras versiones afirman que se convirtió en paloma, marchando hacia el cielo en compañía de una bandada de estas aves.

Los ritos y ceremonias asirias participan del refinamiento, la crueldad y la sensualidad propias de las civilizaciones orientales.

Egipto

Nadie ignora que Egipto es uno de los más sólidos puntales de la antigua civilización oriental. Formado a lo largo del fértil valle del Nilo, el imperio egipcio destacará por sus conquistas científicas, sobre todo en matemáticas y medicina, por sus colosales construcciones y monumentos, templos y pirámides, que eternizarán la gloria y fausto de sus faraones y por ser un verdadero foco de irradiación cultural, que habrá de transmitir un buen bagaje a la civilización griega, cuando ésta tome las riendas del mundo civilizado.

La vida de Egipto depende fundamentalmente del río Nilo, que fertiliza sus campos y permite la recogida de buenas cosechas. De aquí nació inmediatamente una relación de dependencia religiosa entre el hombre y el Nilo, que se reflejará en la mitología y, concretamente, en la leyenda de Isis y Osiris. Esta leyenda, que ha dado origen a un ciclo de fábulas semejantes en todas las culturas, es el principio motor de la religión egipcia.

Según esta leyenda el dios Osiris, que representa el Sol y el Nilo, se halla a punto de renacer durante el solsticio de invierno, momento en que el poder del Sol ha descendido a su grado mínimo, pero lo mata su hermano Set (o Tifón), el ardiente y desolador viento del desierto, que seca las aguas del Nilo. Después de haberlo matado, divide su cuerpo en siete pedazos y los dispersa en varias direcciones. Isis, hermana y esposa de Osiris y que representa la Tierra, es decir, el receptáculo de la fertilidad y fecundidad de la Naturaleza, comienza a llorar copiosamente al conocer la muerte de su marido. De esta manera provoca una subida de las aguas del río, que se desbordan. Mientras todo el pueblo de Egipto llora aquella pública calamidad, Isis reúne los dispersos pedazos del cuerpo de su hermano y los junta, devolviéndole la vida.

Según la mitología egipcia la invención del arado, del azadón, y la introducción de la agricultura se deben a Isis y a Osiris, cosa poco sorprendente si se piensa

que la conjunción de ambos dioses significa la fertilidad y la promesa de buenas cosechas. Osiris juega, por otra parte, un papel fundamental en el cuadro de las creencias egipcias. Osiris es el dios que preside el tribunal de los muertos y es el soberano del reino de los espíritus. Osiris dicta también las leyes a los hombres y la organización civil y religiosa. Más tarde la significación de Osiris y de Isis fue variando hasta identificarse, respectivamente, con el Sol y la Luna. En realidad el valor mitológico de Osiris e Isis no se alteró, pues esta pareja representa uno de los mitos más puros de la unión creadora del principio masculino y del principio femenino, que aparece en las mitologías de todos los tiempos, llámense macho y hembra, Tierra y Cielo, Sol y Luna, etc.

Pero la mitología egipcia es de una gran complejidad y sus dioses variaron de acuerdo con los acontecimientos políticos y las preferencias locales. Así, por ejemplo, existió otro dios solar: Ra, dios del disco solar, que alcanzó gran preponderancia. La religión egipcia es, pues, una religión politeísta, tras haber vivido una larga época de fase totemista. Shu es el dios del aire, Ptah el dios de la ciudad de Menfis y Ammón el de Tebas.

Pero para Egipto todo ser viviente venía a ser algo sagrado. De ahí nació la adoración de los animales, la zoolatría, vestigio del viejo totemismo: el sagrado ibis, el cocodrilo del Nilo, el toro, el perro, el gato y la serpiente eran animales venerados. El buey sagrado, llamado Apis, era adorado en Menfis con los más altos honores. Cuando moría se le sustituía por otro nuevo, tras buscar afanosamente por todo el país otro buey que tuviera unas marcas particulares. Una vez hallado se celebraban grandes festejos en su honor para conmemorar su nacimiento, de la misma forma que a su muerte se llevaban a cabo ceremonias de luto público.

El halcón también era venerado. El halcón, con cabeza humana y las alas extendidas, representaba el alma volando por el espacio en busca de un nuevo cuerpo para dar vida. Pero entre los dioses de morfología animal hay que destacar a Anubis, que se veneraba en

la forma de un ser humano con cabeza de perro, y que es el precursor del Hermes griego. Se atribuye a este dios la invención de la escritura, la gramática, la astronomía, la geometría, la música y la medicina.

Es fácil descubrir en la religión egipcia una gran mezcla de elementos diversos. Junto a creencias metafísicas bastante elevadas aparecen un politeísmo y unas supersticiones groseras nacidas, en gran parte, de la adaptación de las creencias por parte del pueblo, acomodándolas a nuevos significados. Como se sabe la sociedad egipcia estaba formada por tres clases sociales: los sacerdotes, los militares y el pueblo. En la cima de la pirámide social lucía la figura del faraón, deidad viviente, «señor de la gran casa», amo de la vida y fortuna de sus súbditos. Es de notar cómo la mitología y las ciencias religiosas fueron utilizadas para reforzar y mantener aquella situación política de despotismo imperial. El dios Horus, por ejemplo, hijo de Isis y Osiris y vengador de su padre, es considerado como origen de las dinastías reales egipcias, lo que justifica la genealogía sagrada de los monarcas.

Este significado político de la religión egipcia aparece muy claro en las creencias y ceremonias sobre la vida futura y el Juicio Final. Ha sido precisamente el descubrimiento de un libro de Papiro en las tumbas reales de Tebas, el *Libro de los muertos,* lo que ha permitido comprender muchos puntos oscuros de la religión egipcia. Este libro, escrito con caracteres jeroglíficos, explica la existencia de una segunda vida y de una Sala del Juicio Final, presidida por el dios Osiris, sentado y provisto de una balanza, junto a un secretario y cuarenta y dos jueces subalternos. El alma del muerto es colocada en un platillo de la balanza y pesada con una estatua de la justicia divina, que custodia el dios Anubis, y que es colocada en el otro platillo. El compareciente efectúa su propia defensa pública y luego los cuarenta y dos jueces emiten decisiones separadas.

Según el *Libro de los muertos,* el alma culpable y rechazada era ahuyentada a una región tenebrosa para adquirir la forma de un animal, de acuerdo con los bajos instintos y baja naturaleza de aquella persona.

El privilegio de la vida futura estaba reservado en un principio a los faraones. Con tal motivo se hacían embalsamar el cuerpo después de la muerte, siguiendo técnicas sumamente hábiles. Se extraían las vísceras del cuerpo, después de lo cual se sumergía el cadáver en una especie de salmuera durante cierto tiempo. Luego se introducían en el cuerpo unos bálsamos desconocidos y se vendaba cuidadosamente, con vendas aromatizadas. Era introducido, finalmente, en un féretro de forma antropoide, construido en piedra o en madera de sicómoro.

Esta técnica de momificación alcanzó un alto grado de perfección en el país. El cuerpo del faraón era conducido a su tumba, su eterna morada, la pirámide. El interior de las pirámides suele ser sumamente intrincado, con pasadizos y laberintos que tienen por objeto preservar la cámara regia de los salteadores de tumbas. Los faraones no querían ser molestados en su eterno reposo, y, además, solían llevar sus cuantiosos tesoros junto al cuerpo, en la creencia de que así no se separarían de ellos en la otra vida. Por eso las pirámides son un modelo de construcción arquitectónica y representan un fabuloso esfuerzo material por parte del pueblo egipcio, teniendo presente las técnicas de construcción empleadas en aquellos tiempos.

Pero el privilegio de la vida futura, verdadera obsesión de las creencias egipcias, se habría de extender a todo el pueblo en un amplio movimiento de democratización. En el período de decadencia del Imperio Antiguo se produce la primera revolución popular registrada por la historia. Las tumbas y los templos son saqueados y el poder del faraón se tambalea. Tras esta crisis se inaugura el Imperio tebano, que señala un renacimiento en todos los órdenes. Es entonces cuando los privilegios de la vida futura se extienden al pueblo, así como la momificación y las prácticas mágicas que garantizan la felicidad en el Más Allá. Esta evolución religiosa es significativa y refleja perfectamente el ciclo que va desde el despotismo centralista del faraón a las fórmulas democráticas.

Se han conservado documentos y testimonios sobre

algunas ceremonias y ritos arraigados en Egipto. Parece deducirse de ellos que no eran tan crueles y sanguinarios como los practicados en Babilonia, Asiria o Fenicia. Muchos de los elementos religiosos y míticos de Egipto serán incorporados por Grecia, adaptándolos a una nueva mentalidad y circunstancia histórica, y de ahí pasarán a ser patrimonio universal de la cultura occidental.

Persia

La esplendorosa civilización persa forma el último eslabón de las grandes culturas que florecieron en el Próximo y Medio Oriente. Fue el último, porque con su derrumbe habría de pasar la hegemonía del mundo civilizado a manos de los griegos, inaugurando con ello una nueva etapa de la historia de la Humanidad.

Mas Persia, cuna de una floreciente civilización, patria de las Cambises y los Ciros, contiene algunas de las claves fundamentales para la comprensión de la génesis de las ideas mágicas y religiosas. Porque de Persia proceden, precisamente, las más antiguas noticias de los magos, dando a la palabra mago el significado de rey, pontífice o caudillo, pero dotado de especialísimos poderes. Esta dinastía de los magos, que se pierde en la nebulosa del tiempo, hay que situarla, según Aristóteles, con anterioridad a la fundación del imperio de Egipto.

El fundador de la dinastía de los magos es el filósofo oriental Zoroastro (o Zaratustra), cuya existencia ha sido discutida por los historiadores, pero que actualmente se da como cierta, situándola en el siglo VI antes de Jesucristo. La doctrina de Zoroastro nos ha llegado, con toda seguridad, mixtificada e incompleta. Resulta difícil averiguar hasta dónde llega su pensamiento original y hasta qué punto ha sido modificado por sus discípulos y seguidores, que han recopilado la mitología persa en el *Zend-Avesta,* libro sagrado de la antigua Persia y cuyo contenido fue declarado religión oficial

en el país durante el reinado de Barío I (siglo v antes de Jesucristo).

Se admite que Zoroastro nació en la Bactriana, y allí fue donde se declaró públicamente enemigo de los falsos dioses y resolvió fundar una nueva religión para el país. Aunque Zoroastro tomó elementos de la vieja religión, en particular la existencia de los espíritus o genios, lo cierto es que remozó profundamente su contenido, tras una madura reflexión.

Para impresionar a sus oyentes y secuaces fingióse Zoroastro enviado del cielo y favorecido con celestiales comunicaciones con el Ser Supremo que le había revelado su doctrina. Según la doctrina de Zoroastro contenida en el *Zend-Avesta* y denominada *mazdeísmo, parsismo* o *nagismo,* existen en el mundo dos fuerzas originarias, pero antagónicas. El principio del bien, que es Ormuz, creador de la luz, de la vida y de una serie de genios benéficos y espíritus inferiores.

Pero lo Eterno no tiene sólo un hijo, Ormuz, primogénito y dios del bien, sino un segundo, Ahrimán, que al comienzo de los tiempos fue tan puro como su hermano Ormuz, pero cuya ambición y soberbia hicieron que el Eterno le condenase a vivir durante doce mil años en la región de las tinieblas. Pero Ahrimán creó entonces una serie de genios y espíritus maléficos, los cuales llenan la Tierra de miseria, malestar y pecado. La religión persa interpreta que la historia desarrolla una lucha sin tregua entre los dos principios, Ormuz, dios de la luz, y Ahrimán, señor de las tinieblas. La lucha entre ambos principios durará hasta el final de los tiempos, en donde vencerá definitivamente Ormuz.

Este principio dualista del bien y del mal volverá a aparecer en una secta cristiana herética, los maniqueos, que trataron de cristianizar los principios de la religión persa, siendo por ello declarados herejes.

El mazdeísmo tiene, como toda religión, una concepción del universo, de la naturaleza y del hombre. Según sus adeptos, el dios Ormuz, tras un reinado de tres mil años, creó, en un período de seis etapas, el mundo material o físico, dando existencia primero a la luz, y luego al agua, a la tierra, a las plantas, a los animales

y, finalmente, al hombre. La primera pareja humana creda por Ormuz fue corrompida por Ahrimán, que sedujo a la mujer y luego al varón, haciéndoles comer de ciertos frutos. A partir de aquel momento no sólo la naturaleza humana se corrompió, sino que hasta los animales, hasta entonces pacíficos, se volvieron nocivos y salvajes. Toda la Tierra sufrió un brusco cambio por virtud de aquel hecho. En castigo a su iniquidad, Ahrimán y sus perversos espíritus fueron vencidos y arrojados de todas partes, quedando entablada la perpetua lucha entre el bien y el mal.

Transcurridos doce mil años, cuando ya la Tierra se vea libre de los malos espíritus, saldrán tres profetas que estarán al lado de los hombres ayudándoles con su poder y su ciencia, devolviendo a la Tierra su primitiva belleza, implantando por doquier la justicia y la verdad, de forma que la ley de Ormuz reinará sobre la Tierra. Mientras tanto el fuego, símbolo de la luz y de la ley de Ormuz, será venerado, y del culto del fuego surgirán numerosas ceremonias de contenido mágico, que serán practicadas en la antigua Persia.

Se debate actualmente entre los historiadores si la primitiva religión persa, tal como la predicó Zoroastro, era monoteísta, esto es, creía en un solo dios, del cual se desgajaron más tarde los dos principios. Otros tratadistas, como Eliphas Lévi, interpretan que existieron dos profetas, dos Zoroastros, que dieron origen a la dualidad de la religión persa.

Los sacerdotes del mazdeísmo formaban una secta o casta privilegiada. Ellos eran los encargados del culto, principalmente de la conservación del fuego sagrado, de los sacrificios y de la conservación de los libros sagrados. Los rituales del culto mazdeano eran bastante complicados. Los sacrificios constaban de inmolaciones sangrientas, sacrificios colectivos en los que sucumbían, de una sola vez, cien caballos, mil bueyes, o diez mil cabezas de ganado menor; pero la ley prohibía que se consumiese toda la víctima, aseverando que a los dioses sólo pertenecía la cabeza de las reses inmoladas, y en algunos casos sólo su ojo derecho y su lengua.

La ley de Zoroastro impone unas normas de morali-

dad bastante severas y prescribe, además, penitencias para redimir las faltas que se cometan. Algunas faltas se consideran inexpiables y de suma gravedad moral, sobre todo en lo tocante a la relación de los dos sexos. Otras se reputaban tan graves, que sólo era posible expiar con la muerte. Estas eran tres, a saber: 1.°, llevar una persona a cuestas un cadáver ella sola; 2.°, ejercer las ceremonias de la purificación sin estar autorizado, y, 3.°, predicar doctrinas heterodoxas.

Un ejemplo curioso de la mezcla de la religión con los principios de la magia contaminante lo ofrece la absoluta prohibición de tocar un cadáver, que la moral mazdeana impone a sus miembros. La religión persa interpreta que todo cadáver es de propiedad de Ahrimán, el cual ocupa el espacio físico del muerto, de forma que los que rozan el cadáver quedan impurificados por el mal espíritu. De aquí procede el complejo ritual de oraciones y conjuros que se celebraban cuando alguien fallecía, con el objeto de ahuyentar al monstruo impuro.

Pero la ceremonia más curiosa y pintoresca de toda la religión mazdeana es la de iniciación de un nuevo miembro en la secta de los magos. En estos casos el candidato, antes de ser iniciado, era sometido a numerosas purificaciones con fuego, agua y miel, y, finalmente, a un ayuno de cincuenta días. Estos ensayos o pruebas los sufría el candidato en cuevas subterráneas en las que estaba condenado a perpetuo silencio y a una completa soledad.

Transcurrida esta primera época probatoria, se introducía el candidato en la cueva de los iniciados, en donde era armado con un arnés o coraza por su guía. Entonces era llevado a una caverna abovedada y luego conducido hasta el borde de un enorme precipicio, en el que podía caer al menor paso en falso que diera. Después, avanzando por los laberintos de la sombría caverna, percibía el fuego sagrado, cuyas llamas se avivaban a intervalos, alumbrando mortecinamente su camino. Al mismo tiempo el local era invadido por terribles alaridos de bestias feroces hambrientas, el rugido

del león, el aullido del lobo, el feroz y terrible ladrido del mastín. Su acompañante, guardando un profundo silencio, empujábale hacia el sitio de donde venían aquellos espantosos sonidos, y cuando menos se percataba abríase la puerta de la guarida y el neófito se encontraba en medio de aquellas bestias feroces, casi a oscuras, alumbrado por la débil luz de una mortecina lámpara. Inmediatamente era agredido por los iniciados, que disfrazados de leones, tigres, lobos y otros monstruosos animales, se echaban sobre él, atacándolo. El candidato escapaba a duras penas de sus garras y pasaba a otra caverna tenebrosa, en donde atronaba el terrible fragor del trueno y hería sus ojos el continuo brillo de rayos y de relámpagos.

Tras estas pruebas concedíasele al neófito un breve descanso en otro departamento, perfumado con los más agradables olores y en donde se dejaban oír melodiosos acordes de música. Cuando más extasiado estaba el candidato, reposando de los horrores de su viaje subterráneo, su guía hacía una leve señal y aparecían, como por encanto, tres sacerdotes, uno de los cuales arrojaba de improviso contra su pecho una serpiente viva, y abriéndose entonces una puerta, entraba por ella una verdadera ola de gritos desaforados, de aullidos y de lamentos que aturdían su espíritu y le sumían de nuevo en un estado de inmenso pavor. Al dirigirse a contemplar el lugar de procedencia de tan espantosos lamentos, ofrecíasele a su vista una desgarradora escena de los tormentos del Averno y de los suplicios de los allí condenados. Sacábanle de allí los magos y lo conducían a través de sinuosos pasillos hasta una suntuosa capilla subterránea, brillantemente iluminada y con los techos y la bóveda ricamente cubiertos de láminas de oro. Allí se encontraba el archimago, o jefe de la secta, sentado en el extremo oriental del templo, con su cabeza coronada con rica diadema y ramas de mirto, vestido con una túnica de un azul resplandeciente y rodeado por una asamblea de ministros y de jerarquías. Estos recibían al neófito con agasajos, tras su peligroso viaje por aquella «casa encantada», y pasaban a tomarle jura-

mento de guardar secreto sobre los ritos de Zoroastro, confiándole a continuación las sagradas palabras del profeta.

La India

La historia de la civilización india se pierde, en sus orígenes, en las más remotas nebulosas del tiempo. Hablar de la India es tanto como hablar de la cuna de la Historia, entremezclada con leyendas y fábulas mitológicas de tiempos remotos, prácticas y ritos mágicos, faquires y animales sagrados, maharajás y elefantes blancos. Pero este país, que registra una antiquísima y esplendorosa civilización perdida en el valle del Indo, ha sido incapaz, por otra parte, de organizar un imperio fuerte y poderoso, como ocurrió, por ejemplo, con Egipto. Porque la India ha sido siempre el punto de mira y el objeto de los deseos de las demás naciones. Es, en efecto, un país que rebosa riquezas y maravillas, dotado de un suelo y un subsuelo pródigo de tesoros; país pródigo en diamantes, perfumes, perlas y el marfil de sus elefantes, sin olvidar el tesoro cultural que contienen sus libros sagrados. Por eso la India ha sido siempre un pueblo castigado y dominado, en particular desde el momento en que Alejandro Magno holló su suelo como conquisador. Y cuando la India no se ha visto dominada por el invasor, ha sido entonces el cruel régimen de castas el que ha sumido al pueblo indio en la pobreza, en beneficio de unos cuantos privilegiados.

El sistema de creencias de la antigua India se encuentra contenido en diversas obras fundamentales, de una importancia incontestable. Algunas de estas obras son puramente literarias, como las grandes epopeyas *Ramayana* y *Mahabarata,* repletas de fantasiosas narraciones mitológicas. Más importante desde el punto de vista religioso son los libros sagrados, o *Vedas,* que poseen una antigüedad de 1.500 años antes de nuestra Era, y que son la fuente principal para el estudio de la religión brahmánica. Estos textos se completan con un

código llamado Leyes de Manú, que viene a ser algo así como la Biblia del brahmanismo, y que se sitúa en el año 1000 antes de Jesucristo (1).

El brahmanismo es, pues, la más antigua religión profesada por el pueblo indio, con anterioridad a la Era cristiana, pero persistiendo todavía actualmente en aquella península con un buen número de adeptos. El brahamanismo toma su nombre de Brahma, que no es el fundador de la secta, sino el nombre que los hindúes atribuyen al Ser Supremo. Así pues, Brahma no pertenece a la serie de personajes históricos, como Moisés, Buda o Confucio, sino a la serie de seres mitológicos, como Ormuz, Júpiter u Osiris.

Según la teogonía hindú, Brahma, ser invisible e incorpóreo, se encarnó para anunciar su doctrina. A esta encarnación siguieron otras dos, en virtud de las cuales se produjeron Vishnú y Siva, que, junto con Brahma, forman la trinidad india o *trimurti*. Brahma es el dios creador, Vishnú el dios conservador y Siva el dios destructor.

Por otra parte el Código de Manú completa el cuadro de la compleja mitología india. Según este Código el Soberano Maestro encarnado vino a ser mitad varón y mitad hembra, y de la unión de esta dualidad sexual nació Viradj, que en la teogonía india viene a ser algo así como un creador intermediario, pues este virtuoso varón, entregándose a una contemplación austera, produjo a Manú, el cual es, finalmente, el autor de todo lo creado.

En el libro primero del Código de Manú se encuentra también una justificación teológica de la división de la humanidad en diferentes castas. Las castas de las que habla el libro son cuatro, aunque posteriormente se han dividido en numerosas castas y subcastas. Las cuatro originales son las siguientes:

(1) Los libros Vedas revisten especial importancia histórica por su demostrada e indiscutible antigüedad, y se dividen en cuatro partes: Rig-Veda (himnos a los dioses), Sama-Veda (cánticos de sacrificios), Yahur-Veda (fórmulas de sacrificios) y Athar-Veda (textos de encantamiento).

1.ª Los *brahmanes* o dioses terrestres, que proceden de la boca del Soberano Maestro, forman una categoría de seres privilegiados, que disfrutan de toda suerte de honores y prebendas y que están consagrados a la religión y a la filosofía.

2.ª Los *chatrias* o combatientes, que proceden del brazo del Maestro y forman la clase militar y gobernante.

3.ª Los *vaizias*, o clase profesional y mercantil, procedentes de su muslo, y

4.ª Los *sudras*, o clase inferior, surgida del pie, está compuesta por los mercaderes, artesanos y labradores.

Los vaizias son mirados ya como inferiores por las dos castas primeras. En cuanto a los sudras, se les considera nacidos única y exclusivamente para servir a las castas superiores. Pero al lado de estas cuatro castas mencionadas hay una clase social muy extendida, la de los *dravidianos*, constructores de los grandes templos del Sur de la península, que ya en tiempos remotos fueron declarados «impuros» o *pariah:* parias, que significa «intocables». El origen de este tabú parece bastante claro en la actualidad. Los invasores arios, de tez clara, declararon intocables o «impuros» a los aborígenes de tez más oscura y facciones más groseras, para evitar la mezcla de razas y la consiguiente impurificación de los invasores.

Ni que decir tiene que los parias carecen de derechos religiosos o sociales y son considerados más como objetos que como personas. Las plagas endémicas de la India, la lepra o el hambre, se ceban sobre estos desgraciados, que, sin embargo, han sido utilizados como esclavos desde tiempos remotos para construir las grandes obras arquitectónicas, templos y palacios, de los que se enorgullece el país.

Los parias no tienen acceso a los tribunales de justicia y su contacto está vedado con una serie de tabúes religiosos. Les está prohibido, por ejemplo, cruzarse en el camino con seres de otras castas. Cuando un «intocable» se halla en una carretera tiene que dejar, hincada en un montón de tierra, una rama verde con el fin de que el brahmán o chatria que pase por allí pueda

detenerse y esperar a que el paria se aleje de allí, corriendo, a más de doscientos metros. Hasta tal punto se considera su influjo contaminante, que ninguna persona de casta consiente en tomar alimentos donde haya podido posarse la sombra de un «intocable».

Actualmente la Unión India ha abolido el régimen de castas, como corresponde a un Gobierno justo y progresista, pero las raíces son muy hondas y este régimen odioso y contrario a la dignidad humana no ha sido plenamente extirpado del país. Existe una razón poderosa para explicar los fracasos del Gobierno indio en este terreno. La razón es que los cargos públicos —funcionarios, jueces y militares—, sólo pueden recaer sobre personas dotadas de una cierta instrucción. Pero las únicas personas instruidas del país han de reclutarse entre la casta de los brahmanes, que en gran parte están interesados en que el régimen de castas subsista, aprovechándose de esta ventajosa situación. De esta forma el Gobierno, imbuido de unas ideas de progreso social, se encuentra maniatado porque sus órganos no le responden adecuadamente en muchos aspectos.

La división de castas supone un determinismo fatalista. El hombre que nace paria morirá paria. Esta aceptación del destino y esta pasividad de una gran parte del pueblo indio han servido para estimular su imaginación, vía de escape de la dura realidad, y esta acusada fantasía india se manifiesta cumplidamente en el terreno religioso.

Los tres dioses de la trinidad india —Brahma, Siva y Vishnú— parecen pertenecer originariamente a tres religiones diferentes fundidas en tiempos remotos, abonando esta suposición un buen número de pequeños dioses y figuras mitológicas que aparecen flotando en el brahmanismo. Con su progresiva evolución el brahamanismo adorará al Sol, a la Luna, al Ganges, al Indo, a los animales y a las flores. El mono, el loro y la vaca, por ejemplo, serán considerados animales sagrados, como encarnación de la divinidad. Entre las deidades más curiosas figura Kali, diosa del mal y patrona de la siniestra secta de estranguladores, que la honran con cultos sanguinarios y ritos secretos.

Entre las ceremonias de la religión india las hay extremadamente crueles. La que describimos a continuación tiene por misión honrar a Siva, cuya imagen es paseada sobre una carreta tirada por dos bueyes. Un viajero de principios de este siglo la describe así:

«Una vez dispuesto empieza el carro su marcha triunfal, precedido de las bayaderas que van en orden de estatura. Los brahamanes entonan cantos sagrados, el aire se perfuma con el humo de millares de incensarios, y una multitud delirante se agita en medio del ruido de cohetes y a la luz multicolor de los fuegos de bengala. Oyese de repente un grito ensordecedor; son los faquires que van a empezar sus sangrientas prácticas: resuena de todas partes una lluvia de exclamaciones. Empiezan los suplicios: tres faquires acaban de lanzarse debajo del carro de Siva para que sus miembros queden hechos pedazos. La sangre mana en abundancia, entre los rayos y las llantas de las ruedas saltan fragmentos de huesos y pedazos de carne desgarrados. Relévanse unos a otros los faquires echándose frenéticos debajo de las ruedas. A su alrededor una turba de *tchandalas* (casta miserable, de la que salen los bailarines vagabundos) precipítase sobre aquella carnicería para beber la sangre de aquellas víctimas del fanatismo o para empapar en ella pedazos de tela que guardarán como preciosas reliquias.

»Alrededor de la pagoda otros faquires se entregan a los más abominables excesos de crueldad y sanguinario frenesí en honor de Siva: aparecen unos sin nariz ni orejas y los labios arrancados con pinzas de hierro ardiendo; otros tienen los pies sobre ascuas de fuego; más allá se ve a un par de faquires mutuamente atados por medio de ganchos de hierro que atraviesan sus brazos y muslos e intentando cortarse recíprocamente la lengua a mordiscos. En sección aparte reposan los *sannayasis* (mendigos peregrinos) que han vuelto de su viaje al Ganges: hicieron su peregrinación a orillas del río sagrado, unos llevando todo el camino los brazos en cruz, otros andando sobre un solo pie, otros arrastrándose de rodillas, y todos recorriendo en estas y otras incómodas posiciones millares y millares de kilómetros

para cumplir promesas y votos que les inspira la superstición más grosera.

»La fiesta de Siva termina la noche del décimo día con un paseo de la colosal estatua por el estanque de la pagoda, dándole siete veces la vuelta. La exaltación de la muchedumbre llega entonces al paroxismo; todos gritan desaforadamente y atruenan el aire con alabanzas en honor de sus dioses, mezclándolas con fuegos de bengalas que matizan el aire con deslumbrantes colores.»

Esta ceremonia es un botón de muestra de unas prácticas crueles y abominables, nacidas de la ignorancia y de la superstición. Pero en contraste con estas prácticas abyectas el credo filosófico y religioso del brahmanismo es de una elevación bastante notable. Los indios creen profundamente en la metempsicosis, esto es, en la doctrina de la transmigración de las almas, que se reencarnan sucesivamente en cuerpos distintos. Según el credo hindú es necesario durante la vida purificar el alma humana para su unión con la divinidad. De acuerdo con esta tesis, el alma en este mundo está unida al cuerpo en un estado de prueba que ha de menester oraciones, sacrificios y penitencias. El incumplimiento de estos deberes provocará que el alma humana, al separarse de la materia, se vea unida al cuerpo de algún animal inferior y un nuevo ciclo comenzará para ella.

La idea de la transmigración de las almas está muy arraigada en el país, y de ahí pasará a influir en Grecia a través de la doctrina de Pitágoras. Pero esta idea aparece también incorporada al budismo, religión y filosofía antagónica del brahmanismo y nacida en el siglo VI antes de Jesucristo. El brahmanismo, en su versión moderna, junto con el budismo y más tarde el islamismo, pasarán a formar el núcleo de religiones más importantes de la India.

El fundador del budismo es un curioso personaje de sangre real, un príncipe. Siddharta Gautama, hijo de un rajá del Nepal, vivía felizmente una juventud a la que nada había sido regateado. Un texto hindú el *Budhacarita,* narra cómo de pronto el joven príncipe

sintió derrumbarse todo su mundo espiritual, nacido del mimo y de la opulencia. Al joven príncipe se le había ocultado celosamente toda idea de sufrimiento, vejez y muerte. Pero he aquí que un día, durante un paseo, encontró inopinadamente a un pobre anciano, que le reveló el secreto de la vejez, «ladrona de la belleza, destructora de la fuerza y fin de la alegría». El joven príncipe quedó hondamente impresionado y a partir de aquel momento comenzó a reflexionar, lo que le condujo a la práctica ascética y a la formación de una verdadera religión.

Sakya Muni, más conocido con el nombre de Buda (esto es, «el iluminado»), predicó su evangelio en oposición a la religión brahmánica, de contenido formalista. Es lógico que este nuevo evangelio de la caridad y de la fraternidad universal chocase con aquella sociedad basada en la división de castas.

Buda predicó una doctrina de una alta elevación moral. Considerando como punto de partida que vivir equivale a sufrir, y que el sufrimiento nace de la pasión, Buda predica el desprendimiento gradual y sucesivo de todas las apetencias materiales (Nirvana). Buda condena en sus sermones el egoísmo, la lujuria y la avaricia y dicta una serie de normas de moral práctica que habrán de conducir al Nirvana, o estado de perfección, cuando el hombre se ha situado por encima de todas las apetencias sensuales (1).

Renunciar a sí mismo, aniquilar el yo, a través de la penitencia y la meditación son meta e instrumentos para Buda. Porque Buda no predica la creencia en un Ser Superior. Buda predica el Nirvana que conducirá al premio final, esto es, a la aniquilación del alma, que nunca más se impurificará encarnándose en la Tierra, mientras que el hombre impuro recibirá el castigo de una nueva encarnación después de la muerte.

Es de notar la presencia de la idea de la transmigra-

(1) Los cinco mandamientos de Buda son: prohibición absoluta de matar, incluso animales; prohibición del robo, del adulterio, de la mentira y de ingerir bebidas embriagadoras.

ción de las almas, tan arraigada en la filosofía india, y el gran desprendimiento y pureza de la doctrina de Buda, que considera la renuncia a la carne como el más deseable de los premios.

El budismo tiene actualmente unos quinientos millones de adeptos por todo el Asia. Su número es grande en China, Japón, Corea, Indochina, Manchuria y Tíbet, aunque el budismo reviste hoy formas diferentes según los países. En algunos lugares se ha hecho del maestro Buda una divinidad, que es adorada, contra los principios que él mismo predicó, y que son ateos. En el Tíbet el budismo ha tomado la forma del lamaísmo, secta presidida por el Gran Lama o Dalai Lama, al que se considera como la encarnación del maestro, esto es, un Buda viviente, que reside en Lhassa, la ciudad prohibida a los europeos.

El papel del budismo en la historia de Asia se considera tan decisivo, que Abel Rèmusat lo ha comparado al papel renovador del Cristianismo en la sociedad pagana precristiana. Sea como fuere, su importancia es capital, y es, sin lugar a dudas, una de las religiones más ascéticas y purificadoras que registra la historia de las creencias.

En cuanto a su arraigo entre las masas parece existir una razón poderosa: las miserables condiciones de vida de una gran parte del pueblo asiático. Una doctrina que prometa como premio la definitiva terminación de los sufrimientos terrenales parece adecuada y propicia para encontrar eco en aquel continente.

LAS MITOLOGIAS EUROPEAS

La civilización egea

Si Grecia ha sido el puente civilizador tendido entre Oriente y Occidente, dos mundos opuestos y antagónicos, es fácil comprender que papel de tamaña importancia cultural sólo podía ser desempeñado por un pueblo que había labrado lentamente su madurez. Por eso la Grecia clásica no puede comprenderse sin examinar el largo período de civilización egea, que, netamente diferenciado del período helénico, o período de madurez, posee unas características propias y bien definidas en la floreciente y luminosa isla de Creta.

Los más remotos vestigios religiosos de las islas que son cuna de la civilización griega registran prácticas animistas y fetichistas. El culto de las piedras sagradas, de los árboles o de determinados objetos aparece en la fase más antigua de la cultura aquea.

La segunda fase religiosa acusa la importación de elementos orientales, como el culto del principio femenino, o el sacrificio del toro. Este animal, que figura con frecuencia en las ceremonias dec ulto, aparece también en la famosa leyenda de Teseo y Ariadna, característica de esta mitología de héroes.

Cuenta la leyenda que el rey de Creta exigió que durante nueve años deberían sacrificarse siete jóvenes y siete doncellas al terrible Minotauro. Este feroz animal, mitad hombre y mitad toro, vivía en una inextricable morada, llamada Laberinto, formada por tortuosos caminos que hacían que el que se atreviese a entrar en ella jamás volviera a encontrar la salida. Habitando

su inexpugnable Laberinto, el monstruo exigía continuamente sacrificios humanos, alimentándose especialmente con niños o con condenados a muerte.

Quiso el cielo que Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, estuviera presente cuando llegaron los delegados de la isla de Creta a exigir el sangriento tributo del Minotauro. Apenado Teseo al contemplar la juventud y belleza de aquellos mancebos y doncellas que habrían de partir hacia el sacrificio, se ofreció a acompañarlos, con el propósito de concluir definitivamente con aquel monstruo feroz. En vano intentó su padre disuadirlo de tamaña empresa, exponiéndole los peligros que le acechaban, pero Teseo partió rumbo a Creta con aquellos jóvenes.

Llegados por fin al palacio de Minos, en Creta, Teseo fue hospedado en un soberbio aposento. En aquel palacio vivía también Ariadna, hija del rey, que cuando conoció el proyecto del joven Teseo quedó consternada, pues su corazón amaba al héroe ateniense, y sabía el peligro que encerraba aquella empresa.

Resolvió Ariadna, tras explicarle la forma y manera en que debía atacar al Minotauro, entregar al ateniense un grueso ovillo de hilo, que ella sostendría por un extremo, para que Teseo y sus acompañantes no se extraviaran en el interior del infernal dédalo de pasillos del Laberinto.

Así se hizo y Teseo, armado con una poderosa maza y sosteniendo en la otra mano un grueso ovillo de hilo, penetró en el Laberinto con sus acompañantes. Cuando llegó ante el feroz monstruo, el Minotauro arrancó en una embestida con un poderoso mugido. Teseo no le dio tiempo a finalizar la acometida y descargó sobre su testuz la gruesa maza, derribando al monstruo. Después, guiado por el hilo conductor que le proporcionara Ariadna, halló fácilmente la salida.

Teseo embarcó luego rumbo a Atenas, llevando consigo a Ariadna y a los jóvenes que se salvaron del sacrificio a la fiera.

Esta hermosa leyenda de Teseo y su lucha con la fiera participa e inicia el ciclo de fábulas en las que el caballero lucha con el dragón y salva a la doncella que

éste tenía raptada, tomándola como esposa. Estas leyendas universales arraigarán durante la Edad Media y culminarán con el ciclo de San Jorge.

La figura monstruosa del Minotauro, síntesis fabulosa de un ser humano y de un toro, no es otra cosa que una adaptación e importación del fabuloso dios Moloch, al que se le representaba en Fenicia y Cartago con idéntica forma física y al que se le honraba asímismo con sacrificios humanos. La influencia mitológica oriental no termina ahí, y el mito cretense del rapto de la diosa Europa por el toro (al que se identificará con el dios Zeus) procede de la misma fuente y simboliza la colonización de la isla por las expediciones navales fenicias, representando el toro al dios Sol y Europa a la diosa Luna, nueva manifestación mitológica de la dualidad de principios, principio masculino y principio femenino, que aparece presente en todas las mitologías clásicas.

Otra manifestación de la influencia oriental en la religión griega primitiva aparece en el culto a los muertos, entremezclado con viejas prácticas de origen netamente animista. Era común la creencia, por ejemplo, de la pervivencia futura y esta idea hizo brotar una serie de prácticas relativas al entierro y al ceremonial de difuntos. La creencia espiritualista hizo que los cuerpos de los difuntos fuesen cuidadosamente enterrados en las casas, en sus propias habitaciones o cerca de ellas, para que estuvieran poco alejados de sus parientes, que los habían acompañado durante la vida.

Del rostro de los príncipes muertos se obtenía una máscara de oro, que eternizaría su imagen. Por otra parte las personas, aunque se hallen bajo tierra, necesitan compañía en el Más Allá. Los egeos no quemaban a las viudas al fallecer el esposo, como se hacía en la India por ejemplo, sino que las sustituían por figuritas de las personas que deberían acompañar al difunto en el otro mundo. Los objetos de tocador y otros instrumentos personales solían acompañarlo, también, hasta la tumba.

Todos estos rasgos religiosos antes enunciados proceden de una etapa típicamente animista. El animismo

y la influencia oriental más tarde, van a configurar este período religioso prehelénico, período tosco, pero que incuba el florecimiento de la nueva mitología, con el Olimpo de Zeus, cuando las fuerzas y principios naturales han recibido ya una forma humana y aparecen enlazados por complicadas leyes de parentesco.

Esta etapa antropomórfica señalará el punto de partida de la nueva mitología, que ya viene siendo cantada en los poemas de Homero, el poeta griego que más remotas crónicas del luminoso Egeo nos ha legado. La religión de los dioses y de los héroes, que copiará luego Roma para hacerse por fin inmortal. Y será redescubierta en el Renacimiento. Pero para siempre ya, porque Venus será por siempre el símbolo universal de la belleza, y Marte el espíritu de la guerra, y Hércules el de la fuerza... Mitos y símbolos que de Grecia saltarán al trampolín de la literatura universal, para configurar fábulas y leyendas que prenderán en todas las lenguas y en todas las épocas.

Grecia, con su civilización egea, tiende el puente que comunica el viejo Oriente con el joven y nuevo Occidente.

Grecia

Con la civilización griega se abre un capítulo nuevo en la historia de la Humanidad. Un capítulo nuevo que irradia luz por todo el Occidente y que supone una total mutación en las formas de la vida, en las costumbres, en la filosofía y en la concepción general del mundo.

Pero este capítulo no se abre bruscamente, como por arte de magia, sino que obedece a unas determinadas leyes evolutivas. En sus principios la Grecia arcaica copia sus moldes de las monarquías orientales. Pero a diferencia de Egipto, en Grecia, en un lapso relativamente breve, las estructuras políticas sufren cambios radicales y evolucionan de la monarquía a la aristocracia, para desembocar luego en la democracia, en un proceso de hundimiento de la vieja tradición oriental. En

el año 640 antes de Jesucristo se produce en Atenas el primer golpe de Estado democrático de la cultura occidental. Esta fecha marca el nacimiento de un florecimiento filosófico con Tales de Mileto. La vieja sociedad, con su cultura y sus rígidas formas de vida, se derrumba y es sustituida por otra nueva, punto de partida de toda la historia occidental.

Grecia inaugura un capítulo en la cultura luminosa del Mediterráneo. Y en este capítulo es de suma importancia el aspecto mítico, mágico y religioso, pues de ahí habría de extenderse a Roma y crear unos elementos mitológicos de alcance universal. Para estudiar la mitología griega es necesario recurrir a varios autores clásicos. Homero, en primer lugar, el rapsoda ciego que ha legado dos epopeyas inmortales, la *Ilíada* y la *Odisea*, repletas de elementos mitológicos clásicos. Al igual que Homero, otros poetas épicos y líricos griegos se han ocupado en cantar las hazañas y proezas de los dioses, pero en ellos es difícil encontrar una sistematización unitaria de todos sus mitos. Mucho más importante es Hesíodo, que en *Los trabajos y los días* se esfuerza por presentar toda una teogonía coherente, esto es, un sistema mitológico organizado y bastante completo, y no unas disquisiciones fragmentarias y desordenadas. Esta obra de Hesíodo, *Los trabajos y los días*, es un autorizado punto de partida del que los mitógrafos modernos han de echar mano constantemente.

El poeta comienza por exponer un sistema de cosmogonía, esto es, un sistema de creación del mundo y de los dioses. Según él, existía en el principio de los tiempos el Okeanos, un río fabuloso que rodea al mundo «origen de los dioses y de todas las cosas». Hesíodo hace del Caos el primero de todos los seres a los que siguieron la Tierra, el Tártaro y Eros, o dios del amor. El Caos produjo por sí solo el Erebo y la Noche, y los hijos de ambos son el Eter y el Día; la Tierra engendró el Cielo, y de su unión nacieron el Océano y los Titanes, Ceos y Crios, Hiperión y Japetos, Tea y Rea, Temis, Mnemosina, Febe y Tetis. Luego engendró a Cro-

nos, astuto y terrible, que siempre odió a su padre poderoso, el Cielo.

La segunda generación de dioses es mucho mejor conocida y entra frecuentemente en las leyendas y poemas griegos. Esta segunda generación se inicia con el matrimonio de Cronos con su hermana Rea. De este matrimonio nacieron Deméter (diosa de la fecundidad), Hera (del matrimonio), Hades (del infierno), Poseidón (del agua) y Zeus (del rayo). Pero he aquí, según Hesíodo, que el Cielo y la Tierra habían profetizado a Cronos que sus hijos lo destruirían, y por esta razón Cronos los iba devorando a medida que nacían. Pero su esposa, aconsejada por Urano y por Gea, substituyó a Zeus por una gran piedra envuelta en pañales, de forma que Zeus pudo salvarse.

Existe una correspondencia entre los dioses griegos y los procedentes de Oriente. Cronos, el terrible, procede del Moloch fenicio, de la misma forma que Afrodita (diosa del amor) procede de Astarté. Por otra parte, el mito de Cronos, devorador de sus hijos, encuentra paralelismos y correspondencias entre los indios de las Guayanas, los bosquimanos de Australia, los zulúes de Africa y los escoceses.

No se crea, sin embargo, que la cosmogonía relatada más arriba es la única cosmogonía o, si se quiere, la mitología «oficial» del pueblo griego. Existen en Grecia numerosos sistemas mitológicos que difieren, en mayor o menor grado, del anteriormente expuesto; tales son, por ejemplo, los contenidos en los poemas órficos, esto es, en unos poemas atribuidos a Orfeo.

Entrando ya en la exposición de los principales dioses de la mitología griega, es obligado comenzar por Zeus, que en Roma será rebautizado Júpiter, y que es el dios jefe de toda la segunda generación de divinidades que moran en el monte Olimpo, al oeste del golfo de Salónica. Zeus era adorado en la cúspide de las colinas y a él se le imploraba el beneficio de la lluvia practicando ceremonias de magia imitativa que se encuentran en muchos pueblos africanos. Dícese de él que es el padre y señor de los dioses, el más poderoso personaje del Olimpo, casado con Hera; aunque man-

tuvo amores con otras diosas, en particular con Afrodita, y aun con mujeres mortales, a las que se aparecía metamorfoseado en animal, lo que puede provenir de antiguos mitos totémicos.

A Zeus sigue en importancia Apolo, o Helios (dios solar). A Apolo se le erigió un templo en Delfos, famoso santuario al que acudían gentes de todos los lugares con el objeto de consultar los oráculos. Apolo es un dios pacífico, dios del canto y de la danza, y contumaz perseguidor de las ninfas.

Los oráculos de Apolo ocupan un lugar importante en la historia griega. Allí acudían gentes de todas las condiciones sociales, reyes, mercaderes o soldados, ansiando desentrañar el porvenir. La ceremonia se iniciaba con el sacrificio de un animal. Luego los sacerdotes, actuando de intermediarios, transmitían las preguntas a la pitonisa, que estaba sentada sobre un trípode, al borde de un barranco, de donde salían emanaciones gaseosas. La pitonisa contestaba en un estado de éxtasis y sus palabras eran puestas en verso por los sacerdotes. Estas respuestas eran siempre sumamente ambiguas, de forma que no comprometiesen la fama del oráculo, ya que las interpretaciones de sus frases eran numerosas.

Artemisa es otra diosa importante, diosa virgen, protectora de la juventud, amante de la caza y, más tarde, símbolo de la Luna y hermana de Apolo. Parece comprobado el origen totémico de Artemisa, que fue venerada en principio en forma de un oso. Luego se la representó con un arco, como diosa de la caza. El culto de Artemisa tenía lugar en las fiestas llamadas Artemisias, en las que se paseaba en procesión la imagen de la diosa, armada de arco y aljaba y vestida con una piel de animal salvaje. Los concurrentes iban en traje de fiesta y se ponían sus mejores galas; algunos se disfrazaban y se ponían antifaz entregándose a actos lúbricos. Las jóvenes llevaban, a semejanza de la diosa, el arco, la aljaba y la piel de ciervo, o vestidas con túnicas ligeras ejecutaban danzas impúdicas.

Otra divinidad femenina del Olimpo era Deméter o Ceres, diosa de la tierra y de la fecundidad, procedente

sin duda del mito de Isis. Era Ceres una divinidad muy popular y no hubo otra más venerada en ciudades y aldeas, en especial en las épocas de la siembra y la cosecha. Se le adoraba en capillas rústicas y su tosca imagen aparecía en la habitación en la que se guardaban las herramientas y aperos de labranza. Las ofrendas que se hacían a esta divinidad eran productos de la tierra, esto es, frutas, uva, miel y lana sin cardar, así como cabezas de ganado.

Dionisios, dios del vino, era también muy popular y se le considera como patrón del drama trágico, nacido en las fiestas de la vendimia, en las que se efectuaban ceremonias orgiásticas. La diosa de la guerra era Atenea o Palas Atenea, patrona también de la ciudad de Atenas. Afrodita, diosa del amor y de la belleza, era especialmente venerada en la isla de Chipre. Se honraba a esta diosa con los «misterios afrodisíacos», en los que se efectuaban ceremonias públicas obscenas. Pero los mayores excesos tenían lugar en Corinto, hasta el extremo, dice un historiador, de ser peligrosa para los extranjeros la estancia en Corinto por aquellos días. Hermes era el heraldo o mensajero de Zeus, considerado también como promotor del comercio y de la riqueza. Se le representa con los pies alados. Hefestos era el dios del fuego y forjador de metales.

Entre todas estas divinidades merece ser examinada Afrodita con cierta atención, por la importancia que gozó y por las bellísimas leyendas que rodean su figura. Mario Meunier, en *La leyenda dorada,* narra así la fábula de la bella Afrodita: «La diosa de la dulce sonrisa, Afrodita, nació de la espuma de las olas. Dícese que apareció por vez primera, blanca y pura como alba sobre mar argentado, en la costa esplendente de Chipre. El soplo húmedo del Céfiro habría largo tiempo impelido sobre las murmurantes olas la concha nacarada que contenía a la diosa. En cuanto se acercó a aquella playa, sus dos valvas se abrieron y Afrodita surgió de esta cuna marina. Conforme andaba por la arena, nacían flores bajo sus pies delicados. Las Horas, tocadas con ínfulas áureas, la recogieron, secaron su cuerpo chorreando linfas salobres, retorcieron en es-

piral sus rubios cabellos y la ataviaron con ropaje perfumado. Tocaron su cabeza con diadema de oro, prendieron de sus orejas pendientes de flores de metal precioso y anudaron en torno de su cuello y sobre su blanco pecho esplendentes collares. Terminado su atavío, las benévolas Horas le ofrecieron un carro tirado por dos palomas. Afrodita montó en él y voló hacia los inmortales. Al ver su radiante belleza, la asamblea de los dioses se levantó unánime. Todos la saludaron como nueva reina y la hicieron sentar en trono elevado. Desde entonces, Afrodita impera sobre los felices del Olimpo. La gracia luminosa que brillaba en sus ojos, el encanto elocuente de su divina sonrisa, la armonía de sus gestos, la nobleza regia de su augusto paso y de su fastuoso atavío vinieron a ser para todos los inmortales un espectáculo incesante de arrebato y gozo.

»No obstante, la entronización en el cielo de una nueva diosa no dejó de excitar la envidia de las otras. Hera y Atenea pretendían ser tan bellas como podía serlo Afrodita. Ahora bien: un día, mientras los dioses celebraban un banquete, la Discordia, sin ser vista, penetró en el Olimpo. Aprovechando la distracción de los que bebían y de otros que escuchaban a Apolo, asociado a los coros armónicos de las Musas, arrojó en medio de la mesa una magnífica manzana en la que había escrito: "Para la más hermosa". Hera la cogió; pero Atenea y Afrodita la reclamaron, vociferando y pidiendo el arbitraje de Zeus. El asunto era delicado. El soberano de los dioses se zafó, diciendo:

»—Vamos, diosas: conviene zanjar sin más tardanza la desavenencia que os divide y nos molesta. Como yo no puedo juzgaros, pues os amo igualmente a las tres, vais a bajar al Ida inmediatamente. Allí, un bello pastor, Paris, está apacentando un gran rebaño. Lo escojo para que os juzgue y me someto a su sabiduría. Tú, Hermes, toma esta manzana, desciende al Ida con las tres diosas y di al bello pastor: "Paris, Zeus te ordena que digas cuál es la más hermosa de estas tres soberanas, que entregues esta manzana a aquella cuya belleza, a tu juicio, la haya merecido."

»Descendió, pues, Hermes, seguido de Afrodita, Hera

y Atenea, a las cimas pobladas de arboleda de la santa montaña. Encontraron a Paris, cayado al brazo, guardando sus ovejas.

»—Salud, Paris —le dijo Hermes—, toma esta manzana y dásela a la que juzgues más bella de estas tres diosas. Zeus lo ordena.

»Paris, entonces, una tras otra, examinó a las tres reinas. Vacilante y avergonzado ante tanto esplendor, no sabía a cuál conceder el premio glorioso de la belleza. En fin, después de haber reflexionado largo rato, decidióse a ofrecer la manzana a la divina Afrodita. Reconciliadas las tres diosas, subieron al Olimpo, y en adelante Afrodita reinó en él como reina indiscutible.»

Las divinidades menores de Grecia forman legión. Entre ellas destacan las nueve Musas, las tres Gracias, así como una incalculable serie de ninfas y diosecillos menores. Todas estas criaturas tenían alguna función dentro de la mítica griega, y las gentes intentaban utilizarlas en su propio beneficio, mediante ceremonias y ritos. De la misma forma que les imploraban favores ofreciendo, a cambio, sacrificios de animales, en otras ocasiones les inquirían sobre el futuro a través de las pitonisas de los oráculos.

El culto de las divinidades originó, en Grecia, algunas fiestas particulares notables. Se ha hablado antes de las fiestas dionisíacas, con las que el pueblo honraba al dios del vino con ceremonias orgiásticas. Durante estas fiestas estaba prohibido a los acreedores reclamar deuda alguna. La embriaguez no sólo estaba permitida, sino fomentada; la ciudad toda se entregaba a ella, y en los barrios por los que no pasaba la procesión, escribe un historiador, veíanse cuadrillas de faunos, sátiros y bacantes, coronados de hiedra, hinojos y álamo, danzando y saltando, aullando en calles y plazas, invocando a Baco con voces descompasadas y rasgando con los dientes las entrañas crudas de la víctima, apretando serpientes con las manos, enroscándoselas entre los cabellos y ciñéndoselas al cuerpo desnudo, espantando y divirtiendo a la muchedumbre con toda clase de excesos.

Pero más interesante que los misterios dionisíacos

eran, si cabe, los misterios de Eleusis, en el Atica, en honor de la diosa Deméter. Su ceremonial es muy complejo y en él los sacerdotes, o hierofantes, iniciaban a los neófitos en el conocimiento de unas misteriosas y secretas doctrinas.

Las ceremonias duraban varios días y eran efectuadas con gran aparato y ceremonial. Los neófitos llevaban un vestido especial consistente en largas túnicas de lino, y debían guardar un régimen alimenticio muy estricto; debían abstenerse de comer carne de aves domésticas, pescado, habas, granadas y manzanas. Estaba además prohibido tocar a determinados animales reputados impuros, como la comadreja. Los sacerdotes tenían que guardar también determinadas observancias, una de ellas era la continencia. Para facilitar la castidad los sacerdotes bebían zumo de cicuta.

Los misterios órficos procedían en buena parte de ritos orientales, readaptados a la mentalidad griega. Se dice que el filósofo y matemático Pitágoras, así como sus discípulos, practicaban cultos órficos. Estos misterios exigían un juramento de riguroso secreto a los neófitos. El hombre tenía que llegar progresivamente al conocimiento de la verdad, hasta la plenitud de la ciencia de las cosas superiores e invisibles.

Pero de la misma forma que Grecia adoptará un gran número de mitos y rituales de procedencia oriental, Roma, heredera del poder mediterráneo, tomará el bagaje cultural heredado de Grecia y lo adaptará a su particular idiosincrasia. El advenimiento del Cristianismo abrirá un capítulo nuevo en la historia de las creencias.

Roma

Como se ha señalado más arriba, Roma importó de Grecia, país situado a la vanguardia de la cultura europea, todo su sistema teogónico y lo adaptó e incorporó a su historia. De este contacto e intercambio cultural nació una verdadera transcripción romana de las divinidades griegas: Júpiter (Zeus), Marte (Ares), Febo

(Apolo), Mercurio (Hermes), Vulcano (Hefestos) y Neptuno (Poseidón). Con las diosas se produjo, evidentemente, el mismo fenómeno: Juno (Hera). Ceres (Deméter), Venus (Afrodita), Vesta (Hestia), Diana (Artemisa) y Minerva (Atenea). La representación antropomórfica de estos dioses, en pinturas o en esculturas, apenas registró alteraciones con respecto de los modelos helénicos. Otros dioses de menor importancia en Roma fueron Baco (Dionisios), Plutón (Hades), Victoria (Niké), etc. De toda la dinastía divina los más importantes fueron Júpiter, Juno y Minerva, o sea la tríada capitolina.

Pero muchos otros dioses eran venerados en Roma. Los Manes (o espíritus de los antepasados), los Lares (del hogar) y los Penates (de la despensa y del abastecimiento familiar) eran honrados en altarcillos erigidos en el interior de los hogares. Es posible afirmar hasta cierto punto que en Roma cada hogar era un templo, de la misma forma que el padre o cabeza de familia era un sacerdote nato en el interior de la casa. Sacerdotes públicos eran en cambio los *flámines*, que encendían el fuego de los sacrificios; los *augures*, que adivinaban el porvenir y emitían profecías, y las *vestales*, que mantenían encendido en forma permanente el fuego ante el altar de la diosa Vesta.

Las ceremonias del culto comprendían sacrificios menores, vegetales, y mayores, animales. Uno de los más característicos era el llamado *suovetaurilia* (cerdo, oveja y toro).

Uno de los cultos más privativos de la mitología romana, y que ayudan a mejor definirla por su arraigo, es el culto de la diosa Vesta. Parece comprobado que el origen de Vesta ha de encontrarse en la religión persa, siendo el fuego su atributo, y que era entre los romanos la diosa del hogar doméstico. Se le consagraba un fuego puro, que no debía extinguirse nunca y que ardía en su honor en el altar doméstico. De esta manera Vesta, desde lo más íntimo de la casa, esparce sus bendiciones y gracias sobre la familia. El culto público de Vesta estaba confiado a las sacerdotisas llamadas vestales, que tenían obligación de guardar vir-

ginidad. Su ocupación principal era mantener y avivar el fuego sagrado, que jamás debía extinguirse, bajo amenaza de graves calamidades. Las vestales recitaban oraciones cotidianas por la felicidad y prosperidad del imperio romano y estaban muy consideradas entre la población.

Todos los años, el día 15 de mayo, las vestales arrojaban al Tíbet treinta figurillas de hombre, hechas de mimbre o de otro material semejante, en recuerdo de los treinta habitantes de Argos que era fama haberse ahogado en aquel lugar. Las vestales eran escogidas entre las familias más nobles y no podían tener ningún defecto físico. Su ministerio duraba treinta años, durante los cuales gozaban de privilegios especiales y honores extraordinarios. De igual forma, los castigos inflingidos a las vestales delincuentes eran extremadamente severos. Las que quebrantaban el voto de castidad eran apedreadas y su cómplice muerto a azotes. Tarquino el Viejo impuso un nuevo suplicio a las vestales impúdicas, que era el de enterrarlas vivas. El suplicio de la vestal que había quebrantado el voto de castidad se llevaba a cabo con gran solemnidad; decretábase un duelo general, cerrábanse las tiendas y se clausuraban los negocios; bajábase a la delincuente a una estrecha mazmorra, en donde se le había preparado una cama, una lámpara, un poco de agua, pan y aceite, y la puerta de esta sepultura se cerraba y sellaba.

Las fiestas en honor de la diosa Vesta se celebraban en la primera quincena de junio. En tales días el templo de Vesta permanecía abierto y se hacían públicas rogativas por la prosperidad del pueblo romano; las sacerdotisas vestían sus más ricos ornamentos; todo el mundo podía aquel día penetrar en el interior del templo, estando los objetos sagrados expuestos al público, cubiertos con un velo y rodeados de espigas de trigo.

Pero dejando aparte los cultos privados de la religión familiar, lo cierto es que el pueblo romano era muy poco religioso. Dotado de un carácter eminentemente práctico y empírico, los credos de su religión arrai-

garon en ellos muy superficialmente. A este respeto escribe Herrero:

«No solamente imploraban a sus dioses en casos obligados, sino que les hacían votos solemnes en los tiempos difíciles, e importaban divinidades y ritos extranjeros para que les ayudasen cuando sus deidades nacionales les parecía que eran ineficaces. Los templos romanos fueron casi todos construidos en cumplimiento de votos, y así debían su existencia a una necesidad y no a la espontaneidad: semejante devoción era, pues, un culto muy duro, práctico e interesado.»

Puede apreciarse cómo en Roma, más acusadamente que en ningún otro pueblo, la religión era un instrumento, un sistema de creencias que permitía solicitar favores a los poderes superiores. Resulta comprensible que la devoción fuese escasa y que, para llenar aquel vacío y buscar deidades más eficaces, el pueblo romano importase mitos y divinidades procedentes de las religiones orientales, como Mithra, de Persia; Isis, de Egipto, etc. Pero las deidades orientales tampoco fueron capaces de contener la progresiva decadencia de aquel poderoso imperio.

Será la irrupción del Cristianismo, religión nacida en Judea, en los confines del imperio, la que provocará el descalabro total de la sociedad romana, entrada ya en una etapa de franca decadencia. Como filosofía y como religión, el Cristianismo estaba radicalmente reñido con las formas de vida y con la sociedad paganas. Por esta razón sus primeras incursiones en Roma revisten la forma de sociedad secreta, con reuniones en las catacumbas y utilizando extremadas precauciones. Este será el rasgo definidor de todos los movimientos renovadores de la historia, obligados a agazaparse en su lucha contra el orden establecido, pero que finalmente acabarán por imponerse.

El Cristianismo predica la libertad y la igualdad humanas. Esto es, naturalmente, revolucionario y amenazador para un imperio que sostiene una potencia económica basada estrictamente en la esclavitud de grandes masas de personas. La nueva religión comienza por prender entre estas grandes masas de oprimidos, que

por fin vislumbran la aurora de su libertad. El duelo entre la sociedad esclavista, opresora, y el Cristianismo es irreconciliable. Ello explica las drásticas medidas y las persecuciones decretadas por los emperadores. Pero el Cristianismo, que como ideología revolucionaria representa uno de los momentos clave de la historia de la Humanidad, acaba por imponerse en el imperio, abriendo una nueva página en el gran libro de la historia.

En Grecia había ocurrido un fenómeno parecido. La irrupción de la filosofía y de la ciencia significarían una aspiración racional en el hombre, esto es, significaron un deseo de explicar racionalmente los fenómenos naturales, en oposición a las leyendas y fábulas de la vieja mitología. El duelo entre la tradición de origen oriental y la aspiración racional era también irreconciliable. La vieja mitología se derrumbó, porque el hombre comenzó a interpretar correctamente los fenómenos naturales. Con el derrumbe de la mitología se registró la caída vertical de las rígidas formas políticas importadas de Oriente, y apoyadas, precisamente, en aquellos mitos durante milenios. En ambos casos, en Grecia como en Roma, esta evolución ha dado paso a unas formas democráticas de vida, en contraste con el despotismo oriental.

Mítica celta y escandinava

Se conoce comúnmente con el nombre de celtas a una rama del brazo indoeuropeo que en diversas épocas de la Antigüedad se propagaron por toda Europa. Pero los celtas que mencionan los historiadores clásicos eran un pueblo conquistador y guerrero que, procedentes de las riberas del Rin, invadió las Galias, una buena parte de Alemania, las Islas Británicas, España y el valle del Danubio. Algunas de sus tribus guerreras llevaron sus incursiones hasta el Asia Menor.

Los celtas veneraban a la Naturaleza en todas sus manifestaciones, lo que indica un estadio religioso más primario. Los galos rendían adoración a las altas mon-

tañas, admirando su altura y monumentalismo, pero de la misma forma adoraban también a los ríos y fuentes, que consideraban divinos. Según ellos las fuentes termales estaban habitadas por genios o deidades. Los bosques, en particular de robles y encinas, les inspiraban un religioso respeto, considerándolos como templos de la divinidad. La encina era venerada muy especialmente, hasta el punto que un escritor griego dice de ella que es el Zeus de los galos.

La conquista romana, con la consiguiente invasión cultural, introdujo muchos elementos nuevos y se formó una religión amalgamada de lo viejo y lo nuevo. Pero la religión bárbara, en su pureza, contiene elementos muy interesantes y sumamente significativos.

Los sacerdotes, depositarios de las creencias y mitos religiosos, eran llamados *druidas* entre los galos y en la Gran Bretaña. Los druidas eran los encargados de enseñar al pueblo los principios religiosos y las prácticas rituales y su misión era bastante parecida a la de los brahmanes de la India. Druida significa «el que ve muy claro», esto es, el hombre sabio, que no desconoce los secretos de la vida y de la muerte y del Más Allá.

La religión druídica parece haber sido introducida en Francia hacia el siglo VII antes de Jesucristo. Sus principios participan de elementos de la mitología idealista hindú, la metempsicosis, por ejemplo, y de elementos de otras religiones mediterráneas y orientales. Practicaban la adivinación y las profecías y eran muy dados a la magia, utilizando plantas medicinales y ceremonias de suma complicación. Fabricaban también talismanes, cuentas de ámbar y, sobre todo, el famoso «huevo de serpiente», formado con baba y excrementos de serpientes entrelazadas; a este huevo se le atribuían maravillosas virtudes y se vendía a precio muy caro, para ser empleado como talismán pendiente del cuello.

Los druidas fabricaban sus templos en piedra, teniendo como única bóveda el firmamento. Los situaban en lo alto de colinas o montículos, o bien en frondosos bosques de encinas. Todo ello corrobora el arraigado sentido naturalista de sus creencias.

El sistema mitológico druídico estaba presidido por dos divinidades, un macho y una hembra, el gran padre, Hu, y la gran madre, Ceridwen, pareja paralela a Isis y Osiris, Ceres y Baco y, en general, a todas las parejas creadoras de las religiones.

Se celebraban periódicamente fiestas de iniciación, siendo la más importante de ellas la celebrada a comienzos del mes de mayo. Encendíanse hogueras en todos los templos y se ejecutaban en su derredor danzas corales en honor del Sol, que en aquella estación del año se suponía levantarse de su tumba. Aquellos festivales eran licenciosos y se prolongaban hasta el mediodía de la siguiente jornada, cuando el sol llegaba a su máximo apogeo. Entonces los sacerdotes y el pueblo se retiraban a lo más recóndito de los bosques, practicando allí desenfrenadas orgías. Las ceremonias de iniciación de los neófitos eran semejantes a las de otras religiones orientales. El candidato era colocado, a medianoche, en un lecho en forma de féretro, representando así la simbólica muerte de Hu o del Sol; al cabo de tres días se levantaba, simbolizando la reaparición del astro rey.

Una institución interesante de la religión druídica es la de las sacerdotisas. Estas vivían con frecuencia en grutas naturales e iban vestidas de blanco y con un cinturón de metal ceñido a la túnica. Misión suya era la de predecir y proferir augurios examinando el vuelo de los pájaros o las entrañas de las víctimas, al igual que los agoreros de Etruria y de Roma. Pero eran también las sacerdotisas las que practicaban los bárbaros sacrificios humanos, y de la observación de sus heridas, de la forma de manar la sangre, etc., sacaban sus vaticinios. Las víctimas de los sacrificios humanos eran los delincuentes o los prisioneros de guerra; se les estrangulaba, se les mataba a flechazos o se les quemaba vivos encerrados en cestos de mimbre.

El apogeo de la religión druídica en Francia llegó inmediatamente antes de la conquista del país por Julio César. La influencia romana hizo declinar decisivamente aquellas creencias, que terminaron por desaparecer o por quedar arrinconadas en lejanas zonas rurales.

Entre los germanos se encuentra también una religión y unos cultos con marcado acento naturalista. Las noticias del historiador Tácito y de Julio César son las fuentes más seguras y apreciadas para el estudio de la religión de los pueblos germánicos. Tácito escribe que estos pueblos no solían encerrar a sus dioses entre las cuatro paredes de un templo, ni representarlos en forma humana, sino que, juzgándolo más propio de su poder soberano y augusto, les consagraban los bosques y selvas y daban nombres de divinidades a aquellos sagrados lugares, que contemplaban con profundo respeto.

Se sabe de ellos que practicaban ceremonias mágicas y que, asimismo, eran dados a utilizar profecías y presagios. De hecho las creencias y supersticiones de la rama celta tienen afinidades muy marcadas entre los diversos pueblos. Estas afinidades vuelven a aparecer al comparar la mítica germana con la escandinava.

Los escandinavos nos han legado unos poemas, los *Eddas*, recopilación de leyendas y fábulas mitológicas, que tienen un valor incalculable para penetrar en esta rama mitológica. Según estos documentos el dios supremo, creador y conservador del mundo, era llamado Wotan entre los germanos y Odín entre los escandinavos. Se le representa con un aspecto grave y fornido, con una espada en la mano. Su ojo brillante es el sol y era adorado en los picos de las montañas. Odín reside en su palacio en el Walhalla, morada de los dioses y que viene a ser algo así como el Olimpo germano. En las salas de su palacio se celebraban banquetes en los que se consumía jabalí y se bebía vino. Las walkirias eran, precisamente, las que servían el banquete y alargaban a Odín el cuerno repleto de vino.

Del matrimonio de Odín (o Wotan) con Frigga, principio femenino y diosa de la Tierra, nacieron varios hijos. Thor (o Donar) es el primogénito, dios del trueno y de la tempestad, que viajaba en un carro tirado por machos cabríos. Pero Thor es también el dios del derecho y de la agricultura. Se le representa con corona y cetro y una maza.

Los restantes dioses y diosas, que son muy abundantes, proceden todos del supremo Odín padre de los

dioses. Existen además unos seres intermediarios entre los dioses y los hombres, como son los gigantes, los enanos y las walkirias.

En Escandinavia abundan las leyendas épicas, las creencias mágicas y el respeto por la hechicería. Estas características tan arraigadas en la historia de los pueblos nórdicos perviven en parte actualmente, pues, como es sabido, los países nórdicos han sido siempre notables por sus prácticas y creencias supersticiosas, lo que se refleja cumplidamente en sus representaciones artísticas.

Pero entre los pueblos escandinavos se encuentran bellísimas leyendas cosmogónicas, como la que hace referencia a la formación del mundo. Según ellos, el caos primitivo se dividía en tres grandes regiones: la del Norte, región de las nubes, fría, sombría y nebulosa; la del Sur, región del fuego, cálida y luminosa; entre estas dos regiones mediaba un abismo profundísimo, en el que se debatían los hielos del Norte con los calores del Sur. Los hielos se fueron derritiendo por la acción del constante calor y las aguas comenzaron a llenar el abismo. Estas aguas engendraron al primer ser viviente, a Ymer, gigante de inmensa talla y de perversos sentimientos escondidos en su corazón.

A poco de creado, Ymer se sintió invadido por un profundo sopor y se fue quedando dormido, y durante su sueño se originó la raza de los gigantes, que fueron naciendo de su brazo izquierdo, mientras que de su mano y pie derechos nacía un monstruo de seis cabezas. Entretanto el abismo de agua fue derritiéndose y de él nació la vaca Audhumbla, que amamantó a Ymer con cuatro ríos de leche que salían de sus ubres.

No moraban más que gigantes por aquel entonces en la Tierra y el hombre aún no había aparecido. Entonces la vaca Audhumbla, para saciar su hambre, comenzó a lamer un inmenso bloque de hielo, y de él salió, el primer día, la cabellera de un hombre; el segundo día, la cabeza; el tercero, el hombre completo. Diose el nombre de Buri a aquel recién nacido, quien tuvo un hijo, a quien se llamó Boer. Este enamoróse de la hija del gigante Boethorn y de ella tuvo tres hijos:

Odín, Vele y Ve, los cuales estrangularon a Ymer, y en la sangre de éste se ahogaron todos los gigantes. Del cuerpo de Ymer formaron Odín, Vele y Ve el mundo; de su sangre nació el agua; de su carne la tierra, de sus huesos las montañas, de sus cabellos el césped de los prados, los árboles y demás vegetales, de su cráneo el firmamento; su cerebro, lanzado al aire, formó las nubes, y con sus cejas construyeron los dioses un muro de defensa contra los gigantes de los hielos. La superficie del mundo fue tomando la forma ovalada y la rodeó el Océano insondable personificado en una inmensa serpiente que lo rodeaba. Los astros, que aún no habían sido creados, surgieron de las cenizas, aún calientes, de la región inferior, principiando por el sol y concluyendo con los meteoros.

Otro mito famoso arraigado en la épica escandinava es el mito del dios Balder, hijo del creador Odín. Narra la leyenda que los dioses vivían alegres e inocentes, jugando y gozando, despreocupados, sin temer a los gigantes, pues sabían que en tanto Balder estuviera vivo, ellos estaban mágicamente protegidos y serían invulnerables.

Pero he aquí que un día Balder sueña su próxima muerte. Asustado, lo comunica a su padre Odín, quien hace reunir a los hados en consulta. Los hados confirman el triste presagio. Su madre Frigga, entristecida, implora a toda la Naturaleza que no contribuyera a la muerte del dios querido, su hijo Balder. La Naturaleza responde a la diosa que ellos no harán ningún mal a su hijo; todos los seres le responden, los vegetales, las piedras, los montes, los ríos, el fuego... Pero Frigga se olvidó de rogar a una oculta planta, el muérdago, y Loki, el dios malo, maquinó hábilmente el crimen.

En el Walhalla los dioses están jugando. Su juego consiste en arrojar dardos contra el hermoso Balder, que los recibía impasible sobre su invulnerable pecho. Llegó el turno al ciego Hodur; Loki hizo que cogiese una rama de muérdago cuando aquél se dirigía a arrojar su dardo. Hodur dio con la rama en el pecho de su hermano y lo mató. Los dioses quedaron sobrecogidos ante tamaña desgracia. Colocaron el cadáver de

Balder en una barca, junto con su apenada esposa, y quemaron el caballo y las armas del infortunado dios, según era costumbre.

Balder descendió a las tinieblas, a la región oscura que gobierna la diosa Hela. Frigga, inconsolable, ofrece un gran rescate a Hela por su querido hijo. La Muerte accede, a condición de que lloren a Balder todos los seres y toda la Naturaleza. Así se hace en efecto, y clamores y lamentos se levantan por doquier, llorando al dios perdido. Pero Loki, que se ha transformado en un gigante, se niega a llorar, de forma que la vuelta de Balder a los cielos es imposible. Entonces la Naturaleza empezó a salirse de su orden. Los dioses se lanzan a castigar al malvado Loki; éste lucha y consigue escapar a un río en forma de pez; Thor lo pesca, provisto de una red especial, lo ata a un peñasco y lo atormenta. Loki consigue escapar rabioso y combate sin descanso.

Se sucederán tres inviernos rigurosos, el hambre y la peste devastarán los pueblos, fuertes huracanes arrancarán los árboles y la Humanidad se agitará y conmoverá en lucha sin fin. Los astros se hundirán en el firmamento, la Tierra temblará, se agitarán los océanos, arderán los bosques y se hundirán las montañas. Entonces Loki, la Muerte y los monstruos y gigantes se alzarán contra los dioses y trabarán un violento combate. Perecerán Thor y los dioses, Loki y los monstruos, y el espacio arderá en llamas.

Después vendrá un juicio; los malos expiarán sus culpas, los buenos irán al paraíso eterno. Cumplida la justicia, saldrá de las aguas la Tierra rejuvenecida y de una nueva pareja renacerá el linaje humano y trabajará otra vez la tierra. Hodur descenderá a las tinieblas, que recorrerá durante nueve noches a la busca de Balder. Por fin lo encontrará y con él retornará al paraíso. Y una nueva era de paz y de bienestar se inaugurará en el Walhalla.

La fábula de Balder asesinado por su hermano Hodur es paralela al mito de Isis y Osiris. Estos mitos, que narran la muerte del Sol y su posterior resurrección,

demuestran la constancia y fijeza de determinadas ideas fundamentales a través del espacio y del tiempo. El mito solar egipcio aparece en la lejana Escandinavia, de la misma forma que el culto persa del fuego reaparece incorporado a la civilización romana con el culto de Vesta. He aquí unos ejemplos transparentes de la universalidad de los grandes mitos de la historia.

OTRAS MITOLOGIAS

China

Es costumbre considerar a China como una de las cunas de la cultura universal, cuya antigüedad remotísima se pierde en los orígenes del tiempo. Desde luego, ha existido una tendencia a exagerar la antigüedad, así como la importancia, de la cultura china, cuya escritura, por ejemplo, aún no ha terminado de liberarse de su arcaica etapa pictográfica. Pero forzoso es reconocer que el legado de la cultura china no carece de interés por diversos motivos, por lo que conviene examinarla con cierto detenimiento.

La cosmogonía china posee la característica complejidad oriental, propia de las fábulas que relatan el origen del mundo y del hombre. Según la clásica cosmogonía china, el Universo procedía de un huevo, cuya gestación duró dieciocho millones de años, de donde salieron la Tierra y el Cielo, de cuya unión nació Pan-Ku, padre de todo lo creado. En efecto, al morir Pan-Ku surgieron los árboles, las plantas y todos los vegetales de su vello; los metales brotaron de sus dientes y huesos; de su cabeza y tronco surgieron los montes; de sus venas los ríos; el sudor de su cuerpo se transformó en lluvia y los parásitos que cubrían su cuerpo se transformaron milagrosamente en hombres.

Por otra parte, las creencias religiosas de China son bastante simples. Los chinos practican el culto a los antepasados y, en general, sienten gran apego a la tradición, lo que ha sido causa de su atrasada situación material. En la figura del emperador veían los chinos

la imagen divina y, por lo tanto, le ofrecían veneración. Este pueblo, tan densamente poblado, pero sometido a una monarquía absoluta y hereditaria, no ha sido capaz de llevar a cabo el esfuerzo en pro del progreso que otras antiguas civilizaciones han efectuado.

Pero la importancia del legado cultural chino crece notablemente cuando se consideran las dos figuras rutilantes del pensamiento y de la primitiva filosofía oriental: Confucio y Lao-Tsé.

Confucio vivió, como Buda, durante el siglo VI antes de nuestra Era, durante una turbulenta época histórica del país, dominada por el feudalismo. Se conoce poco de su vida, pero se sabe, sin embargo, que desempeñó el cargo de funcionario imperial en el pequeño Estado de Lu. Se dice de él que allí se impuso la misión de reformar, cortar abusos y reivindicar los derechos de los oprimidos. Fue, pues, además de un filósofo y pensador, un hombre dotado de espíritu práctico, esto es, un reformador político, si bien es cierto que su actividad como reformador fue muy limitada, pues cayó en desgracia, víctima de las intrigas políticas de sus enemigos. Confucio, al igual que Platón, buscó siempre a un príncipe inteligente que quisiera llevar a la práctica sus ideas, pero poco antes de morir, tuvo que reconocer desesperanzado: «No he encontrado ningún soberano inteligente que me tomase por maestro, y llega ahora el tiempo de mi muerte.»

Si Buda se consagró a la meditación por causa de un fortuito encuentro con un mendigo, fue la muerte de su madre lo que hizo a Confucio iniciar su meditación espiritual. Confucio perdió a su madre cuando contaba veintidós años de edad. Le irigió entonces un gran sepulcro y se retiró a meditar durante veintiséis meses, incubando entonces los principios de su doctrina.

Las teorías de Confucio atañen, como ya se ha dicho, a la moral práctica. Confucio traza la semblanza de lo que él entiende por hombre justo, por prototipo de hombre público, de gobernante, que ha de tener por misión luchar para que la miseria, el dolor, la enferme-

dad y la injusticia desaparezcan de la tierra. Se dice de él que un discípulo le preguntó en cierta ocasión: «Maestro, ¿cómo hay que servir a los espíritus y a los genios?» A lo que respondió Confucio: «¿Para qué preocuparse en servir a los espíritus y a los genios, cuando ni aún en disposición de servir a los hombres estamos?»

La moral de Confucio es, pues eminentemente práctica y está basada en el respeto, en el amor y en la obediencia. Sus doctrinas pervivieron a través de sus discípulos y el *confucianismo*, compendio de sus doctrinas, se fue convirtiendo paulatinamente en una religión, que veneró y divinizó al Maestro. Se le ofrecieron sacrificios y luego se levantaron templos en su honor.

A diferencia de Confucio, Lao-Tsé, el segundo gran pensador chino, aborda el aspecto religioso, mítico y cosmogónico, más que el aspecto moral y práctico de la vida humana y del Universo. Lao-Tsé vivió en el siglo V antes de nuestra Era y desempeñó el cargo de archivero en la Biblioteca imperial. Lao-Tsé es el fundador de una nueva religión, el «taoísmo», cuya doctrina se halla contenida en el libro *Tao-te-king* (*El libro del camino recto*). A diferencia de Confucio, funcionario y legislador, Lao-Tsé predicaba el abandono místico, el alejamiento de la sociedad humana y la íntima meditación. Según cuenta la tradición, Lao-Tsé montó en un buey negro y se alejó en el desierto para escribir su libro, no siendo visto nunca más entre las gentes.

La doctrina de Lao-Tsé admite que un Ser Superior —el Tao— es anterior a la creación del Universo. El hombre debe perseguir la unión mística con el Tao por medio de la virtud, la inacción y la entrega espiritual. El taoísmo es enemigo de toda actividad de orden práctico y científico. Predica las excelencias de la ignorancia, pues, según Lao-Tsé, «la instrucción es la fuente del deseo y, por lo tanto, de la esclavitud del hombre». Esta pasividad e inacción mística ha sido causa de la vida miserable de los miembros de la secta taoísta, cuyos ministros de culto llevan el nombre de *bonzos* y son encarnizados enemigos del confucianismo. El bu-

dismo, en cambio, doctrina de raíz mística, ha llegado a fundirse muchas veces con el taoísmo, en especial en el norte de China.

Las civilizaciones de la América precolombina

El inmenso continente americano, con sus fabulosas riquezas, sus minas de oro, plata, cobre y estaño; sus selvas impenetrables; sus ríos gigantescos; su fauna exótica e inquietante, y sus variadas razas y pueblos, han atraído desde el inicio del descubrimiento las miradas de los eruditos primeramente y de los etnógrafos más tarde.

Una de las cuestiones que más ha alimentado el fuego de la polémica de la historia de América ha sido la del origen de sus pobladores. ¿Cómo se pobló el continente americano? ¿De dónde proceden sus primeros habitantes? ¿Proceden de Asia, o tal vez de las islas del Pacífico, o es que el hombre, el *homo-sapiens*, nació en este continente?

Dejando a un lado las primeras explicaciones etnográficas, surgidas con la polémica teológica del descubrimiento, y que creían ver en los indios americanos una rama perdida del tronco israelita, pasemos a señalar, siquiera brevemente, las hipótesis surgidas sobre la población de América e iniciadas con gran vigor desde mediados del pasado siglo. El primero en abrir el fuego en la controversia fue el sabio argentino Florentino Ameghino, quien, probablemente fue el primero en iniciar seriamente el estudio antropológico y arqueológico del Nuevo Continente. Basándose en el estudio de unos hallazgos fósiles encontrados en la provincia de Buenos Aires, Ameghino afirmó rotundamente que el hombre, el *homo sapiens*, había aparecido por vez primera en el planeta sobre suelo americano. Basaba esta hipótesis en los erróneos datos de los restos encontrados, que él hizo remontar a mediados de la Era Terciaria.

Ni que decir tiene que la hipótesis de Ameghino, planteada en un momento en que las ciencias de la in-

vestigación histórica estaban aún en pañales, carece de toda solidez. Hoy día se admite universalmente la aparición del hombre durante el período cuaternario y el *homunculus patagonicus*, creado por la imaginación de Ameghino, no pasa de ser una anécdota histórica.

Más sólida, pero no por ello menos debatida, es la hipótesis sustentada por Hrdlicka y por la Escuela Norteamericana, que sostiene que la primitiva población del continente se efectuó a través del estrecho de Bering, en otro tiempo cubierto por los hielos, estableciendo un puente de paso entre Asia y América. Según Hrdlicka, las coincidencias antropológicas y etnográficas de los primeros pobladores americanos con las tribus nómadas y cazadoras de Asia justifican el parentesco de un tronco común.

La tercera teoría, tercera en discordia, fue establecida por Rivet mediante la comparación de la cultura, y en especial del lenguaje, de los pobladores americanos y los oceánicos. Rivet afirmó que los pueblos malayo-polinesios, conocidos como excelentes navegantes, han formado el substrato étnico de población, mediante unas largas travesías marítimas que les han llevado hasta las costas occidentales del continente.

Ni que decir tiene que estas teorías básicas, que tienen sus defensores y sus detractores, se han fundido o han prestado elementos para formar otras nuevas teorías, de forma que en el estado actual de nuestros conocimientos es forzoso admitir que el origen de la población americana sigue siendo un enigma sujeto a la emisión de hipótesis más o menos probables o discutibles.

Pero ciñéndonos a la realidad histórica es forzoso admitir en el gran continente americano la existencia de una gran diversificación cultural y racial. En la llamada América prehispánica, que sigue siendo el caballo de batalla de los investigadores, es fácil distinguir unos grandes focos culturales, basados en estructuras políticas sumamente estables, que sobresalen junto a otros núcleos étnicos que no han superado todavía la fase animista o mágica. y que viven con un misérrimo nivel material, como ocurre con los yaganes de Tierra

del Fuego. Estos contrastes se hacen todavía más notables al examinar de cerca estos focos de alta cultura, que tienen unas características muy semejantes y sorprendentemente paralelas a las de los grandes imperios del Asia Anterior.

Se trata, en ambos casos, de organizaciones políticas basadas en la monarquía despótica y autoritaria, asentada en un origen divino. Estos monarcas están rodeados de una poderosa clase sacerdotal, que oficia los actos de culto, cultiva las ciencias y concede especial importancia a la observación del cielo, esto es, a la Astronomía. Sus manifestaciones artísticas, en especial arquitectónicas, son de un acusado monumentalismo.

Estos focos de civilización son, fundamentalmente, tres. El imperio inca, asentado en la zona andina del área peruano-boliviana. El imperio maya, cronológicamente el más antiguo (siglo V antes de J. C.), situado en la zona de Centroamérica y el imperio azteca, de México, que fue decapitado con la conquista de Hernán Cortés.

Es posible y fácil establecer un paralelismo, en el orden político, religioso y cultural, entre los grandes imperios de las pirámides y de los zigurats y estas florecientes civilizaciones del Nuevo Continente. Pero, eso sí, muchos siglos de distancia las separan.

El imperio inca

El fabuloso y riquísimo imperio inca, radicado en el actual Perú, fue fundado en el siglo XII por el legendario Manco Capac, y se encontraba en su apogeo en el momento de iniciarse la conquista por parte de las tropas españolas. Al igual que muchos otros imperios asiáticos los incas adoraban al dios Sol, de cuya estirpe procedía la realeza inca. Pero parece ser que el Sol era una representación, o un ministro, del Gran Espíritu inmaterial, creador de todo lo existente. Al Sol se le honraba en suntuosos templos, que nada tienen que envidiar a las grandes construcciones egipcias y mesopotámicas. El templo de Cuzco, capital del imperio,

era especialmente notable, con sus paredes y bóveda recubiertas de gruesas planchas de oro, procedentes de las ricas minas del país.

Cuando los notables incas querían obtener alguna gracia o beneficio especial del dios Sol, subíanse muy de madrugada a un gran montón de piedras y allí, con la cabeza baja en señal de humildad y las manos juntas, rezaban oraciones aguardando la salida del astro bienhechor. De igual forma era costumbre que las puertas de los templos miraran hacia el Este, hacia el lugar de origen del astro soberano.

La clase sacerdotal de los incas era muy poderosa y respetada. Los sacerdotes de Cuzco eran profesores de las escuelas y se les llamaba *amautas*, formando una casta cerrada de sabios, parecida a la de los sacerdotes orientales. Los amautas conocían las matemáticas, la geometría, la agrimensura, la astronomía, la geografía y cultivaban las artes, la poesía y la música, con unas características flautas de cuatro o cinco orificios. La casta sacerdotal estaba presidida por un gran sacerdote, nombrado por el soberano entre los miembros de su propia familia. A sus órdenes estaban los restantes sacerdotes, las vírgenes del Sol y los servidores.

Existían tres órdenes o clases de vírgenes: las vírgenes de Cuzco, esposas del Sol, que debían conservar su pureza durante toda la vida; las vírgenes de provincias, consagradas al soberano inca y, por último, las vírgenes *acllа*, que vivían retiradas en su convento, y hacían voto de castidad, y de quebrantarlo, eran enterradas vivas. Estas monjas o sacerdotisas vivían consagradas al culto del dios Sol. Obligación suya era la de mantener el fuego sagrado y la preparación de las bebidas, alimentos y ropas que se consumían y utilizaban en las fiestas religiosas.

Los incas raramente practicaban sacrificios humanos como ceremonia de culto, aunque era común el sacrificio de animales, incluso en cantidades masivas. Los sacerdotes ejercían de adivinos, examinando el corazón y los pulmones de las víctimas sacrificadas. Los incas creían en la vida futura y momificaban a sus

difuntos siguiendo técnicas bastante parecidas a las de los egipcios.

Como es sabido el imperio inca organizó la sociedad siguiendo un estricto régimen comunista, regido por numerosas y detalladas leyes. El pueblo gozaba de un alto bienestar material y los productos eran repartidos de acuerdo con las necesidades, de forma que no se produjera la carestía o el hambre. Pero el pueblo inca se hallaba sometido a los severos designios de su rey-dios. Es posible encontrar en la América precolombina otros vestigios de organización comunista (entre los iroqueses, por ejemplo), lo que diferencia a estas sociedades de los regímenes teocráticos orientales.

Invita a reflexión el considerar cómo el poderoso imperio inca, asentado en las ciudades fortificadas de los Andes, con su alto nivel cultural, su conocimiento de los metales (cobre, bronce, plata y oro), pudo ser derribado casi con un soplo por los conquistadores españoles. La famosa monarquía solar, las grandes obras públicas, sus sistemas de riego artificial o sus colosales puentes y canales, han sido borrados del mapa, como si un torbellino desatado hubiera hundido, en pocos días, uno de los imperios más prósperos y poderosos de los que tenemos noticia histórica.

El imperio de los mayas

La antigua civilización maya estaba ubicada en la península del Yucatán y se extendía y ramificaba por la actual Guatemala y por el cinturón centroamericano. La organización maya estaba regida por un caudillo que distribuía la tierra para el cultivo, pues la tierra era propiedad común.

La religión maya parece haber sido bastante compleja en su conjunto, por la variedad y diversidad de dioses o espíritus adorados. Parece probado que los mayas creían en la existencia de un Ser Superior y en la inmortalidad, esto es, en una vida futura, con recompensas y castigos según hubiera sido la conducta terrenal.

Entre las muchas deidades curiosas de la mitología maya destaca la diosa Ixcab, que estaba encargada de recibir a los suicidas y de conducirlos al eterno paraíso, que estaba situado, según la leyenda, a la sombra de la copa de un árbol. Allí los suicidas encontraban definitivo reposo de sus angustias y zozobras.

El culto a los dioses de la mitología maya se realizaba en suntuosos templos, de los cuales algunos son especialmente famosos, como el de Chichen Itzá. En casos de peligro o temiendo públicas calamidades se organizaban peregrinaciones a los templos efectuando rogativas y sacrificios humanos para obtener la protección divina. Muchos ídolos de estos templos eran huecos en su interior y tenían una puerta secreta, por la que penetraba el sacerdote para hablar al pueblo, simulando la voz de la divinidad.

Los sacerdotes mayas eran muy venerados, a la par que temidos, pues su poder era muy grande, en parte por ser los depositarios de la ciencia y de la medicina de aquellas culturas. El aspecto de estos sacerdotes era, en cambio, sumamente desagradable y repelente. Vestían túnicas blancas sobre las que caía, como en cascada, su pelo larguísimo, desgreñado y hediondo, empapado en la sangre de las víctimas, que nunca lavaban. Por su aspecto sucio y huraño eran también temidos y respetados. Estos sacerdotes, que ejercían igualmente las funciones de adivinos, estaban rodeados de unos ancianos, auxiliares del culto, así como de los verdugos o sacrificadores que ostentaban este cargo con carácter vitalicio.

El capítulo de los sacrificios humanos es uno de los más terribles y repugnantes de todas las religiones americanas. Los sacrificios se efectuaban periódicamente y desde el instante en que la víctima para la próxima ceremonia era designada, se le encerraba en la prisión, pero era agasajada con todos los honores. Se le rodeaba de flores, se le servían ricos manjares y se le recreaba con músicas y bailes.

En el día fijado para el sacrificio se engalanaban profusamente con guirnaldas de flores y hierbas olorosas la plaza pública y el templo. La multitud acudía

vistiendo sus mejores galas y se agolpaba para contemplar la ceremonia del sacrificio. Entonces aparecían los condenados, rodeados por una nube de músicos y bailarines, que tocaban alegres sones.

La víctima llegaba ante los sacerdotes, que procedían a desnudarla completamente y luego embadurnaban su cuerpo con una sustancia de color azul. Acto seguido, hacían lo propio con la gran piedra del sacrificio, o *Tizoc*, y a ella ataban el cuerpo del desgraciado. Entonces avanzaba el verdugo y con un afilado cuchillo de pedernal le abría las costillas del lado izquierdo. Entonces, con gran habilidad extraía el corazón, todavía palpitante, de la víctima y lo entregaba al sacerdote, quien, corriendo, untaba con la víscera el rostro de los ídolos. El cadáver era entonces entregado a la multitud, que se arrojaba sobre él y lo despedazaba, dispuntándoselo y comiéndolo como manjar bendito, allí mismo, porque la carne de las víctimas era considerada como santificada y bendita. Los sacerdotes se reservaban siempre la cabeza, las manos y los pies y además se los envolvía, completamente desnudos y ensangrentados por el sacrificio, con la piel de la víctima.

La crueldad y repugnancia de estas ceremonias orgiásticas mayas sólo puede parangonarse con algunas de los pueblos selváticos, con ciertos refinados cultos fenicios o con las celebradas en la India en honor de la diosa Kali, por la secta de los estranguladores.

Las divinidades astrales y siderales que, según los mayas, sostenían el mundo, era también honradas con ceremonias que incluían las prácticas sangrientas y en algunos casos las ceremonias obscenas. Parece que la fiebre de la sangre sea algo unido indisolublemente a toda liturgia de raíz maya, que vuelve a aparecer en los atroces ritos del imperio azteca.

El imperio azteca

Entre las diversas culturas existentes en el antiguo México descuella por encima de las de los toltecas, chichimecas o zapotecas, el poderoso imperio azteca,

con el que tuvieron que enfrentarse las tropas españolas durante la conquista de México.

Los aztecas estaban organizados en tribus y fundaron su capital en Tenochitlán, en donde vivía el emperador como jefe político y religioso de esta confederación. La sociedad azteca estaba compuesta por diversas clases: nobles, sacerdotes, hombres libres, colonos y esclavos. Comoquiera que los aztecas eran el pueblo más belicoso de la meseta, su dios más notable y venerado era Huitzilopochtli, dios de la guerra, con cara ancha, ojos enormes y temibles y con el cuerpo cubierto de joyas y pedrería. Del cuello de Huitzilopochtli pendían reproducciones de rostros indios y de corazones, elaborados en oro o plata. Cerca del dios unas cazoletas con incienso contenían los corazones de las personas sacrificadas aquel día. Las paredes y el suelo de su templo estaban bañados por la sangre humana coagulada, que exhalaba un olor repugnante.

Los templos, o *teocallis*, estaban formados por varias secciones piramidales, que pueden hacer pensar en una reminiscencia de las antiguas culturas del Próximo Oriente. Su capacidad era grande, para dar cabida a la abigarrada multitud de dioses mexicanos.

El año azteca no era otra cosa que una sucesión de fiestas, celebradas con ritos minuciosos y complejos. La diosa del maíz, los dioses de la lluvia, de las montañas o de los ríos, eran honrados con frecuentes sacrificios, en la creencia de que estos ritos celebrados con frecuencia mantenían a las divinidades propiciadas con los hombres. Las ceremonias concluían con la inmolación de una víctima especial, que era varón para los dioses y hembra para las diosas.

En contraste con la cultura notable de este pueblo, según testimonio de conquistadores y misioneros españoles, sus ritos paganos eran de una crudeza extrema, y estaban basados en los sacrificios humanos y en la extirpación del corazón, como en la religión maya. Su moral, en cambio, era elevada. El matrimonio era monógamo y obligatorio, siendo el adulterio severamente castigado.

El ritual de los sacrificios humanos no difería exce-

sivamente de los practicados por otros pueblos americanos. La víctima era llevada en procesión, entre los sacerdotes, al compás de músicas y de cantos religiosos. Subía los ciento veinte escalones de un templo piramidal, al final de los cuales se encontraba la piedra del sacrificio, al aire libre. Después de haber recitado la víctima ciertas oraciones era tendida sobre la piedra y el sacerdote cambiaba su negra túnica por una capa roja. Aproximándose a él con un afilado cuchillo, le abría el pecho y le arrancaba el corazón, que, aún palpitante, restregaban en los cuerpos de los ídolos. Luego formaba con la sangre de la víctima y un puñado de harina una horrible y hedionda pasta que ingería, atribuyéndole a esta mezcla mágicas propiedades. Era costumbre que la piel de la víctima fuese utilizada como traje para los sacerdotes, y aun para el emperador.

Una ceremonia característica entre los aztecas era el sacrificio de primogénitos, que se efectuaba públicamente ante el emperador. Las ceremonias revestían siempre una pompa muy especial, siendo la poderosa clase sacerdotal la encargada de custodiar y de velar por la conservación de la complicada liturgia. Los acompañantes de Hernán Cortés, conquistador de México, han descrito muy bien las funciones y privilegios de la clase sacerdotal mexicana, que gozaba de pública veneración y de un sinnúmero de favores que el emperador Moctezuma les otorgaba y concedía. Sin embargo los ritos de iniciación en el sacerdocio eran muy severos para los candidatos y recordaban las complicadas ceremonias que se efectuaban por los persas para iniciar a un neófito en la secta de los magos.

No puede pasarse por alto, finalmente, el mito «tónico-solar» que aparece arraigado en la religión azteca, con ceremonias de duelo público por la muerte del sol y de colectivo regocijo, con motivo de su resurrección. No es sorprendente la presencia de este mito en esta civilización basada en el cultivo agrícola, especialmente en el del maíz.

Los pieles rojas de Norteamérica

Las tribus de los llamados «pieles rojas» americanos se hallaban distribuidas por toda la extensión de los actuales Estados Unidos de Norteamérica, y el Canadá. Sus costumbres, actividades y prácticas religiosas variaban de acuerdo con su situación geográfica y con las peculiaridades del medio ambiente.

Es posible señalar, sin embargo, unos rasgos comunes a las diversas culturas de pieles rojas. Sus actividades estaban basadas en la agricultura y en la caza, y sólo muy raramente en la ganadería. Es fácil encontrar en ellos vestigios matriarcales más o menos acusados y prácticas y creencias totémicas. Los algonquinos, los iroqueses, los hurones, los mohawks, los sioux y los navajos han ofrecido una cantera de datos interesantes a los etnógrafos americanos que se han dedicado a estudiar el pasado de su país.

Los indios norteamericanos creen en la existencia de un Gran Espíritu, al que denominan Manitú y que representan de forma variada, según la idiosincrasia de cada tribu.

Este Manitú es implorado como dios de las cosechas, de la caza o de la guerra, conforme a las circunstancias. Su culto no es sangriento y reviste una rica variedad de formas. Junto a este primer principio supremo, el Manitú, los indios admiten multitud de deidades particulares y locales, ligadas entre sí por complejos sistemas teogónicos. El dios del relámpago, la diosa del maíz, el dios de las lluvias... forman una abigarrada familia celestial, que los hechiceros invocan en los momentos de necesidad. A pesar del arraigo de las creencias religiosas, los indios «pieles rojas» han demostrado su fe en las prácticas mágicas, que siguen ejerciendo habitualmente por todo el país.

EL MONOTEISMO

El monoteísmo como sistema religioso

Se ha indicado anteriormente que muchos pueblos primitivos, como los pigmeos africanos, creen y admiten la existencia de un Ser Superior, al que generalmente se le conoce con el nombre de Gran Espíritu. No faltan ejemplos históricos, desde luego, de creencia en el Gran Espíritu, pero lo cierto es que en muchas ocasiones resulta difícil calificar a estos pueblos primitivos de monoteístas (creyentes en un solo dios), por hallarse estas creencias impurificadas por otras de politeísmo más o menos grosero, por prácticas supersticiosas y fetichistas o por actividades de orden mágico.

Los creyentes en el Gran Espíritu le reconocen, casi en todos los casos, como el autor y creador de todo lo existente: los astros, la Tierra, los animales, los hombres, las nubes, los ríos, etc. El Gran Espíritu, que puede revestir formas diferentes, es el amo y señor de la Naturaleza. Entre estas gentes es común la creencia de que en épocas remotas el Gran Espíritu vivió en nuestro planeta y convivió entre los hombres, enseñándoles el arte de hacer el fuego, de construir las armas, de cazar y de pescar. Más tarde, encolerizado por alguna mala acción de los hombres, el Gran Espíritu les abandonó y retornó al Cielo, en donde tiene su morada.

Esta es, poco más o menos, una leyenda que se encuentra difundida generalmente entre los pueblos que creen en el Gran Espíritu y que han transmitido por tradición oral desde tiempos remotos sus lejanos ante-

pasados. Otra característica que acompaña siempre la creencia en el Gran Espíritu es la admisión de una segunda vida, lo que lleva aparejado el culto a los muertos con sus ceremonias más o menos complejas. La segunda vida es, para estos hombres, algo difícil de explicar y se las ingenian para hacer más palpable este misterio con descripciones de un Paraíso y de un Infierno que se amolden a su peculiar mentalidad. Así, para muchos pieles rojas, el Paraíso es una hermosa pradera que conocen con el nombre de «el país de las cacerías eternas». Su mentalidad de hombres cazadores les hace concebir el Paraíso como la culminación máxima de sus aspiraciones terrenales. Mahoma, buen psicólogo y conocedor del carácter de los árabes, prometerá un Edén repleto de placeres sensuales, servido por hermosas huríes, que son el equivalente musulmán de las walkirias del Walhalla, o el Cielo de los primitivos escandinavos.

Pero el examen del monoteísmo primitivo tropieza con dificultades bastante serias. Resulta difícil saber, en muchos casos, hasta qué punto una práctica que aparece como politeísta, en el culto de los ríos, montañas o nubes, no responde a una adoración de un único principio representado en aquellas formas materiales. Al igual que los cristianos veneran sus diversas imágenes, que responden a una idea única, es probable que muchos salvajes hagan lo propio con los elementos naturales, como expresión de una voluntad de adoración del Gran Espíritu creador de todo lo existente. Por eso no es siempre fácil deslindar la frontera de las creencias animistas y monoteístas, siendo estas últimas, sin embargo, superiores en el orden espiritual, por requerir una mayor capacidad mental y de abstracción en el hombre.

Esta es la razón por la cual, prescindiendo de las formas monoteístas que existen en la actualidad y dejando a un lado el examen de los primitivos actuales, vamos a entrar de lleno en el estudio de las formas históricas conocidas de monoteísmo que se inician, precisamente, con la religión del pueblo hebreo, creyente en un Dios Unico, al que denominan Jehová o Yahvé.

Contrastando con el arraigado paganismo de los vecinos pueblos orientales, las hebreos se distinguieron por haber abrazado, desde sus comienzos, una forma de religión infinitamente más elevada, pura y espiritualista que las de los pueblos vecinos. Los hebreos no practicaron cultos sangrientos, como era común en Fenicia, ni ceremonias colectivas de libertinaje, tan frecuentes en todo el Asia Anterior y, en contraste, aceptaron un código de normas (Decálogo), de profundo contenido ético.

La religión hebrea es importante, por otra parte, por ser la iniciadora del gran tronco monoteísta de las religiones históricas. De este tronco común surgirá el Cristianismo, que remozará con savia nueva el tronco del Viejo Testamento. Y unos siglos más tarde Mahoma, aglutinando elementos judíos, cristianos y de otras procedencias, predicará la última forma histórica del monoteísmo: la religión islámica.

Véase con ello la importancia capital de las creencias hebreas desde el punto de vista de la historia de las religiones. Al paganismo grosero se opone, por vez primera, un sistema ético y monoteísta de indiscutible elevación; y por esta puerta abierta entrará el Cristianismo, que se dividirá en ramas bastardas nacidas de la herejía y, mucho más tarde, en la escisión de las sectas protestantes, separadas de la Iglesia de Roma. Pero el tronco común y el origen monoteísta procede, precisamente, de la religión que Yahvé reveló al pueblo hebreo.

Estas formas monoteístas son, junto con el budismo, las más extendidas actualmente en el globo. El Cristianismo, el Budismo, el Islamismo y el Judaísmo son los grandes brazos religiosos en los que la Humanidad se halla dividida. Son grandes troncos que, a decir verdad, tienen hoy mucho en común. La creencia en la otra vida, con premios y castigos para los hombres, la afirmación de unos postulados éticos y de unas formas de culto esconden, bajo ropaje diverso, una común aspiración universal, manifestada desde la aparición del hombre sobre la Tierra.

Por ello, y dada su capital importancia, examinaremos a continuación estos grandes troncos monoteístas,

sin detenernos en las ramas que se desgajaron más tarde, sectas, herejías o cismas, puesto que lo importante, en el plan de esta obra, es mostrar la evolución del hombre situado ante unas fuerzas naturales, ante unos designios desconocidos y enfrentándose angustiado con el interrogante de su propio destino. Las respuestas que ha dado el hombre a sus enigmas a través de la historia han sido de orden mágico primero, animistas y politeístas más tarde, para concluir en una forma más elevada y espiritual de monoteísmo.

Los hebreos

Está universalmente admitido el hecho de que el primer pueblo histórico que se distinguió por sus creencias monoteístas fue el pueblo hebreo. La historia de este pueblo, por otra parte, nos resulta bien conocida por haber sido plasmada por escrito en un libro sagrado, la Biblia, y por haber sido corroboradas modernamente muchas de sus afirmaciones de orden histórico, gracias a los avances de la Arqueología y de las ciencias de la investigación histórica.

Se sabe que los hebreos pertenecen a una raza semita pura, consanguínea de los caldeos, asirios y fenicios. Su aparición en la historia aparece clara y comprobada hacia el año 2000 antes de nuestra Era, formando un pueblo nómada, que dirigido por el patriarca Abraham emigraba hacia las llanuras de Mesopotamia, hacia el país de Canaán, que es la tierra prometida en los textos bíblicos.

A partir de este momento, la historia del pueblo hebreo nos es bien conocida, tanto por los textos bíblicos como por la ulterior comprobación histórica. Se sabe que Moisés les acaudilló en su salida de Egipto y que las ciudades cananeas no pudieron ser ocupadas hasta que aquel colosal imperio entró en decadencia (año 1200 a. de C.). Los israelitas lucharon con los pueblos vecinos, edomitas, medianitas, amonitas y amalecitas, y hacia el año 1205 (a. de C.) Samuel ungió a Saúl, como primer rey de Israel.

Tras un período histórico de apogeo, en el que descuella el reinado del monarca Salomón (970-935 antes de Jesucristo) que recibía las fabulosas riquezas que le traían los mercaderes fenicios de otros países, se produce una escisión y el reino se divide en dos. Al norte queda Israel, que recibirá la influencia de los pueblos vecinos, en particular de Fenicia, y corromperá sus primitivas creencias religiosas, pese a las advertencias y amonestaciones de los profetas. Al sur queda el reino de Judá, que mantuvo más pura la tradición religiosa. Las luchas intestinas que enfrentaron a los dos reinos israelitas les debilitaron hasta el punto de que acabaron por ser presa fácil para los asirios. Nabucodonosor sitia y destruye Jerusalén, capital de Judá, en el año 586 antes de J. C., y su población es deportada a Babilonia, en donde sufrirá un rudo cautiverio. Roma acabará por incorporar el país al gran imperio mediterráneo, integrándola como provincia siria.

Hasta aquí el esquema histórico de la vida de un pueblo, que si bien es cierto poco aportó a la historia del arte o de la ciencia primitiva, su aportación de orden religioso sería trascendental para el futuro de la civilización.

Las creencias del pueblo hebreo están plasmadas, al igual que su historia, en el conjunto de libros denominados Biblia (que en griego significa «libro de los libros»). El núcleo original de la Biblia es atribuido a Moisés, que vivió en el siglo XV antes de nuestra Era, y que es el autor, directo o indirecto del llamado *Pentateuco* (en griego, «los cinco libros»), compuesto por el *Génesis, Exodo, Levítico, Números* y *Deuteronomio.* La Biblia no forma un libro unitario, sino que es una compilación de textos de diferentes épocas y autores, que ha dado lugar a una extensísima polémica entre teólogos, historiadores y eruditos eclesiásticos. Para resumir las disquisiciones a que han dado lugar los textos bíblicos, diremos que fue en 1546 cuando el Concilio de Trento acordó que los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento contenidos en la versión denominada *Vulgata* y traducida al griego por san Jerónimo

han de considerarse auténticos y de inspiración divina. El Concilio Vaticano I ratificó esta decisión en 1870.

Para el pueblo hebreo importa, no obstante, el estudio del Antiguo Testamento, ya que el Nuevo Testamento carece para los israelitas de valor religioso, por considerar a Cristo como un impostor y a la doctrina cristiana como una herejía desprendida del tronco de la religión hebrea primitiva.

Los libros que forman el conjunto de la Biblia tienen un carácter variable. Los hay de intención histórica, como el Génesis (que narra el origen del mundo). Otros contienen las normas jurídicas que regían la vida de los israelitas, como el Levítico, o libro de los sacerdotes, ya que eran éstos los que administraban la justicia. Otros tiene un contenido profético, como los de Isaías y Jeremías y otros tienen carácter poético como el Cantar de los Cantares, atribuido al rey Salomón y cuya autenticidad se discute.

Del examen y estudio de estos libros puede desprenderse el núcleo doctrinal que formaba las creencias del pueblo hebreo. Contrastando con el politeísmo tan difundido entre las civilizaciones asiáticas y con sus cultos sangrientos y orgiásticos, el pueblo hebreo destacó por sus creencias infinitamente más puras y elevadas. Los hebreos creyeron desde el principio en la existencia de un solo Dios, autor de todo lo creado, y que ellos denominaban El o Elohin (dios), Jehová o Yahvé (el Ser por excelencia). Este Dios hebreo se distinguía además de los restantes dioses orientales por su carácter inmaterial, aunque pudiera tomar aspecto humano para comunicarse con los hombres. El Dios de los hebreos no tenía templos ni imágenes labradas en madera, marfil o piedra, y la prohibición expresa de fabricar imágenes ha de relacionarse con el peligro de caer en la idolatría, como ocurría en los países vecinos. Cuando los dioses de un pueblo asiático eran destruidos por conquista u ocupación militar, o cuando los templos eran derruidos, las gentes apegadas al sistema politeísta interpretaban que la divinidad había perecido y al viejo culto sucedía la veneración de un dios nuevo, importado por el vencedor por la fuerza de las armas. Con los

hebreos jamás sucedió nada parecido. Su Dios era inmaterial y por ello mismo su esencia era indestructible, imperecedera. La construcción de imágenes de madera, piedra o metales preciosos era innecesaria, porque el Dios de Abraham estaba presente en todas partes, aunque fuera invisible a los hombres, protegiendo a su pueblo escogido en todos los trances históricos.

El Dios de los hebreos legó a Moisés, en el monte Sinaí, una serie de preceptos morales que se conoce con el nombre de «Decálogo» (en griego, «diez leyes»), para que lo transmitiese a su pueblo, como normas de conducta y leyes religiosas que debían ser respetadas en todo tiempo y lugar. Estos preceptos forman la esencia misma de unos imperativos éticos que permiten juzgar la superior elevación y categoría de las creencias de aquel pueblo, comparadas con la religión caldea, fenicia o egipcia. Pero, como es bien sabido, el pueblo escogido no siempre siguió los preceptos que dictara Yahvé o Moisés en el monte Sinaí. La influencia de las religiones paganas vecinas, el desaliento y la falta de fe, así como la corrupción de las costumbres dieron lugar a una serie de episodios en los que la voz de Dios tuvo que manifestarse directamente, o a través de los profetas, para amonestar, corregir o advertir el desvío religioso del pueblo. Yahvé había arrasado en una ocasión las ciudades de Sodoma y de Gomorra, focos de perversión y de vicio; en otra ocasión el Diluvio fue un castigo de colosales dimensiones que advirtió a los hombres de los extremos de la cólera del Señor. Pero el pueblo escogido, a pesar de las advertencias, padecerá momentos de flaqueza y adorará al becerro de oro, pisoteará las creencias y se apartará en varias ocasiones del camino trazado por Yahvé. Entonces entrarán en acción los profetas, hombres que levantarán su voz en defensa de la pureza de la religión, y que anunciarán castigos y maldiciones al pueblo descarriado. Los profetas aparecen, históricamente, durante la opresión de los filisteos, pero su importancia crece en el momento en que se produce el cisma y la división política. Entre los más notables estan: Elías, jurista de Israel; Isaías, de Judá; Amós, de origen humilde; Jeremías,

fallecido en Egipto; Ezequiel y Daniel. La figura de Isaías revestirá especial importancia por ser el anunciador de la futura llegada del Mesías sobre la Tierra.

El pueblo hebreo, asentado en Palestina, seguirá practicando su religión primitiva durante la dominación romana y en Jerusalén se alzará un hermoso templo consagrado al Señor y servido por el sumo sacerdote, custodio del Arca de la Alianza (1). La llegada de Cristo al mundo no será interpretada como la aparición del Mesías anunciado, ya que las autoridades religiosas judías adivinaban en el mismo una figura de importancia política y material, que impulsase y elevase la condición puramente nacionalista de aquel pueblo. El Cristo nacido en un pesebre y predicando la humildad no convenía a los propósitos nacionalistas y políticos del Sanedrín y de los jerarcas hebreos, que continuarán esperando la llegada de su Mesías hasta el fin de los siglos. En consecuencia, los hebreos seguirán estudiando e interpretando el Antiguo Testamento, y de esta dedicación teológica surgirá una literatura rabínica, de carácter teológico y apologético, en libros que comentan la Ley Antigua, como son el Talmud y la Cábala. Esta tradición teológica no morirá y en España, durante el siglo XI, florecerán claros talentos hebreos, como Yehudá Haleví, natural de Toledo y autor de el *Kuzarí*, obra en defensa de su religión.

Pero la suerte del pueblo judío no será muy halagüeña. En el año 66 se sublevan en armas contra el imperio romano; Vespasiano inicia la campaña contra ellos y su hijo Tito la concluye con la dantesca y famosa destrucción de Jerusalén, en la que el antiguo templo fue reducido a escombros, hasta el punto de no quedar «piedra sobre piedra», como profetizaron las escrituras. Una nueva sublevación de los judíos, pueblo

(1) El Arca de la Alianza era una caja fabricada de madera de acacia y recubierta de oro, en la que se conservaban unas tablas del Decálogo, entregadas por Dios a Moisés en el monte Sinaí. Primero estuvo en el tabernáculo y, finalmente, fue guardada en el templo de Jerusalén.

ardientemente nacionalista, es aplastada por Tito (132-135) y los judíos castigados con la dispersión universal.

El pueblo judío, tan maltratado por la historia, sufrirá las consecuencias de la dispersión durante bastantes siglos. Pero en tierras extrañas, en Praga, en Varsovia, en Toledo, en París o en Nueva York seguirán viviendo unidos, formando sus barrios o *ghettos*, y cuando esta unión material no se produzca existirá otro vínculo superior, el vínculo que nace de la comunidad del idioma y de las creencias religiosas, que hará que los judíos, dispersos sobre la capa de la Tierra, se reconozcan como hermanos de lengua y de espíritu, que practicarán sus ceremonias sabatinas en las sinagogas y leerán con respeto y devoción las páginas del Antiguo Testamento. Las páginas que abrieron la luminosa puerta del monoteísmo en la historia de las civilizaciones.

El cristianismo

En los confines del imperio romano, en la provincia de Judea, nació el año 6 ó 7 de nuestra Era el Mesías que había anunciado el Antiguo Testamento, en diversas ocasiones por boca de los profetas. El acontecimiento, en apariencia, es minúsculo. Tan sólo unos pastores y tres reyes magos llegados del Oriente acuden a Nazaret, cuna del que será «Cristo» (en griego, «Ungido»), para rendirle adoración. Un buey y una mula, según es tradición, rodean su cuna y calientan el cuerpecito con su vaho. El acontecimiento, que en apariencia es trivial e intrascendente, va a tener unas repercusiones universales y los treinta años de vida de Jesús de Nazaret legarán al mundo una herencia espiritual de incalculable trascendencia como portador y emisario de la Revelación del Dios Padre y como víctima redentora de los pecados del género humano.

El acontecimiento tiene además otras vertientes de un gran interés histórico. El imperio romano es, en estos momentos, un gigantesco coloso, pero un coloso con los pies de barro. Roma ha asimilado la mitología

de procedencia griega, pero la situación religiosa de la metrópoli es inquietante. El pueblo romano, que ha perdido la fe en sus dioses, está importando las extrañas deidades de Oriente y se afilia a sus cultos secretos y misteriosos. Y aunque Augusto, con sus edictos, trate de restaurar la pureza religiosa, no podrá impedir que Isis, Serapis y Mitra, con sus ritos exóticos e inquietantes, se establezcan y arraiguen en la metrópoli. Por otra parte el Imperio, con su fausto y su esplendor, ha apoyado su poderío comercial y económico en la explotación inhumana de grandes masas de esclavos, que se compran y venden en los activos centros mercantiles del Imperio. El esclavo, para los romanos y para los orientales, no pertenece a la categoría de ser humano y puede ser explotado como si fuera una bestia. Los legisladores romanos, famosos por su sabiduría y prudencia, han dado cabida en sus leyes a esta monstruosa condición jurídica del hombre, aunque no falten voces justas, como la de Cicerón, condenando este estado de cosas. El imperio romano, soberbio y orgulloso, está asentado en unas arenas movedizas que provocarán su caída.

Entretanto en Palestina, el Mesías, que ha escapado milagrosamente a la matanza decretada por Herodes, ha iniciado la predicación de una doctrina nueva, espiritualista, prolongando y revisando los preceptos del Antiguo Testamento, para hacer de unas creencias nacionalistas una religión de carácter universal, en el espacio y en el tiempo. Cuando le preguntan sus seguidores quién es, Jesús responde que es el Hijo de Dios. Unos lo escuchan incrédulos encogiéndose de hombros, otros se alejan pensativos e intrigados y otros, por fin, deciden seguirle en el camino de la predicción y del ejemplo. Estos elegidos serán los Apóstoles, depositarios y custodios de la religión revelada por Dios a los hombres.

De la vida, hechos, sermones y prodigios de Jesús ha quedado constancia escrita en los cuatro Evangelios de san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan, que forman el núcleo principal del llamado Nuevo Testamento. De su condena, suplicio, agonía y resurrección consta

testimonio en estos mismos libros. Veamos, pues, cual es el significado religioso e histórico de la predicación y hechos del Mesías (1).

Jesús ha predicado una nueva religión que rebasa los particularismos del Antiguo Testamento para prolongar universalmente un sistema de creencias, desprendidas de circunstancias momentáneas y locales. Jesús ha tomado el Decálogo del Sinaí y ha precisado los límites de sus mandatos. Jesús ha indicado que su Iglesia no es pasajera ni temporal y ha puesto en Pedro, primer pontífice, la primera piedra de un edificio universal. Al severo Dios de Abraham, Jesús opone una religión basada en el amor, el desprendimiento y la caridad. Al privilegio del pueblo escogido, Jesús opone que en el Reino de los Cielos no hay pueblos ni razas escogidas. Pero la doctrina de Jesús ha de chocar, forzosamente, con las creencias admitidas y establecidas hasta entonces, porque Jesús también tiene un rostro severo, y este rostro aparece, por ejemplo, en la expulsión de los mercaderes del templo, o cuando increpa a los fariseos calificándolos de «sepulcros blanqueados». Por esto el aspecto revolucionario, en el orden religioso y moral, de la nueva doctrina no puede escapar a nadie y explicará con claridad la condena y crucifixión, final consecuente de quien se atrevió a echar en cara la hipocresía, la bajeza, la corrupción y la maldad de algunos hombres poderosos, jerarcas religiosos del pueblo hebreo.

Cristo, como figura histórica, tiene una grandeza conmovedora y una talla espiritual que no puede ser por nadie negada. Es cierto que su figura, tan universalmente conocida, ha sido falseada con excesiva frecuencia; presentándola en forma que no corresponde

(1) Los libros que componen el conjunto bíblico denominado Nuevo Testamento son los siguientes: los cuatro Evangelios; los Hechos de los Apóstoles; las catorce Epístolas (o cartas) dirigidas por san Pablo a los fieles, con recomendaciones, exhortaciones y enseñanzas; la Epístola de Santiago; las dos Epístolas de san Pedro; las tres Epístolas de san Juan; la Epístola de san Judas y el Apocalipsis de san Juan.

a la verdad de los hechos y adaptándola a fáciles y cómodos convencionalismos. Jesús era un hombre pobre, que recorría la región de Judea, polvorienta y asaeteada por el sol. Vivía de los alimentos que le ofrecía la caridad de las gentes y dormía en donde podía, al borde de un camino o refugiado en un establo. Sin embargo, el arte suele representarlo en todas partes, pulcro y peinado, con las vestiduras inmaculadas, erguido, con una cierta inmovilidad, como si estuviera despegado de este mundo y deslizándose por el aire. De esta forma se disminuye, en verdad, la altísima categoría de quien fue pobre y quiso vivir entre los pobres, de quien no rehuyó las miserias humanas, las enfermedades y el dolor y que fue martirizado y clavado en una cruz. La grandeza de Cristo reside, precisamente, ahí, y no en sus representaciones etéreas y lejanas.

Cristo ha dejado la semilla de su doctrina entre los doce Apóstoles, quienes van a ser los encargados de difundir por todo el mundo la Revelación divina. Aquéllos, ayudados por siete diáconos o ministros, iniciaron su labor apostólica por las comarcas cercanas a Jerusalén. Pero la conversión de Saulo, que cambió su nombre por el de Pablo ayudó a difundir la nueva doctrina por el Asia Menor y Grecia, dando un nuevo impulso a la predicación.

El Cristianismo se fue difundiendo por el imperio hasta llegar a Roma, en donde se produjo el auténtico choque entre la sociedad pagana y esclavista y la nueva doctrina. Es natural que la predicación cristiana comenzase arraigando en las clases humildes, entre los esclavos, para los que era la religión de la Libertad. Para los afligidos, los enfermos y los menesterosos la nueva doctrina ofrecía una segunda vida, mucho más prometedora que la terrena. Estas circunstancias históricas contribuyeron, sin duda, a incrementar el auge de la expansión cristiana, en unos momentos en que la descomposición del imperio iba haciéndose cada vez más patente. Los extranjeros residentes en Roma, muchos de ellos de origen asiático, se afiliaron al Cristianismo, como bandera de oposición al imperio despótico y tambaleante.

La reacción oficial llegó, naturalmente, en forma de persecuciones. En un principio la nueva religión fue considerada como poco inquietante y comprometedora para el imperio; pero más tarde, visto el incremento que adquiría aquella religión llegada de Oriente, se decretaron las famosas persecuciones, acompañadas de destrucción de templos y de quema de libros sagrados. Las persecuciones fueron intermitentes y obligaron a los cristianos a buscar refugio en las catacumbas, verdaderas ciudades subterráneas en las que se reunían los adeptos de la nueva religión para celebrar sus actos de culto.

La persecución de Diocleciano, que fue muy violenta, cerró el capítulo de las represiones. En el año 313 Constantino publica el Edicto de Milán, en el que se reconoce legalmente al Cristianismo y se establece un régimen de tolerancia. A partir de este momento se inicia la bancarrota del paganismo, mientras la nueva Iglesia se va afianzando, tras el duro aprendizaje sufrido en la clandestinidad. Las ciudades más importantes van convirtiéndose paulatinamente en sedes episcopales, y sobre todas ellas destaca la de Roma, en donde se asentará la cabeza visible de la Cristiandad, como sede de la más alta jerarquía de la Iglesia.

Los primeros años del Cristianismo son años de lucha. Son años de conquista y de combate; de combate contra los filósofos y escritores paganos y de lucha contra las primeras herejías, esto es, las primeras desviaciones doctrinales surgidas del común tronco de la Iglesia. Los hombres que defendieron la pureza de la fe contra sus enemigos se denominaron Padres de la Iglesia. Los padres latinos, u occidentales, fueron Tertuliano, Ambrosio, Cipriano, Lactancio, Jerónimo y Agustín y los padres griegos, u orientales, Orígenes, Iregorio, Basilio, Crisóstomo y Atanasio.

El paganismo sufrió un golpe de muerte cuando el emperador Teodosio cerró definitivamente los últimos templos paganos, prohibió los sacrificios, incluso los domésticos, y destruyó la colosal estatua de Júpiter en Alejandría.

A partir de este momento los enemigos del Cristia-

nismo naciente no son ya los paganos, sino los herejes, con sus libres interpretaciones de los textos sagrados o de los hechos históricos, que ponen en peligro la unidad de la Iglesia. Se inicia entonces una polémica teológica continuada a través de escritos apologéticos y de Concilios. El momento es grave, pues se está poniendo a prueba la unidad y solidez de la nueva Iglesia cristiana. Entre estas herejías destacaron algunas especialmente arraigadas, como la del Arrianismo, fundada por Arrio, presbítero de Alejandría, que negaba la naturaleza divina de Jesucristo, de donde la Virgen María no debía ser llamada madre de Dios (*Teótocos*), sino madre de Cristo (*Cristótocos*), como concluyó Nestorio. El Arrianismo fue condenado en el Concilio de Nicea (325). El Adopcionismo también negó la naturaleza divina de Jesucristo, al que consideraba como hijo adoptivo de Dios. Los monofisitas afirmaban, en cambio, que la naturaleza humana de Cristo fue absorbida por la divina. Prisciliano, obispo de Avila, se anticipó a la exigencia protestante de la libre interpretación de las Sagradas Escrituras y fue decapitado en Tréveris (385). El Maniqueísmo, fundado por Manes, retomaba elementos de la religión persa al afirmar la existencia de dos principios, el principio del Bien y el principio del Mal. El monje Montano, fundador del Montanismo, predecía la venida al mundo del Espíritu Santo, para formar una nueva Iglesia. El monje irlandés Pelagio, fundador del Pelagianismo, negaba el pecado original y afirmaba que el hombre podía alcanzar el Cielo con sus propias fuerzas, sin intervención de la gracia divina.

Es fácil imaginar cómo se desarrolló la encarnizada polémica teológica en unos momentos en que se ponía a prueba la unidad de una Iglesia recién nacida. La batalla contra las herejías fue larga y dejó cicatrices en el cuerpo de la joven Iglesia cristiana. Lo cierto es que del común tronco cristiano no cesarán de señalarse escisiones durante toda la Edad Media. Al cisma oriental, que escindió a la Iglesia en dos ramas, la Iglesia Latina y la Iglesia Oriental, seguirá en gravedad el cisma protestante, iniciado en los albores mismos de la Edad Moderna con la predicación del monje agustino

Martín Lutero. No obstante, y a pesar de sus diferencias, lo cierto es que todas las iglesias surgidas del común tronco cristiano tienen más elementos en común que dispares, lo que justifica los esfuerzos que van incrementándose cada día más en todo el mundo, patrocinados por el Vaticano, para unir a todos los creyentes en Cristo en una sola familia. Parece ser que uno de los desvelos del actual papa de Roma, Pablo VI, es el reconciliar y reunir en un solo rebaño a las dispersas ramas de un tronco que se alimenta de la misma savia, la savia de la Revelación divina, que caracteriza con su particularísimo sello estas religiones universales. Esto es, precisamente, uno de los puntos más importantes que se ofrece al historiador contemporáneo de las religiones, como cuestión candente puesta en el tapete de la controversia y de la reflexión.

El islamismo

Una ojeada histórica realizada en el siglo VII sobre la península de Arabia habría causado la impresión, sin duda, de que aquel país pobre y arenoso, inhóspito y castigado por el sol y habitado por tribus nómadas en perpetuo estado de guerras intestinas, no habría de tener ningún papel histórico relevante que desempeñar en el futuro inmediato del mundo. Y sin embargo, Arabia, y sus tribus beduinas, iban a ser un factor importante en la historia universal, gracias a la actuación de un hombre prodigioso, nacido en la ciudad de La Meca, en el año 570 de nuestra Era.

Mahoma fue hijo póstumo de Abdallah y perdió a su madre cuando contaba sólo seis años, siendo entonces recogido por su abuelo. Se sabe de él que antes de iniciar su período de predicación religiosa había estado caravaneando por el desierto y que se casó con la viuda de un rico comerciante, con la que tuvo varios hijos, pero dejando descendencia únicamente en su hija Fátima.

Por aquel entonces Mahoma sentía ya inclinación hacia las discusiones religiosas y practicaba, como to-

dos los beduinos, la adoración de las piedras, en especial de la Kaaba, piedra negra de origen meteorítico, que era venerada en la ciudad de La Meca. Se honraban por aquel entonces en Arabia otras deidades provenientes del paganismo oriental y existían también núcleos de judíos, pero los beduinos habían olvidado, desde hacía muchos años, su primitivo y patriarcal monoteísmo bíblico. Pero las reminiscencias bíblicas quedaban y prueba de ello era la generalizada creencia de que la Kaaba era una piedra santa por haber reposado sobre ella la cabeza de Sara, hermanastra y esposa de Abraham.

Hacia los cuarenta años Mahoma comenzó a sentir la divina inspiración y, tímido todavía, confió sus revelaciones a su esposa, hablándole del Unico Dios Verdadero y de la existencia de otro mundo, con premios y castigos para los hombres que los hayan merecido por su conducta terrenal. Las revelaciones de Mahoma venían, según él, por intermedio de un ángel que le había elegido como profeta, siendo Adán, Noé, Abraham, Moisés y Jesucristo sus predecesores en la predicación de la nueva religión.

Mahoma hizo sus primeros adeptos entre sus familiares y amigos, formando con ellos un grupo selecto que escuchaba con entusiasmo sus palabras. Pero la mayor parte de los habitantes de La Meca lo tomaron por un loco o un impostor, y seriamente amenazado, Mahoma tuvo que huir a Yatrib, cuyo nombre fue después cambiado por el de Medina. La llegada a Medina el 20 de setiembre del año 630 marca una fecha histórica en el calendario musulmán. El año 630 será adoptado por los mahometanos como el año primero de su Era, al igual que los cristianos han hecho con el nacimiento de Jesús, de forma que son seiscientos treinta los años que separan la cronología árabe actual de la cristiana.

Mahoma recitaba unos versículos que él decía le eran revelados por Dios (Alá), a través de un ángel. Los habitantes de Medina, más crédulos, aceptaron sus predicaciones y la fama e influencia de Mahoma fue creciendo. Con aguda visión política, Mahoma explotó

entonces las rivalidades políticas entre La Meca y Medina, hasta lograr que La Meca cediese y el tráfico de caravanas hacia aquella ciudad se reanudase normalmente. Mahoma impuso además la peregrinación anual al santuario de La Kaaba y entró triunfalmente en la ciudad de La Meca.

En La Meca se estableció pues el culto al Dios Unico, mezclando esta base monoteísta con ingredientes de la religión judía, cristiana y propios de la tradición local. Esta mezcolanza, destinada a hacer más visible y atractiva su religión, consiguió los objetivos propuestos. Al año siguiente Mahoma envió mensajeros a Heraclio, Tai-Tsung, Kavadh y a otros lugares para que difundieran su nueva predicación.

Mahoma establece la creencia de un Dios Unico, Alá, del cual él es el profeta que ha recibido la revelación. El patriarca Abraham y Jesucristo han sido sus precursores en la tierra. «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta». Partiendo de este principio, Mahoma predica una religión de unidad nacional y de combate: «Dios es uno, todopoderoso y justiciero. No una fría y remota abstracción, ni una imagen inmóvil tallada en piedra o mármol, sino un Dios vivo, el Rey de los reyes y el Señor de los señores. El os ha elegido como ejecutores de su voluntad y campeones de su fe. El os ha llamado para triunfar sobre los infieles en este mundo y os destina un paraíso eterno en el otro.» Es fácil imaginar que la promisión de un Paraíso —el Edén—, visto con los ojos sensuales de aquellos hombres, habría de ayudar grandemente a la difusión de la doctrina. Mucho más si añade Mahoma que el Edén está reservado para los que luchan en defensa de la fe y en favor de la expansión islámica. El Edén, con sus hermosas y generosas huríes, es una de las piedras fundamentales de la religión islámica. Del infierno, en cambio, apenas habló Mahoma.

Con su predicación, Mahoma aglutinó a las tribus beduinas y creó la unidad espiritual islámica, a la que habría de corresponder la unidad material y la expansión política. La religión de Mahoma tiene unos aspectos prácticos que habrían de conquistar el corazón de

los hombres, como es la aceptación de la poligamia. Por otra parte sus preceptos religiosos no son ni rígidos, ni severos, y se amoldan bien a la psicología de su pueblo. Su doctrina impone la oración, que debe efectuarse cinco veces al día, precedida de abluciones y orientando la cara hacia La Meca. Prescribe el ayuno en el mes del Ramadán y establece la prohibición de comer carne de cerdo y beber vino. Ordena también, Mahoma, la peregrinación a La Meca, por lo menos una vez en la vida, y la Guerra Santa contra los infieles.

Estos preceptos religiosos se hallan contenidos en un libro sagrado, el *Corán*, o *Alcorán* (esto es, «lectura por excelencia»), que contiene las leyes divinas y humanas, siendo a la vez texto sagrado y código civil y penal, y que ha sido escrito o inspirado por el propio Mahoma.

Los últimos años de la vida de Mahoma fueron años de placidez y de victoria. Unificada la península arábiga, se casó el profeta con varias mujeres y dictó el texto del Corán. Murió, víctima de la fiebre, en Medina el año 632. Su vida fue ciertamente breve, pero no por ello menos intensa y agitada.

Examinando el Corán para analizar el núcleo doctrinal de sus preceptos, y prescindiendo de su extraordinaria belleza poética y literaria, salta a la vista la mezcla de ideas nobles y profundas, con la aceptación, oportunista y fácil, de ideas groseras y bárbaras, como son la admisión de la poligamia y de la esclavitud. Esta mezcla de lo noble y de lo rastrero fue, parece ser, una de las características del temperamento de Mahoma, que participó, a la vez, de nobles convicciones y de astutas artimañas para conseguir sus ambiciones. Los historiadores, que han discutido largamente la personalidad de este predicador, parecen haberse puesto de acuerdo en este punto. Ello le valió, no obstante, unificar y aglutinar a su pueblo y preparar la expansión islámica por todo el Oriente e incluso por Europa.

La doctrina islámica no permaneció rígida e inmutable, sino que, incluso en vida de Mahoma, trató de amoldarse y tornarse lo más práctica posible. La limosna, por ejemplo, que había sido en principio decla-

rada como obligación dejada a la voluntad del creyente, pasa luego a ser minuciosamente reglamentada. La danza y el baile fueron considerados prohibidos hasta la llegada del imperio Abbasí. Sin embargo, en líneas generales, el núcleo doctrinal original será respetado, aunque no falten luego los cismas y las escisiones en sectas.

A la muerte de Mahoma comenzaron a plantearse los problemas de la sucesión, como jefe político y religioso de la comunidad islámica. Este título de Califa, jefe supremo del Islam, recayó en Abu-Beker, suegro y colaborador de Mahoma, aunque a ello se opuso Alí, primo de Mahoma y esposo de Fátima. Lo cierto es que los nuevos califas Abu-Beker, Omar y Omán cumplieron los designios del Corán y llevaron su religión, con la fuerza de las armas, a Siria, a Persia, a Egipto y al norte de Africa. La expansión meteórica del Islamismo es, sin lugar a dudas, uno de los fenómenos más interesantes de la Edad Media y acabará por producir la reacción cristiana en forma de unas Cruzadas guerreras.

Pero las disgregaciones, doctrinales y políticas, se han iniciado ya y darán lugar a luchas intestinas entre los partidarios de la sucesión hereditaria del califato y los de la sucesión electiva. Los sunnitas, que representan la rama ortodoxa, reconocen a Abu-Beker, Omar y Omán como los únicos y legítimos sucesores de Mahoma. En el terreno doctrinal otorgan el mismo valor al Corán que a la tradición oral conservada de la vida, hechos y predicaciones de Mahoma. Los chiitas (o xiitas) se enfrentan con la ortodoxia y rechazan la tradición (sunna), para aceptar solamente el Corán. Sólo reconocen a Alí, primo y yerno del profeta, como legítimo descendiente de Mahoma, y como jefe religioso (Imán). El último descendiente de Alí desapareció misteriosamente, probablemente asesinado, pero los chiitas afirman que el último Imán aparecerá montado en un caballo blanco en el transcurso de la historia, como redentor del mundo. Esta secta arraigó especialmente en Persia, en donde es costumbre tener un corcel blan-

co ricamente ensillado en las caballerizas reales, en espera de la llegada del último Imán.

De la discusión teórica de los muftís (jurisconsultos) también surgieron las discrepancias y las herejías. Así nació el Sufismo, rama desgajada del tronco islámico, que tomó elementos idealistas de la filosofía de Platón y de las corrientes indias. El sufismo profesa ideas emanantistas y panteístas y practica la ascética, con ejercicios de autohipnotismo.

Pero aunque las primitivas creencias se corrompan y el Islamismo se desgaje en ramas laterales, lo cierto es que el milagro de la unidad y de la expansión islámica se ha producido ya. Mahoma hizo de unas tribus indolentes y desunidas un colosal imperio aglutinado por unas creencias comunes de orden sobrenatural, y las diferencias surgidas más tarde no serán lo bastante fuertes como para romper este sentido de unidad y cohesión, que tienen todavía los pueblos que profesan el Islamismo. Dondequiera que se encuentren dos mahometanos, y aunque sus patrias de origen sean diversas, honrarán a su Dios, postrados en tierra, orando y dirigiendo su rostro hacia La Meca, expresando así la comunidad de sus creencias.

MANIFESTACIONES Y PRACTICAS RELIGIOSAS

Formas de culto: Oración, adoración y sacrificios

Entre todas las manifestaciones de religiosidad que pueden observarse entre los pueblos primitivos o actuales, la oración, la adoración y las ofrendas, sangrientas o no, ocupan lugar destacadísimo y son prácticas universales, en el espacio y en el tiempo, como formas típicas de honrar a una divinidad, de implorar sus favores o de solicitar el cumplimiento de un deseo.

En los monumentos egipcios son abundantes las escenas que reproducen ofrendas y oraciones hechas a la divinidad. Los papiros y textos conservados, por otra parte, nos han permitido conocer algunas bellas oraciones, como este himno al Sol, al dios Ra:

«¡Homenaje, a ti, oh Sol, dueño de la Verdad, señor de los dioses...! Eres tú el que atiendes a la plegaria del oprimido... Tú estás dotado de corazón para el que clama a ti; tú juzgas por igual al poderoso como al desgraciado...»

Hay que hacer notar que en Egipto, como en otras regiones, la adoración politeísta no iba dirigida directamente al objeto adorado. Esto es, de la misma forma que el fetichista no adora al objeto (fetiche), sino al espíritu en él representado, así el culto del cocodrilo o del cerdo significa el culto a la representación de un espíritu superior en ellos encarnado. Este significado de la adoración escapa muchas veces al observador, que cree hallarse ante un complicado sistema de politeísmo, cuando a veces un mismo dios recibe diversas formas, según las regiones o los usos. En Egipto, por ejemplo,

es probable que Ammón, Imhotep, Ptah y Osiris sean diferentes representaciones del mismo dios solar.

El Ptah de Menfis, el Num de las cataratas y el Tum de Heliópolis no diferían más que por su nombre local. Esta representación múltiple es un fenómeno religioso universal y pervive en el Cristianismo, con sus innumerables y variadas representaciones de la Virgen María o de Jesucristo, por ejemplo, que proceden de dos únicos e inalterables principios.

Las formas de culto entre los egipcios eran tan variadas como las representaciones de sus dioses. El culto de los animales era especialmente interesante. Herodoto explica que algunos cocodrilos eran tan pacíficos, que los sacerdotes les ponían brazaletes en las patas delanteras y joyas en las orejas. Herodoto, el gran historiador griego, ha dejado narraciones sorprendentes sobre la zoolatría egipcia. De los cocodrilos, Herodoto nos ha legado explicaciones del refinado trato que recibían estos animales en vida y del embalsamiento y momificación después de su muerte. En otra ocasión habla de un cocodrilo que habitaba en el lago Moeris y que era tan pacífico que no hacía ningún daño a los sacerdotes. «Nuestro anfitrión —escribe Herodoto—, gran personaje que nos enseñaba las cosas santas, cogió bizcochos, carne asada, una bebida mezclada con miel y nos condujo al lago... La bestia estaba echada en la orilla. Los sacerdotes se acercaron a ella; dos de ellos le abrieron la boca y un tercero le introdujo primero el bizcocho, luego la carne y, finalmente, la bebida. Entonces el animal se precipitó y nadó hasta la orilla opuesta. Habiendo llegado otro forastero con la misma ofrenda, los sacerdotes la recibieron igualmente, dieron la vuelta al lago, cogieron otra vez al cocodrilo y le hicieron aceptar del mismo modo la ofrenda de vituallas.»

Se sabe, por otra parte, que toda persona que hubiera perecido destrozada por un cocodrilo, tenía que ser enterrada por los sacerdotes del Nilo en una tumba sagrada, situada en el mismo lugar en que hubiera perecido. Ni amigos ni parientes podían tocar aquel cadáver, como si semejante muerte divinizara al desgracia-

do. Por tal razón los habitantes de Ombos llevaban el fanatismo al extremo de alegrarse si sus hijos eran devorados por cocodrilos.

Se ha señalado en otro capítulo que el gato y el escarabajo eran venerados en Egipto, lo que explica la fabricación de amuletos y sortijas con escarabajos, que aparecen también depositados sobre los cadáveres, e incluso dentro del pecho de los muertos. El gato era invocado con una curiosa oración:

«¡Oh, gato sagrado!, tu cabeza es la cabeza del dios del Sol. Tu nariz es la nariz de Thoth, el Señor dos veces grande de Hermópolis. Tus orejas son las orejas de Osiris que oye la voz de todos los que le invocan. Tu boca es la boca del dios Atmú, Señor de la Vida, que te ha preservado de toda mancha. Tu corazón es el corazón de Ptah, que te ha purificado de toda sensible mancha. Tus dientes son los dientes del dios Chusnú. Tus muslos son los muslos del dios Horus, vengador de su padre Osiris, que devolvió a Set el mal que había hecho a su padre.»

De la misma forma que en Egipto, las otras religiones orientales honraban a sus dioses con ofrendas, oraciones y sacrificios de diversa índole. Se ha escrito algo ya de los crueles sacrificios humanos, pero hay que hacer constar que no siempre los sacrificios de los pueblos orientales fueron tan crueles. Los caldeos honraban a sus divinidades con sacrificios de carneros, cabritos y bueyes y les invocaban rezando con la mano derecha levantada y la izquierda puesta sobre el pecho. De los fenicios se ha expuesto ya la crueldad de sus ceremonias religiosas. Baste añadir que los fenicios adoraban también a las piedras caídas del cielo, a los meteoritos.

El pueblo griego, cúspide de la civilización antigua, practicaba unas formas de culto más elevadas. A este respecto, el gran filósofo griego Platón, escribe: «Lo mejor que puede hacer un hombre virtuoso para la felicidad de su vida, es ponerse en continua comunicación con los dioses por medio de oraciones o de votos al principiar toda empresa, sea grande o pequeña.»

Los griegos no oraban de rodillas, sino puestos en pie o sentados. Cuando acudían a orar a los templos,

se purificaban antes con agua lustral, que no era más que agua corriente en la que se había apagado un tizón encendido. Aquella agua se guardaba en vasijas, que eran colocadas en el vestíbulo de los templos, en las plazas públicas y en las encrucijadas de las calles. La purificación con el agua lustral podía ser de manos o de todo el cuerpo. En este caso se frotaban el cuerpo con arcilla y salvado.

Los griegos invocaban con frecuencia a sus divinidades antes de emprender un viaje o antes de iniciar una tarea importante. Los pescadores no dejaban nunca de ponerse bajo su protección cuando salían al mar y les ofrecían en sacrificio el primer atún que cogían.

Los griegos acompañaban siempre sus oraciones con libaciones y ayunos. Las libaciones eran practicadas muy frecuentemente, en casi todas las horas del día: por la mañana, por la noche, en los sacrificios, en los casamientos, en los funerales y con ocasión de los pactos o contratos. La libación consistía en derramar por tierra, o en el fuego, licores, vino, agua, aceite o leche. En cuanto a las ofrendas, elegían viandas selectas y las quemaban en honor del dios. Los sacrificios eran muy complejos por el minucioso ritual. Los animales destinados al sacrificio eran inmolados al pie del altar y a continuación desollados. La grasa del animal era ofrecida íntegramente al dios, y por lo tanto era quemada en el altar. Las partes que los griegos consideraban más suculentas eran ofrecidas al dios. En Jonia y en el Atica, los festines de los sacrificios terminaban con la ofrenda a Mercurio de las lenguas de las víctimas, esparciendo libaciones sobre dichas lenguas en tanto que se asaban sobre el altar. Los griegos distinguían dos tipos de sacrificios: el «holocausto», cuando todo el animal era consumido, y la «hecatombe» (de *hekaton:* cien), cuando se sacrificaban cien cabezas de ganado, en especial bueyes.

En lo que respecta a los romanos, se sabe, por grabados y bajorrelieves, que oraban puestos en pie y utilizando el gesto universal de alzar los brazos y la mirada hacia el cielo, en actitud de imploración. La idolatría pagana hizo de cada dios un especialista. Por eso,

como escribe un autor, el romano que tenía que pedir favores al cielo debía informarse, ante todo, del dios especial en la materia, porque, según Varrón, «es tan necesario saber qué dios puede ayudarnos en determinado trance, como saber el sitio en que vive el panadero o el carpintero cuando necesitamos de ellos. Es, pues, necesario estar instruido de la competencia de cada uno —añade—, a fin de no imitar a los comediantes, que, para hacer reír, afectan pedir vino a las Ninfas y agua a Baco».

Esta comparación es ingeniosa e ilustra bien sobre la idiosincrasia de la religión romana. El creyente acudía al dios requerido en aquel caso, al especialista divino, para suplicarle o pedirle un favor. Entonces procedía a recitar determinada oración, guardando mucho la forma prescrita, como si dirigiera una instancia a un poderoso ministro de Estado. La religión romana, se ha dicho en otro lugar, estaba basada en el formalismo y en el interés, de lo cual se desprende fácilmente que la devoción fuera muy escasa. Otro ejemplo elocuente del formalismo de la religión romana se encuentra en el capítulo de las ofrendas y los sacrificios. En vez de inmolar a un animal, el romano se consideraba en paz con el cielo aplastando o quemando una figurilla de pasta o de cera en el altar del dios. Respetando la forma, el rito puramente externo, el romano consideraba que el dios debía estar satisfecho.

Esta característica de la religión romana se encuentra en el culto a los Césares, divinizados en sus palacios con altísimas prerrogativas, y en la importación de ritos y de deidades procedentes del paganismo oriental. La religión es, en Roma, eminentemente política, práctica e interesada.

Las formas de culto adoptadas por el brahmanismo hindú son también más formalistas que internas, nacidas antes de un ritual prescrito e impuesto que una convicción religiosa de orden íntimo. Ejemplos de ello pueden encontrarse en los libros sagrados, o *Vedas*, y en el *Código Manú*. La secta india de los yoghi, por ejemplo, establece unas minuciosas «Reglas de contemplación», cuyos pormenores sobrepujan todo cuanto pue-

da imaginarse. He aquí algunos extractos del *Código de Posturas Piadosas*, indicando las diferentes posiciones del cuerpo durante las ceremonias religiosas, especialmente indicadas para fieles que reúnan aptitudes contorsionistas:

«1.° Replegar las piernas de modo que las plantas de los pies queden apoyadas en los muslos.

»2.° Sentarse sobre los pies colocados en cruz, tobillo contra tobillo, y asir con cada mano el dedo pulgar de un pie.

»3.° Sentarse sobre el tobillo del pie izquierdo, colocar el codo izquierdo sobre la rodilla izquierda, extender los dedos y mirarse la punta de la nariz.

»4.° Sentarse sobre la planta de los pies cruzados.

»5.° Mantenerse en pie con el tobillo del pie izquierdo apoyado en el muslo derecho.

»6.° Sentarse sobre los tobillos de ambos pies, cogerse las plantas de éstos completamente con ambas manos, y permanecer inmóvil.

»7.° Sentarse sobre el tobillo izquierdo teniendo el del pie derecho inmediatamente debajo y sujeto con ambas manos.

»8.° Apoyar los dos codos en el vientre, colocar las manos en tierra, extender los pies y levantar la cabeza.»

La original regla del yoga recomienda, con objeto de identificarse o confundirse con la divinidad:

1.° Cerrar con el dedo pulgar la fosa nasal derecha y respirar por la izquierda (regla *puraka.*)

2.° Tapar las dos fosas nasales a la vez y respirar por la boca (regla *kumbhaka*).

3.° Obstruir con los dedos la fosa nasal izquierda y aspirar el aire con la derecha..., etc.

No resulta extraño ver penitentes guardando, durante jornadas enteras, estas extravagantes posiciones o apretando las uñas contra la carne hasta penetrarla, o practicando rituales faquires masoquistas, como es revolcarse sobre espinos, atravesarse las carnes o permanecer sobre una columna en incomodísima posición durante días.

El lamaísmo, herejía tibetana del budismo, es tam-

bién notable por sus curiosas formas rituales. La oración medular de los lamas, el *mani*, dice así: «Pueda la perfección hacerme absorber en Buda». Esta fórmula piadosa se encuentra en todos los labios de los fieles tibetanos y hasta es posible encontrar muros de ciento cincuenta o ciento ochenta metros de largo por dos de alto, literalmente cubiertos por esta plegaria. Por otra parte se afirma que el valor de la oración, aumenta según estén los caracteres escritos en rojo, en letras de plata o en oro. Se considera que una oración en rojo vale por ciento ocho escritas en negro.

Es curiosa, por otra parte, la forma en que se pronuncian las oraciones colectivas en los monasterios tibetanos. Ferdinand Nicolay las describe así en su *Historia de las creencias:*

«A la hora indicada, un lama o sacerdote tibetano se coloca delante de la gran puerta del templo y sopla con toda la fuerza de sus pulmones en un caracol marino. El sonoro ruido de dicho instrumento va a advertir a lo lejos a los lamas que la regla los llama a hacer oración. Estos toman entonces el manto y el sombrero de ceremonia y se agrupan en el gran patio interior... Vuelve a sonar el caracol marino y el Buda viviente (Dalai Lama) hace su solemne entrada en el templo. Así que se ha sentado sobre el altar todos los lamas dejan en el vestíbulo sus botas encarnadas y avanzan descalzos y en silencio. A medida que entran, van adorando al Buda viviente por medio de tres postraciones y luego se sientan cruzando las piernas.

»Tan pronto como el maestro de ceremonias da la señal agitando una campanilla, cada cual reza sus oraciones en voz baja, desenrollando al propio tiempo sobre las rodillas el formulario en que las mismas están escritas. A esto sigue un instante de profundo silencio. Agítase de nuevo la campanilla, y empieza entonces una salmodia, a dos coros, sobre un tono grave y melodioso... En ciertos momentos ejecutan los lamas una música ensordecedora y confusa, en la que actúan exclusivamente campanillas, címbalos, tamboriles, caracoles marinos, trompetas y pitos. Cada músico toca su instrumento con una creciente furia. Cuanto más intenso

es el ruido, más satisfecha debe quedar la divinidad.»

Las religiones asiáticas, muy penetradas de la idea de la transmigración de las almas, respetan y veneran los animales como antaño lo hicieron los egipcios. Es particularmente notable, en este sentido, la adoración de los monos en el Indostán, en donde se les venera en un grandioso templo, el Durga Khund, abarrotado de simios, jóvenes y viejos, que se encaraman por las cúpulas y campanarios en ruidoso y molesto hervidero. Los fieles les obsequian con alimentos, granos y nueces, y está severamente prohibido causar el menor daño a estos animales, que desvalijan con impunidad a los caminantes y mercaderes. Análogo sentido tiene la adoración de los bóvidos en la India, por la creencia de que aquellos animales son la envoltura carnal de un espíritu superior.

Es también en el viejo continente asiático en donde se encuentra una forma de culto que, según nuestras noticias, es única en todo el mundo. Se trata de la «oración mecánica», que es posible gracias a la «máquina de orar», que merecería ser un invento del automatismo tecnológico de nuestro siglo, pero que en realidad posee una antigüedad incalculable.

Las máquinas para orar son de uso corriente en Tartaria, en China, en el Japón, en el Indostán y, especialmente, en el Tíbet. Es frecuente en estos países encontrar en las cercanías de los templos, así como a lo largo de los caminos, unos molinos o torniquetes cilíndricos que los fieles empujan con toda su fuerza, y en tanto que el aparato gira sobre su eje, es como si el adorador recitara la oración inscrita en la superficie del molinillo.

Estos aparatitos se encuentran con frecuencia situados en las cercanías de los monasterios tibetanos y son utilizados por los lamas al salir de su recinto. El que ora mejor y más devotamente no es, pues, el que se recoge mayormente, sino el que tiene el brazo más vigoroso, pues mientras la máquina de oraciones siga dando vueltas el sacerdote puede dedicarse a beber, a comer o tumbarse a dormir, pues el instrumento «ora por él».

Este artificio mecánico, que centuplica la intensidad de las prácticas devotas con escaso esfuerzo para el fiel, reviste formas y modalidades muy diversas. En algunos lugares se ha ideado un molinete portátil, para uso de caminantes, que ganan méritos celestiales en sus paseos con sólo impulsar el cilindro con las oraciones inscritas. A este molinete tibetano se le conoce con el nombre de «oraciones giratorias» (Tchu-Kor).

Otra cómoda forma de utilizar las oraciones aparece en las inmediaciones de Darjeeling, al norte de Calcuta, donde los indolentes indígenas tienen la costumbre de rodear sus casas con mástiles y pilares de seis a siete metros de altura, de los que cuelgan y ondean banderas con oraciones inscritas (banderas de oraciones), con el objeto de preservar las casas del ataque de los malos espíritus.

El formalismo es una de las características más notables de las formas de culto orientales y el islamismo no escapará a esta regla. Los doctores musulmanes han discutido los mil bizantinismos referentes a la forma, hora, posición y lugar que deben efectuarse las oraciones. Han discutido, por ejemplo, si es válida la oración del soldado que huye en campaña, sin tener tiempo de orientarse hacia La Meca, pues, como se sabe, ésta es una de las condiciones de la oración musulmana. Las reglas de la prosternación oratoria exigen, según ellos, que siete partes del cuerpo toquen en el suelo al mismo tiempo: la frente, las palmas de las manos, las rodillas y los dedos pulgares de los pies. De no cumplirse este requisito la oración no es válida, como no es válida la oración del hombre que se halla junto a una mujer, o sobre un hormiguero, o en el cauce de un manantial, o ante un libro abierto, una puerta abierta o un muro que está a punto de desplomarse... La minuciosidad de los ritos del culto musulmán, que llega a extremos insospechados, ha alimentado las polémicas doctrinales de sus teólogos y doctores.

Contrastando con el minucioso formalismo de las religiones antes examinadas, el Cristianismo destacará por su pureza espiritualista. Frente a la reglamentación del gesto externo y del ritual, el Cristianismo opo-

ne la pureza de la plegaria nacida en el interior del hombre, sin especiales ademanes, requisitos o formulismos. Es cierto que la tradición ha perpetuado algunas formas externas, nacidas en los primeros tiempos del Cristianismo, como es, por ejemplo, la señal de la cruz, nacida como señal y emblema de reconocimiento entre los primeros cristianos perseguidos. La señal de la cruz perdió su significado original hasta convertirse en un gesto ritual, y Tertuliano aconseja hacerla «al andar, al entrar, o al salir, y lo mismo al ir al baño que al sentarnos a la mesa». Los primeros cristianos no alzaban los brazos al orar, sino más bien extendían los brazos en forma casi horizontal, con las palmas vueltas hacia fuera. Costumbre suya era también la de hincarse de rodillas en señal de humildad.

La influencia oriental y grecolatina se manifestó en la adopción de determinadas costumbres, como la de utilizar símbolos más o menos secretos, como el pez, la paloma o el cordero, con lo que daban a entender algo que no podían expresar directamente, por hallarse perseguidos en el Imperio romano. Con el tiempo los simbolismos, tomados prestados del paganismo, se hicieron más herméticos. El libro y el ciervo significaron actividad y celo, el cordero dulzura y el león fortaleza y valor. También la influencia grecolatina se manifestó en las interpretaciones antropomórficas de Dios, en forma de un venerable anciano, y fue corriente hacer imágenes de Jesucristo. Los primeros padres de la Iglesia fueron contrarios a las interpretaciones antropomórficas siguiendo la letra del Antiguo Testamento hebreo, pero la costumbre fue arraigando y llegó a generalizarse, de manera que acabó por ser admitida. Pero a pesar de esta herencia formal, nacida de la cristianización de símbolos e interpretaciones grecolatinas, lo cierto es que el Cristianismo siguió siendo, sobre todo, una religión interior, en la que cuenta más la intención y el fervor interno, que el gesto, el ademán o la forma.

En su riquísima variedad, todas las formas de oración y de culto no hacen otra cosa más que corroborar la universalidad de las prácticas religiosas, oración,

adoración y sacrificio, que se encuentra por doquier, ya sea honrando a Tao, el Primer Principio de los chinos, a Alá entre los mahometanos, a Jehová o Yahvé entre los judíos o a Dios Padre entre los católicos. Las formas y ritos varían según sea la época histórica o la latitud geográfica, pero el substrato permanece, inmutable, como principio de comunicación, diálogo, imploración o acción de gracias hecho en honor de la divinidad. Los sacrificios humanos, tan frecuentes en la América precolombina y en las islas oceánicas, no excluyen, a pesar de su atrocidad, idéntica inspiración, esto es, la de agradar a la divinidad o la de agradecerle sus favores.

La lucha contra el mal

Es evidente que la noción de «mal», en sentido ético, ha existido en la fase más temprana de la vida del hombre. El mal ha sido, en las épocas más remotas, todo aquello que perjudica la vida y el desarrollo de la comunidad. El mal era, en principio, una noción empírica, práctica y de utilidad. Todo lo que podía perjudicar la vida y mejor desarrollo de los hombres y de la comunidad era reputado malo. Todo lo que proporcionaba un mayor bienestar o un superior progreso era considerado, por el contrario, como algo bueno.

Estas normas de moral práctica no se identificaban con los principios de la moral «clásica», de la cual el Decálogo judío es una plasmación. Así, por ejemplo, el homicidio, acto reputado moralmente malo, ha sido practicado ampliamente con fines sagrados en los regímenes teocráticos, de la misma forma que los esquimales han procedido a matar a sus ancianos cuando los han considerado como una carga para la comunidad. Las relaciones sexuales han sido permitidas y reguladas en muchas civilizaciones primitivas en una forma que se enfrenta abiertamente con el espíritu y la letra del Decálogo del Sinaí, y las contradicciones de todo orden se irían multiplicando al examinar más

atentamente los preceptos morales de los sistemas idolátricos.

Así pues, las primeras manifestaciones de moral primitiva proceden, no de un imperativo de orden supremo, sino de unas razones de utilidad y de conveniencia. Esto significa que el homicidio, por ejemplo, aparece proscrito en algunas religiones y en algunas circunstancias y permitido y alentado en otras. Análogo es el caso del canibalismo, del parricidio, del suicidio, de la esclavitud, de la promiscuidad sexual, de la poligamia y poliandria y de otros actos humanos.

Nacida esta noción pragmática de mal y de bien, es lógico que apareciesen inmediatamente unos preceptos ordenando o prohibiendo determinados actos. Estos preceptos no necesitaban ser, por supuesto, estampados y promulgados con la formalidad y requisitos jurídicos que se estilan en la actualidad. El sentido común, el mutuo asenso, incluso tácito, aceptaban y discernían las nociones de «bueno» (y permitido) y «malo» (o prohibido), como fuente de mandatos y de tabúes. A medida que la distinción entre el mal y el bien se fue acentuando y los mandatos y prohibiciones fueron adquiriendo el carácter de leyes más o menos estables, es forzoso reconocer que la sociedad humana se fue afianzando sobre pilares más sólidos, y los jefes, jerarquías o sacerdotes acabaron siendo los legisladores del orden moral.

Si la moral es, en cierto modo, el motor y la génesis de las leyes, religiosas y humanas, la moral habrá de ser uno de los caballos de batalla de toda la especulación filosófica e histórica en torno a las religiones. ¿Por qué determinado acto aparece en determinado lugar y tiempo considerado como moralmente bueno, demostrándose la inexistencia del sentimiento de culpa en quien lo comete, y aparece proscrito en otro lugar y circunstancia histórica? Esta pregunta es aplicable al canibalismo, al homicidio, al suicidio, a la prostitución, al infanticidio, etc.

Pero, dejando a un lado la especulación filosófica sobre la moral, es cierto que el nacimiento de la noción de «mal», que es lo que ahora nos interesa, entraña el

nacimiento de un sentimiento de culpa, o «complejo de culpabilidad» si se prefiere, en quien comete el acto considerado «malo» por la colectividad y por los dioses. Para descargar y librar esta carga o sentimiento de culpa, los primitivos han ideado una serie de ceremonias religiosas que tiene su raíz en el principio de la «transferencia del mal».

Las ceremonias de transferencia del mal pueden realizarse con objetos, con animales o con personas. Entre los badagas de las montañas de Neilgherry, en la India meridional, cuando alguien muere, los pecados del difunto son transferidos a un búfalo joven. A tal efecto, los indígenas se congregan alrededor del cadáver y lo llevan fuera del pueblo. Después, un anciano de la tribu, colocándose a la cabecera del muerto, recita o canturrea una larga lista de pecados, como los que cualquier badaga puede cometer, y la gente va repitiendo la última palabra de cada frase. Terminada la enumeración del larguísimo catálogo de pecados, que han sido coreados por el pueblo, se produce un impresionante silencio y el búfalo es colocado junto al difunto. El ejecutante coloca la mano del cadáver sobre la cabeza del animal, que de esta forma recibe todos los pecados que pesaban sobre el muerto. Luego se conducía muy lejos al animal para que no pudiera contaminar a nadie. El ternero de búfalo así contaminado, dicen los indígenas, desaparece muy pronto y nunca se sabe más de él.

Esta forma de descargar el mal y su consiguiente culpa sobre un animal resulta bastante pintoresca, pero mucho más lo son ciertas ceremonias con las que se pretende transferir el mal, y su correspondiente culpa, a otra u otras personas. En Ceilán existen unos hombres, bailarines profesionales, que ejercen la profesión de cargar sobre sí los males y culpas de los moribundos. Tras haber recogido en su cuerpo todos los pecados del infeliz agonizante, el bailarín es colocado en un ataúd y, simulando estar muerto, es conducido a las afueras del poblado, en donde se le abandona. Allí «resucita» el ladino bailarín y acude corriendo a la casa del paciente para cobrar el sueldo estipulado.

Las descripciones de Frazer en este punto son sumamente jugosas:

«En un lugar de Nueva Zelanda —escribe—, cuando se sentía la necesidad de una expiación de los pecados, se celebraba una ceremonia en la cual se transferían todos los pecados de la tribu a un individuo; un tallo de helecho, previamente atado a una persona, se sumergía en el río, se desataba allí y se le dejaba ir flotando hacia el mar llevándose los pecados... En Travancore, cuando un rajá está muriéndose, buscan a algún santo brahmán para que consienta en tomar sobre sí los pecados del moribundo mediante la suma de diez mil rupias. Preparado de este modo para inmolarse en el altar del deber, el santo es introducido en la alcoba mortuoria y abrazándose estrechamente al moribundo rajá, le dice: "¡Oh, rey!, yo me encargo de sobrellevar todos vuestros pecados y enfermedades. Pueda Vuestra Alteza vivir muchos años y reinar felizmente". Habiendo cargado así con los pecados del paciente, se le destierra del país, al que no podrá volver nunca. En Utch Kurgan, Turquestán, Schyler vio a un anciano del que decía que ganaba su sustento tomando sobre sí los pecados de los que morían y consagrando su vida a rezar por sus almas.»

Los anteriores ejemplos dan idea de estas originales «confesiones», que suelen ser muy provechosas, económicamente, para el hombre que carga con el duro saco de las culpas ajenas. Pero en otros casos el provecho de la profesión no es nada halagüeño ni tentador. Los sacrificios humanos, por ejemplo, son en gran medida ceremonias de transferencias de males y la víctima inmolada carga sobre sí con los pecados y demonios que acechan a la comunidad. En este caso es posible hablar de una redención del mal ajeno por la muerte de la víctima. Así, por ejemplo, en Uganda, cuando alguna calamidad pública amenaza el país, el rey ordena que se elijan algunas víctimas, en especial un hombre y un muchacho, o una mujer con su hijo y algunos animales, y se les envía a la misma frontera del país enemigo, el país de los bunyoro y allí se les abandona, quebrándoles las piernas para que no puedan

volver y tengan que morir en el país enemigo, habiendo transportado hasta allí las amenazas que se cernían sobre los pobladores de Uganda. En otros lugares la víctima que carga con los males y demonios es un animal, como ocurre con los dinkas que habitan el Nilo Blanco y que inmolan vacas con esta finalidad.

El principio metafísico de la transferencia del mal, que se carga sobre un vehículo que es inmolado, proporciona la clave para comprender un gran número de los sacrificios sangrientos que se efectuaban en la Antigüedad. Las víctimas expiatorias del 14 de marzo en la antigua Roma, o las ceremonias sangrientas de la Grecia arcaica pertenecen a este ciclo ritual. El despeñamiento de un hombre joven o de un animal entre los leucadios, por ejemplo, tenía su razón de ser en la creencia de que esta ceremonia liberaba a las gentes de los males con que estaban acosados.

Se ha podido vislumbrar que el mal transferido no es siempre el mal moral, el pecado, y muchas veces es un mal físico, como la enfermedad, o una calamidad pública, como la guerra o el hambre, e incluso el motor de todos los males, esto es, el espíritu o el demonio del mal. Todo esto no es sorprendente, pues es bien sabido que tanto las enfermedades como las calamidades públicas han sido consideradas antiguamente, e incluso durante la Edad Media, como el producto de maleficios y actividades de los espíritus perversos o demonios, que acechan la ocasión propicia para dañar a los hombres. De aquí que la terapéutica médica en muchos casos aparezca entremezclada en groseras formas de superstición y de magia, más cerca del exorcismo que de los principios científicos y médicos de la curación (1).

(1) Los incas del Perú, hijos del Sol, no consideraban a la enfermedad como un mal o como una manifestación diabólica. La enfermedad era, para ellos, un mensajero enviado por su padre Sol, llamándoles para descansar con él en el cielo. Cuando un inca se hallaba próximo a la muerte decía: "Mi padre me llama para que vaya a descansar con él", y no realizaba sacrificios, ni plegarias, ni otras actividades conducentes a recuperar su salud o aferrarse a la vida.

En algunas islas de las Indias Orientales está arraigada la creencia de que la epilepsia puede curarse golpeando al paciente en la cara con las hojas de determinados árboles y arrojándolas después lejos de allí. Los indígenas afirman que la enfermedad del paciente es transferida a las hojas y se aleja con ellas. Entre los bagandas es frecuente que el hechicero cure a sus pacientes frotando el cuerpo del enfermo con una figurilla moldeada en arcilla, que luego enterrará en un campo desierto o al borde del camino. Pero más pintorescas resultan todavía las ceremonias en las que el mal es transferido a una persona, que muchas veces es «profesional» en estos menesteres. Las crónicas judiciales de Escocia registran un caso muy interesante a este respecto, acaecido en el año 1590. La bruja Inés Sampson fue declarada culpable y condenada por haber curado a un tal Robert Kers de una enfermedad incurable que le transmitió un brujo. La bruja poseída del mal entró en una fase de convulsiones y gritos, tratando de transmitir, a su vez, la enfermedad a un perro o a un gato. Pero la bruja tuvo tan mala fortuna que la enfermedad no pudo ser transferida a ningún animal sino que recayó en el pobre Alexandre Douglas, que enfermó de repente y acabó por morir, mientras Robert Kers se recuperaba rápidamente. La bruja fue, por lo tanto, condenada.

Este mecanismo psicológico de la expulsión o transmisión del mal pervive en algunos juegos infantiles que se practican actualmente en Europa y América. Un niño o niña recibe el atributo de la «peste», previo sorteo entre los jugadores. El niño contaminado tiene que transmitir su condición de «pestífero» a otra persona, con sólo tocarla, y con este motivo se inicia una persecución. El niño o niña que reciba la contaminación volverá a repetir el juego y así indefinidamente.

La expulsión o transmisión del mal se concreta y polariza, decíamos antes, en la expulsión del demonio o de un genio maléfico. En la isla de Rook, entre Nueva Bretaña y Nueva Guinea, cuando los demonios, en forma de calamidad pública, acosan a los isleños, todo el pueblo se reúne provisto de palos y de otros instrumen-

tos y con grandes voces y alaridos y golpeando al aire con sus estacas van llevando al demonio hacia el borde de la isla, y allí, entre un inmenso clamor, proceden a arrojarlo al mar. Los indígenas de Nueva Caledonia afirman que todos los males provienen de un poderoso espíritu maligno. Para librarse de él suelen hacer de vez en cuando un gran hoyo en el suelo, en el que los indígenas entierran el mal espíritu con sus conjuros. Luego proceden a rellenar el hoyo de tierra y lo apisonan mientras profieren alaridos.

En otros lugares la ceremonia de expulsión del demonio no es ocasional, sino periódica, celebrándose de acuerdo con unos ritos prescritos. Tal ocurre en la Costa de Oro, en donde una vez al año tiene lugar la «persecución del demonio», practicada por los indígenas con lúgubres aullidos, y con gran estruendo, que, ellos creen, ahuyentarán a los malos espíritus. Es frecuente que estas ceremonias de «expulsión del demonio» concluyan con desenfrenados actos de libertinaje, que recuerdan las saturnales romanas.

En la isla de Balí, al este de Java, se practican expulsiones periódicas de demonios con gran aparato ritual. El momento escogido para estas ceremonias suele coincidir con el día de la «luna oscura», en el noveno mes. En el día señalado por el sacerdote para la expulsión pública de demonios, el pueblo de la aldea o del distrito se congrega en el templo principal y allí preparan una abundante comida para los espíritus malignos. A continuación los sacerdotes rezan unas plegarias y luego el potente sonido de un cuerno convoca a los demonios para que participen en la comida que ha sido preparada para ellos. Luego, los habitantes se desparraman por toda la localidad haciendo ruido y profiriendo gritos de «¡Marchad! ¡Afuera!» Con el ruido y algarabía tratan de hacer que los demonios abandonen las casas y las calles para acudir al banquete que les ha sido preparado ante el templo. Pero una vez acuden allí el gran sacerdote los recibe con exorcismos y plegarias que los expulsan definitivamente de la isla. Terminada esta ceremonia la localidad queda sumida en un profundo silencio y en una total inactividad durante

veinticuatro horas. De esta forma, los demonios que deseen volver a ocupar la isla de Balí creerán que se trata de una isla desierta y que se han confundido. Así pasarán de largo y se irán a otra isla.

En Camboya la expulsión de demonios se efectuaba también una vez al año. Los indígenas provocaban con descargas de fusilería una estampida de elefantes, que en su loca carrera perseguían y arrollaban a los demonios. Estas ceremonias de origen pagano perviven durante una buena parte de la Edad Media y es posible encontrar actualmente vestigios de estas ceremonias en Escocia, en algunas zonas rurales de Alemania, en Calabria y en Galicia. También es normal que el demonio aparezca en algunos casos personificado en un miembro de la comunidad. En estas ocasiones se representa una verdadera farsa teatral entre los miembros del lugar, que ahuyenta al disfrazado demonio. Esta ceremonia, tan común en la Europa medieval, sigue practicándose actualmente en algunas tribus de Queensland Central (Australia), en las que se procede a la expulsión del mal espíritu, que ellos llaman *Molonga,* personificado por un indígena ataviado con plumas y con el cuerpo pintarrajeado con ocre rojo.

Estas ceremonias, y otras muchas que podrían citarse, son manifestación explícita del deseo innato e instintivo del hombre de luchar contra todas las formas de mal que amenacen su vida, su seguridad o sus bienes. Esta necesidad primaria del hombre encuentra su plasmación desde épocas remotas, al abrigo de las fórmulas religiosas y mágicas que le ofrece el paganismo primitivo.

Supersticiones y creencias groseras

Situado en el centro del Universo, el hombre escudriña el mundo, investiga la Naturaleza y deduce de ella las primeras leyes científicas y los primeros principios religiosos, fundados en una dependencia de algo que le es muy superior. Pero el hombre, en sus ansias de interpretar y de dominar un sistema de fuerzas que

aún no comprende cabalmente, inventa supersticiones y practica, desde siempre, ritos de magia. Este deseo remoto, nacido de la raíz más íntima del hombre, va a dar lugar a un sistema de creencias que se prolongará hasta la Edad Media y que llegará hasta nuestros días, como un eco lejano del paganismo primitivo.

Cuando el hombre escudriña el cielo, observando el vuelo de los pájaros, o interroga las entrañas de una víctima para inquirir el futuro, está realizando unas prácticas de adivinación que han sido aceptadas más o menos universalmente desde tiempos lejanos; ligadas, con mayor o menor profundidad, a unos sistemas cosmológicos y teogónicos.

He aquí, como ejemplo y corroboración, la esencia y meollo de la superstición astrológica. ¿Qué es la astrología? Casi todas las mitologías cosmogónicas dividen, como se ha visto, el universo en dos grandes regiones: una parte entregada a la humanidad; la otra reservada a la divinidad, a los espíritus y a los héroes. Desde entonces pareció completamente lógico y natural dirigir las miradas al cielo y observar las posiciones y evolución de los astros que lo habitan, para tratar de establecer una relación entre su curso en el espacio y el destino humano en la otra zona. De esta supuesta relación nació la astrología, que participa, como puede verse, de creencias mágicas y de creencias religiosas mezcladas en extraño conturbenio. De la religión toma la astrología la relación humana de dependencia con respecto al cielo, morada de los altos poderes. De la magia adopta el carácter adivinatorio pseudocientífico, y de la ciencia participa, también, por el examen de los astros y de sus posiciones, siendo la astrología, en gran medida, la madre de la ciencia astronómica y de la meteorología.

El punto de partida de la astrología es, en definitiva, la convicción de que la divinidad se complace, en algunas ocasiones, en hacer confidencias a los hombres sobre los hechos futuros a través del lenguaje poco claro de la configuración terrestre. Esta concesión divina hizo que la astrología fuese cultivada especialmente por

los sacerdotes, particularmente en Caldea, en donde astrólogo y sacerdote son casi un sinónimo.

De aquí nacieron, pues, unas complicadas leyes de interpretación que poco tienen que ver con la mecánica celeste y mucho con la fantasía mitológica de los primeros sacerdotes. Estos hombres afirmaban que se escribía en el cielo el porvenir de un hombre cuando éste venía al mundo, y que, como consecuencia, para conocer la longevidad, las aptitudes, la fortuna y las enfermedades de cada uno, bastaba formular su horóscopo, que no es otra cosa que un examen del estado del cielo en el momento de producirse el nacimiento. Cuando un individuo nacía bajo un signo propicio se decía que había nacido «con buena estrella». Aunque la creencia se ha perdido ya, la frase subsiste como reminiscencia de la superstición.

Pero no sólo los astros eran los signos gráficos del lenguaje adivinatorio, sino que los acontecimientos meteorológicos —nubes, rayo, trueno, lluvia o arco iris— tenían especial significado interpretativo, cuando se trataba de leer el porvenir de un hombre o el destino de un imperio. Estas creencias estaban tan arraigadas que de Caldea saltaron a las culturas europeas, a Grecia y a Roma, en donde el Estado tuvo sus vaticinadores oficiales, los arúspices, funcionarios públicos encargados de escudriñar el futuro político del imperio y asesorar a las altas magistraturas del Estado. La utilización de la astrología al servicio de la nación no terminará ahí, pues las crónicas nos hablan de los consejeros y adivinadores astrológicos de Luis XI, Catalina de Médicis, Carlos IX y Enrique IV en Francia, Rodolfo II en Alemania e, incluso en días recientes, se afirma que el jefe nazi Adolfo Hitler contaba con los consejos de un astrólogo personal.

La adivinación por cartas es, también, una herencia de la antigua astrología y negocio pingüe de gente poco escrupulosa que embauca a los simples de espíritu. Los echadores de cartas se servían, y se sirven, de un juego de setenta y ocho naipes divididos en los palos de la baraja española (oros, copas, espadas y bastos). Las figuras y los números de cada carta tienen un significa-

do especial: el as es un principio, el dos una oposición, el tres la realización de un proyecto... La adivinación por cartas pasa por ser una forma de astrología simplificada, que recuerda las revoluciones celestes: en vez de leer en los astros se lee en las cartas, y además, no se requiere catalejo ni instrumentos ópticos. Los echadores de cartas son, en cierto modo, unos astrólogos pobres.

No contento con buscar en las regiones celestes la interpretación de la voluntad divina y de sus inciertos destinos, el hombre se ha interrogado a sí mismo con la esperanza de descubrir en él una revelación del futuro. Entonces el sueño le ha parecido, con toda evidencia, una inspiración sobrenatural. En realidad este proceso tiene su origen en la esencia misma del animismo: se considera que durante el sueño se opera en el hombre un desdoblamiento de personalidad y el alma recibe los mensajes del Más Allá. La adivinación e interpretación de los sueños no es cosa nueva y la Sagrada Biblia nos testimonia el arraigo de esta práctica en la Antigüedad.

El sueño tenía en Grecia un diverso valor según la hora en que se efectuaba. El sueño habido después de comer era reputado poco significativo, por hallarse condicionado por la pesadez del estómago o por la embriaguez alcohólica. El sueño más importante, a los efectos adivinatorios, era el matutino.

Pero una de las formas más importantes revestidas por la adivinación en la Antigüedad es la del oráculo, que permite al creyente investigar el porvenir, no ya por medio de conjeturas astrales o nocturnas, sino dirigiéndose de viva voz a la divinidad misma, que de igual forma se dignaba conceder su respuesta. Los oráculos famosos en la historia han sido muchos y han existido en diversos países y épocas. En Egipto, por ejemplo, los oráculos se formulaban a través de unas estatuas parlantes, con los miembros articulados. Y aunque el pueblo sabía que los sacerdotes movían sus extremidades y ellos también les prestaban la voz, no por ello dejaban de conceder menos crédito a las palabras del oráculo. En Grecia y en Roma existieron nu-

merosos oráculos, aunque en ellos el vaticinio no se realizaba a través de estatuas, sino mediante sacerdotes y sacerdotisas que recibían de los dioses esta especial facultad. Los oráculos recibían, por lo general, una forma poética y su contenido era tan ambiguo que se prestaba a toda suerte de interpretaciones. Así, por ejemplo, habiendo Creso consultado para saber cómo terminaría la guerra contra Cirro, obtuvo la siguiente respuesta: «Cuando un ejército pasará el Halis, será derribado un gran imperio». Estas respuestas evasivas daban lugar a las más diversas cábalas, intentando desentrañar el significado del oráculo, cuya fama nunca quedaba en entredicho.

Pero además de estos oráculos solemnes existían otros más populares y prácticos. Uno de ellos consistía en formularse mentalmente una pregunta, taparse luego los oídos para andar por la calle o entrar en los santuarios y, apartando de pronto las manos, escuchar las palabras que alguien pronunciaba en aquel momento. El significado de la frase era reputado como respuesta divina a la consulta hecha mentalmente.

Las peculiaridades anatómicas y los fenómenos fisiológicos eran considerados, por lo general, como elementos del lenguaje adivinatorio. En Caldea, por ejemplo, las rarezas del cuerpo humano, como jorobas, bizquera u otras deformaciones, eran observadas para deducir de ellas presagios para el futuro de las personas. Se ha descubierto una tablilla caldea que enumera setenta y dos casos diferentes de presagios obtenidos del examen de la anatomía de los recién nacidos, según tuvieran la nariz o las orejas de tal o cual forma, o los cabellos de determinado color.

De forma parecida, en Grecia se reputaban de significación sobrenatural los actos involuntarios, tales como los espasmos, las convulsiones y las palpitaciones del corazón, así como el parpadeo y las contracciones de la pupila, los zumbidos de oído y el entumecimiento de los dedos. El estornudo, por ejemplo, era considerado como señal de buen augurio, aunque luego su interpretación se complicó y el estornudo efectuado desde el mediodía hasta la medianoche era considerado como

presagio favorable, mientras que el realizado entre la medianoche y el mediodía era considerado como una advertencia inquietante.

Las enfermedades de origen nervioso, como la locura y el sonambulismo, han sido consideradas por lo general como enfermedades de origen divino o demoníaco, según los casos. La epilepsia, por ejemplo, ha sido considerada durante mucho tiempo como una posesión diabólica y tratada, por lo tanto, con fórmulas exorcistas. Si un griego se encontraba con un individuo atacado de una crisis epiléptica, tenía que escupir sobre el pecho del desgraciado, para evitar contaminarse de tan terrible maldición.

De todas las partes del cuerpo humano, dos de ellas han sido siempre consideradas con especial respeto y atención. Se trata del ojo, órgano de visión y de relación, y de las manos, órganos instrumentales de acción para el hombre. Veamos de qué forma han participado estas partes del cuerpo humano en el conglomerado de creencias mágicas y supersticiones.

El ojo, con su poder fascinador, ha sido adoptado en algunas ocasiones como símbolo de la divinidad. Pero el ojo, órgano sumamente bello, ha sido también dotado de un mágico y especialísimo poder por la ignorancia de las gentes. Así ha nacido la leyenda y superchería de la maldición llamada «mal de ojo». Esta creencia está tan arraigada que el *Rig-Veda,* al exhortar a la mujer a la práctica de las virtudes domésticas, recomienda ante todo a la esposa «que no tenga mirada fatal para el esposo». Las egipcias, cuando se miraban al espejo, pronunciaban ciertas palabras para no fascinarse a sí mismas. Durante toda la Edad Media estuvo muy arraigada la creencia de que una mirada mal intencionada y rencorosa podía producir graves daños, e incluso la muerte. Para luchar contra el «mal de ojo» se practicaban complicados ceremoniales y se ingerían brebajes que tenían la virtud de deshacer el hechizo.

En cuanto a la mano, es universalmente conocida la práctica de la quiromancia (o adivinación del futuro por el examen de la palma de la mano), que sigue sien-

do todavía práctica usual entre las gentes ignorantes de Europa y América. La quiromancia, al igual que la cartomancia, procede de una simplificación de la astrología. El estudio de las líneas y del relieve de la palma de la mano equivale al estudio de las líneas y relieve de la superficie lunar o la distribución de los astros en el firmamento. La interpretación de las líneas y sinuosidades (línea del corazón, de la cabeza, de la vida) permite deducir presagios favorables o desfavorables para la persona. Los quirománticos griegos llegaban hasta analizar la forma y las manchas de las uñas.

Otros factores tenidos muy en cuenta por los adivinos de la Antigüedad eran las cifras y números, a los que atribuían propiedades misteriosas. Se sabe que algunos ilustres matemáticos, como Pitágoras, no escaparon a esta grosera superstición y en la Sagrada Biblia consta que los judíos reputaban el número siete como poseído de especiales virtudes sobrenaturales (siete períodos de la Creación, siete días de la semana, siete plagas de Egipto, etc.). El siete, al gual que el tres y el trece, han sido considerados desde muy antiguo como cifras dotadas de una significación mágica y misteriosa. La cifra de la edad de una persona, o la suma del número de letras de su nombre eran considerados como datos importantes para la «adivinación matemática» entre los romanos. La adivinación por cálculo de cifras estuvo muy extendida en otro tiempo y no es de extrañar que Vitelio decretase «la pena de muerte contra todo matemático», tomando el calificativo de matemático como el de adivino calculista. En Roma, al igual que en la Edad Media, muchos enfermos llamaban a su cabecera a los matemáticos, en vez de los médicos, para conocer su horóscopo numérico.

Nada ha escapado a la imaginación de los adivinos y augures, y al igual que el curso del cielo, el examen de los números o de la anatomía humana ha aportado datos para efectuar presagios y profecías. El reino animal, con su rica variedad de formas y especies, ha sido uno de los blancos predilectos de la atención de los magos y adivinos en su intento de penetrar los misteriosos designios de la voluntad divina.

Pasando por alto el examen de la zoolatría egipcia, de la que se habló en otro lugar, veamos ahora la tradicional importancia concedida al examen de las entrañas de los animales sacrificados, para deducir de ellas augurios y presagios. Los caldeos han sido maestros consumados en la interpretación de las entrañas de las bestias. Unas tablillas caldeas conservadas nos hablan elocuentemente a este respecto:

«Las señales encontradas a la derecha de los intestinos de un asno —dice el texto— significan inundación; las grietas situadas a la izquierda del intestino del asno, vaticinan discordia; los intestinos torcidos hacia la derecha y azulados, presagian llanto; los intestinos torcidos hacia la izquierda, anuncian felicidad y si el intestino es de color negro, es señal de que se avecina un eclipse...»

Las formas del vuelo de los pájaros, así como sus emigraciones, sus trinos y el examen de los movimientos de las serpientes eran también interpretados por los caldeos como formas herméticas del lenguaje divino a los hombres. Estas ideas de origen oriental entraron en Europa a través de la asimilación griega y desde allí se esparcieron por todas las culturas occidentales. Decretábanse las leyes o concluíanse los tratados de paz según fuera el tono del balido de un carnero o los movimientos de un cabrito. Se cuenta que en cierta ocasión Aníbal apremió al rey Prusias para que librara combate contra los romanos, pero aquél se negó a ello diciendo que los vaticinios eran malos, a lo que el cartaginés replicó: «¿De modo que preferís el consejo de un carnero al de un viejo general?»

Algunos pensadores ilustres, como Catón o Cicerón, ridiculizaron sin cesar estas prácticas supersticiosas que tan arraigadas estaban en el Imperio. Decían de ellas que eran enemigas del progreso y fuente de esclavitud a la ignorancia. De Catón es la frase: «No comprendo cómo dos augures pueden mirarse sin reírse.»

Pero lo cierto es que estas prácticas groseras siguieron practicándose tras la caída del imperio romano y perduraron durante la Edad Media. Aún hoy día, estas creencias nacidas en la lejana Caldea hace muchos mi-

lenios, siguen estando vigentes para muchos necios y simples de espíritu.

Para concluir el catálogo de las supersticiones, examinaremos ahora las referentes a los talismanes y piedras preciosas, que, juntamente con los tatuajes, forman un capítulo clásico en las artes nigrománticas de todos los tiempos. Plinio escribe a este respecto que el ámbar era utilizado para hacer amuletos para los niños, y los poetas han celebrado desde siempre en sus versos esta sustancia. La razón que de ello puede darse es doble: el ámbar exhala un olor aromático muy peculiar y adquiere con el roce unas propiedades eloctroestáticas, que no escaparon a los ojos investigadores de Tales de Mileto. El ágata era especialmente recomendada contra la sed, la turquesa para poner fin a las disputas y la cornalina para curar las mordeduras de animales. Todavía en la actualidad la piedra de jade es venerada por los indostanos, que la consideran como remedio infalible contra la epilepsia y contra el mal de riñones. El jade es también venerado en China y en Japón. Prueba la importancia de esta piedra en el Celeste Imperio el hecho de que la copa de sacrificios de los emperadores de la China era de jade esculpido y los budistas recurren también a esta piedra para representar a su divinidad.

Las creencias en las propiedades mágicas y curativas de las piedras han sido muy variadas, según la época y la latitud. Entre todas ellas destaca con fulgor propio la llamada «piedra filosofal», que según los alquimistas tenía la propiedad de curar todas las enfermedades y que transmutaba en oro a todos los metales, al igual que en la célebre leyenda del rey Midas. La leyenda de la «piedra filosofal», que anduvo durante mucho tiempo ligada a la fábula del «gran elixir», ha sido objeto de fantasías novelescas por parte de más de un escritor. Cuando la ciencia moderna ha logrado el prodigio de transformar en su laboratorio un elemento en otro distinto, alterando la composición electrónica de sus átomos, se impone una serena revisión y meditación sobre la tarea de aquellos científicos, que si bien podían estar lastrados por creencias más o menos imperfectas,

han logrado descubrir, entre otros, el ácido sulfúrico, el ácido clorhídrico, el ácido nítrico, el amoníaco, el alcohol, el éter y el fósforo. Los alquimistas han sido, a no dudarlo, los percursores de los modernos químicos que han logrado el milagro científico de la permutación de elementos.

Magos, brujas, nigromantes y hechiceros son, al igual que los antiguos augures y adivinos, los buceadores de la Naturaleza los inquietos investigadores del Más Allá, buscando en síntomas y señales los datos que permitían desentrañar un problema, adivinar el futuro, o leer la impenetrable voluntad divina. En su búsqueda ardua han caído las más de las veces en la superstición grosera y en la aberración científica, pero ello no obsta para que otros hombres, como los alquimistas y los astrólogos, hayan llegado a percibir los primeros pilares científicos, en medio de una espesa selva de errores y de confusiones. Ello hace que su estudio deba ser efectuado con respeto y reservas, reconociendo la cabal importancia histórica del papel que les cupo desempeñar en su momento.

LA RELIGION Y EL ARTE

Origen y significación del arte

Para la correcta comprensión de la Historia de la Humanidad y de las civilizaciones resulta imprescindible el estudio de sus formas de cultura, esto es, de las formas de vida adoptadas por el hombre en virtud de una inteligencia motora. La organización social, el idioma hablado, la ciencia, el nivel tecnológico, el arte, la escritura o el vestido, proporcionan datos de especialísima utilidad al etnógrafo y al investigador que desee penetrar en los secretos de la historia y de la psicología de nuestros remotos antepasados.

Pero entre todas estas manifestaciones culturales hay una que reviste una importancia particular, por venir a ser algo así como la síntesis y lugar geométrico de unas formas de vida y de una especial concepción del mundo, creada por la imaginación del hombre. Esta manifestación cultural y forma de vida se refleja, precisamente, en lo que los filósofos han convenido en denominar «actividad artística del hombre».

Una pirámide egipcia, un templo griego, o un collar de cuentas oceánico, son, al igual que una majestuosa catedral medieval, el reflejo y la culminación de unas formas de civilización adoptadas por el hombre, la síntesis de unas creencias y prácticas religiosas y el índice calibrador del pulso cultural de un pueblo. Por eso, una estatua de Zeus Olímpico, una máscara ritual polinésica o un poste totémico del Canadá son algo más que unas meras representaciones artísticas, técnicas o antropomórficas. Son, ni más ni menos, la expresión y

resumen de todo un sistema de creencias y convicciones populares, el reflejo de una etapa histórica y la confesión, hecha al futuro, de un determinado grado de civilización de aquel pueblo que supo construir aquella obra.

De aquí, pues, la especialísima importancia que reviste el estudio de la actividad artística adoptada por el hombre en cada momento de su desenvolvimiento histórico, como reflejo e índice de unas creencias y unas prácticas de orden religioso.

La primera característica que llama la atención del investigador de la historia humana es la universalidad y necesidad de esta forma de expresión intelectual, convencionalmente denominada arte. El hecho de que aun las tribus más toscas y primitivas de la Tierra empleen una parte considerable de su tiempo y actividad en practicar ejercicios de expresión artística ha llamado la atención y ha invitado a la reflexión a filósofos y a historiadores. ¿Por qué el hombre siente este irreprimible impulso interior que le obliga a expresarse en un lenguaje de colores, sones o pasos de baile? ¿Por qué desde los tiempos más remotos el hombre no ha renunciado a plasmar sus deseos, esperanzas o inquietudes por medio de la representación artística, por muy tosca que ésta sea? He aquí, simplemente planteado, todo el meollo filosófico del origen y nacimiento del arte, que tanta tinta ha hecho verter a las plumas de los más ilustres investigadores.

Es fácil imaginar que en este punto del origen del arte, como en tantos otros, los historiadores y los filósofos no han logrado todavía ponerse de acuerdo. Las teorías abundan y los datos aportados por la investigación contribuyen a solidificar una hipótesis que ayer parecía ridícula, o a echar por tierra otra que aparecía como sólida y segura. Trataremos, no obstante, de hacer un análisis objetivo de esta cuestión, conforme a las teorías más universalmente aceptadas.

Opinan los antropólogos que el Arte nació antes que la Ciencia, puesto que el primero sólo necesitó de la facultad de observación para imitar la Naturaleza que rodeaba al hombre, con sus variadas formas, colores

y sonidos, mientras que la Ciencia requiere, además de la observación y la comparación, la facultad de generalizar o de abstracción, para pasar de los casos particulares observados en la Naturaleza al enunciado de grandes principios científicos generales (por ejemplo, la ley de la gravedad, deducida de la repetida observación de que los objetos son atraídos por la Tierra, esto es, de que dejados en libertad caen al suelo).

Sobre el orden de aparición de las artes y su jerarquía histórica tampoco ha logrado hacerse todavía la luz, y las contradicciones teóricas son muy frecuentes. Veron desenvuelve, por ejemplo, una extensa teoría según la cual el hombre expresó el placer sensible de la vista y del oído con sus armas, instrumentos y adornos primitivos, y en sus danzas y cantos elementales. La Escultura, la Pintura y la Arquitectura resultaron del lenguaje escrito, de la vista, y fueron expresando orden, proporción y simultaneidad. La Poesía, la Música y la Danza resultaron del lenguaje hablado, del oído, y fueron expresando movimiento, ritmo y sucesión. Con esta teoría queda aceptada la clásica distinción de las artes del espacio (Escultura, Pintura y Arquitectura), también llamadas plásticas, en contraposición a las artes del tiempo o dinámicas (Poesía, Música y Danza).

El italiano Canudo sostiene, en cambio, que las primeras artes fueron la Arquitectura, nacida de la primera necesidad del hombre (la vivienda), y la Música, nacida de imperativos mágicos (invocaciones). Las restantes manifestaciones artísticas han surgido, según él, como complemento de estas dos fundamentales. La Pintura que decora la cabaña, o la Poesía, que vocaliza los compases rítmicos, son prolongaciones de aquellas dos artes fundamentales.

En síntesis puede afirmarse que existe una dualidad teórica en lo tocante a la significación y origen del Arte. Para unos el Arte nace de un deseo puro y simple de reproducir la Naturaleza, pintando sus formas o imitando sus sonidos. Para otros, nace de una necesidad imperiosa e íntima: el arte funerario y religioso primitivo, el bisonte pintado en la pared de la cueva para favorecer la caza, o el tatuaje sobre el cuerpo son ma-

nifestaciones de una actividad «útil», y no gratuita, nacida de imperativos de orden mágico y religioso. Según esta teoría que goza hoy de general aceptación, el Arte nace, al igual que la Magia, al servicio del hombre, para favorecer sus actividades y para proteger su vida y salud frente a una Naturaleza hostil.

En la isla de Timor, cuando los nativos vuelven de la guerra efectúan, entre otros ritos, una danza acompañada de cánticos, en la que se implora el perdón del enemigo muerto. Los guerreros temen que las almas de los adversarios quieran vengarse y con sus danzas y cánticos intentan propiciárselos. Los indios thompson, de la Columbia Británica, fabrican imágenes de peces para atraer la pesca a sus ríos, y algunas tribus australianas dibujan imágenes de animales antes de partir a su caza. Estos tres ejemplos, tomados de distintos lugares del Globo, ilustran bien sobre la funcionalidad práctica de la música, la escultura o la pintura, utilizadas como instrumentos al servicio del hombre y no como actividades puramente gratuitas y estéticas.

Cuarenta siglos de arte egipcio están repletos del deseo obstinado de fijar en la materia el simulacro de una segunda vida, menos efímera que la primera, porque la historia del Arte es, en definitiva, un reflejo vivo de la historia de las Creencias. Los monumentos megalíticos y funerarios de la Edad de Piedra, nacidos del convencimiento de la supervivencia del alma; los zigurats caldeos, consagrados a la divinidad son, como el dibujo rupestre de contenido mágico, armas que el hombre ha esgrimido al servicio de sus creencias y no simples pasatiempos nacidos de un placer estético que el hombre, acosado por mil elementos adversos, no podía llegar a percibir. Sólo en las etapas más avanzadas de cultura, el hombre primitivo bailará o cantará para distraer su ocio, o pintará en las paredes para decorar su casa, pero aun en estos casos sus manifestaciones artísticas vendrán hondamente condicionadas por sus creencias religiosas.

Así pues, el origen y los albores del arte en el mundo aparecen enraizados con el nacimiento y origen de las creencias mágicas y religiosas en el hombre. La invoca-

ción sagrada a los dioses, el tatuaje con el que el hombre pretende imitar la piel del animal, o el monumento funerario que preserva la segunda vida del difunto, son elementos instrumentales ligados profundamente a unas formas de existencia toscas y a una etapa de creencias mágicas o animistas. Un ulterior desarrollo de su vida material hará del arte una actividad puramente placentera y de distracción, al servicio del artista y de la comunidad.

Para hacer más perceptible todo lo anteriormente expuesto, echemos ahora una mirada, siquiera sea superficial, al desenvolvimiento artístico del hombre en función de sus formas de vida y de sus creencias sobrenaturales. Para efectuarla procederemos a aceptar la tradicional distinción escolástica entre artes del espacio (o plásticas) y artes del tiempo (o dinámicas).

La religión y las artes plásticas: el culto

No es tarea nada fácil la de desentrañar el significado y origen de las obras artísticas que nuestros remotos antepasados han dejado estampadas en las paredes de las cuevas, o en los páramos agrestes como testimonio e indicio de su paso por la historia.

Las manifestaciones más antiguas que conocemos del arte arquitectónico corresponden, por un lado, a la construcción de viviendas, que el hombre edificó tan pronto como hubo abandonado la habitación en cuevas naturales, y por el otro, a la construcción de monumentos sepulcrales y funerarios. La Arquitectura nace, pues, de la exigencia de abrigo y de vivienda, que alcanza no sólo a los vivos, sino también a los muertos, como expresión de una forma de culto hecha por los familiares o allegados al difunto. Los monumentos de esta fase neolítica son importantes y corresponden a unas formas de vida todavía no extintas en el planeta. Los hombres de cultura neolítica practicaban el culto a los muertos y enterraban los cadáveres respetuosamente en necrópolis de variadas formas y disposiciones.

Los monumentos funerarios pueden ser de varios ti-

pos, pero el más característico es el conocido con el nombre de *dolmen,* palabra que significa «mesa de piedra», por estar compuesto por unas piedras verticales plantadas en el suelo, que sostienen a una gran piedra horizontal. El dolmen figura el origen de una serie de monumentos megalíticos que desarrollan esta simple forma en otras más complejas y variadas. Los dólmenes, de forma simple o compleja, se han encontrado difundidos en España, en Francia, en Inglaterra, en Escocia, en Dinamarca, en Alemania, en el norte de Africa y en el mediterráneo oriental.

Otros monumentos megalíticos de significación religiosa son el *menhir,* el *cromlech* y la *alineación.* El menhir consiste en una piedra alargada plantada verticalmente en el suelo. Su significación concreta nos es desconocida, aunque no se discute su valor religioso-funerario. El menhir, precursor de los posteriores obeliscos, viene a ser en su verticalidad como una plegaria subiendo hacia el cielo, morada eterna del Gran Espíritu. Los menhires dispuestos en círculo forman el cromlech, que es conocido como forma de templo entre los pueblos celtas, y que abundan en la Bretaña y en Inglaterra. Cuando los menhires están dispuestos en filas hay que hablar de «alineaciones».

Sería extenso, y escaparía a los propósitos de este libro, el enumerar todas las formas sepulcrales que el hombre prehistórico ha realizado, con piedra o con cerámica, movido por el impulso motor del culto a los muertos, pero está fuera de toda discusión que estos monumentos pétreos son índice y reflejo fiel de su arraigado culto animista, que el hombre primitivo ha plasmado en sus incipientes obras de arte.

Abandonando las lejanas tinieblas de la historia y echando una ojeada sobre el arte de los primitivos actuales, descubriremos que el sentido mágico y religioso impreso en sus creaciones artísticas no difiere de las grandes líneas del arte nacido de las creencias animistas. Es con una finalidad puramente ritual que el indígena de las islas oceánicas se aplica en su trabajo para representar fielmente la imagen de su antepasado, pues está persuadido de que al hacerlo revive en

cirto modo a la persona difunta. Para el primitivo oceánico, todas las fuerzas que constituyen el hermoso juego de la vida se resisten y luchan contra la llegada y aceptación de la muerte. De aquí nace, violento y apasionado, el culto a los muertos, que se apoya en gran manera en su arte y que colabora en esta lucha contra las tinieblas de lo desconocido.

Pero como para el primitivo oceánico todo lo que existe está animado por espíritus o genios, su arte reflejará el cuidado puesto en sus fabricaciones artísticas, tan variadas como ricas en formas imaginativas. Fetiches, máscaras, bastones, hachas o mazas son algo semejante a un homenaje silencioso hecho por el primitivo a la vida en cualquiera de sus formas y manifestaciones. Por esta misma razón su arte, más que realista y frío, es expresionista y emocionado, como corresponde a un acto de fe nacido de las más profundas fibras del hombre. Los dioses del mal se representan con faz terrible y rasgos dislocados, proyección subjetiva de las creencias del artista.

En Oceanía, como en pocos lugares del globo, es evidente el común tronco que hace brotar a la religión, como creencia, y al arte, como manifestación externa de esta creencia. En las Nuevas Hébridas las estatuas se hacen con la única finalidad de remplazar al cuerpo del difunto, con su rango, sus honores y sus dignidades. Para acentuar la impresión de vida, los indígenas recurren a pintar su superficie con los pocos colores de que disponen: el negro, el verde, el rojo, el amarillo y el blanco. Como estas esculturas se tallan en troncos de árboles, sus formas y posiciones vienen condicionadas por la forma del tronco, que puede ser ventruda, alargada, fina o gruesa, dando su sello peculiar a cada escultura.

El arte floreciente del océano Pacífico se hará justamente célebre por el cuidado puesto en la fabricación de máscaras, máscaras rituales, que el primitivo utiliza para identificarse con la divinidad, para implorarle un favor, para elevarse por encima de su condición humana, para engañar a una deidad enemiga, para combatir a los espectros o para entrar en lucha con las

fuerzas de la Naturaleza. La máscara ha sido, más que otra cualquiera, la manifestación artística ligada profundamente a las creencias sobrenaturales de los pueblos. Con el paso del tiempo, el primitivo significado llegará a perderse y los niños que juegan enmascarados durante el Carnaval habrán adoptado, sin saberlo, un elemento folklórico de la más pura raíz pagana.

La utilización de la máscara está en gran parte ligada a las formas artísticas del teatro y de la danza, por lo que en parte será examinada más tarde, pero no puede pasarse por alto esta original manifestación plástica de los pueblos primitivos de Africa y, sobre todo, de Oceanía. La máscara, materia inerte, llega a vivir y a vibrar merced a los impulsos rítmicos con los que el primitivo le anima, justificando, en cierto modo, el fundamento de toda religión animista.

«La máscara danza —escribe Schneider—, las fases cinéticas, transforman la rigidez en pulsación y la transfiguración se realiza. La máscara cobra vida y el hombre primitivo sucumbe ante esta visión. El ritmo colectivo de la danza circular suprime el pensamiento individual del indígena, ya debilitado por la prolongada espera del acontecimiento, y el redoble sordo y acelerado del tambor precipita la borrachera en vértigo. El milagro es tan grande que el hombre blanco no puede mantenerse como espectador indiferente, sin un profundo zumbido en la cabeza, que delata el instinto primitivo que late en las profundidades del subconsciente.»

La máscara oceánica, como elemento artístico, ha sido un descubrimiento relativamente reciente de los investigadores. Y cuando el gran ciclo realista, que abarca desde el arte griego hasta el fin del impresionismo, parece agotado y vacilante, muchos artistas de Europa y de América han vuelto sus ojos a las fuentes del arte primitivo, que goza, hoy más que nunca, de una viva actualidad.

La máscara, como manifestación, artística tiene otro especial interés por significar el punto de unión y de fusión de la Escultura y de la Pintura. De estas dos artes, que en cierto modo son complementarias, como el color plano lo es del volumen incoloro, la más efímera

de ellas es la pintura. La escultura, al igual que la arquitectura, supone una solidez material que la preserva contra los embates del tiempo. La pintura, por el contrario, nace como arte frágil en razón de la materia que la soporta y de la inconsistencia química o física de los rasgos o de los colores. Esta ligereza o fragilidad hace que las formas de arte pictórico primitivo conocido sean relativamente poco abundantes. Pero los testimonios prehistóricos conservados, como las escenas de caza o el famoso bisonte de Altamira, tienen probablemente una función mágica, a deducir de los datos aportados por la Etnografía comparada en el estudio de las actuales culturas cazadoras. Análoga finalidad parecen tener las artes de la ornamentación y decoración del cuerpo humano y de los utensilios y viviendas, ya sea para proteger la morada contra los malos espíritus, o para dar fuerzas al cuerpo del cazador con el tatuaje, o para ayudarle a engañar a la presa o, simplemente, para diferenciar a los guerreros de diversas tribus o para protegerlos contra las picaduras de los insectos. Como especial manifestación plástico-religiosa de algunos pueblos totemistas hay que citar las soperas y recipientes tallados en forma de animal.

Pero dejando atrás las formas de vida más atrasadas históricamente y penetrando en las primeras civilizaciones orientales, no es difícil observar que el arte de los grandes imperios sigue la misma dirección, con un sobreañadido refinamiento, fruto de una mayor madurez cultural. La pintura, en Egipto, desempeña una función en las tareas de defensa contra la muerte, que es, a fin de cuentas, la finalidad primordial de todo este arte. Mientras la Arquitectura construye para los sarcófagos tumbas inviolables y monumentales y la Escultura dota al alma de un cuerpo suplementario e indestructible, la Pintura, mediante sus imágenes sobre las paredes de la tumba completa la decoración, asegura la vida futura de la momia e, incluso, grabada en lenguaje jeroglífico sobre los papiros, da al muerto una guía para que su alma no se pierda en el Más Allá.

El arte funerario egipcio sufre una acusada evolución en sus cuarenta siglos de historia, aun mantenien-

do una gran línea directriz, que es su proyección hacia el otro mundo. La necrópolis real de Abidos, destinada a los faraones de la primera dinastía, es una simple obra de ladrillo revestida con una capa de barro. Luego, por evolución, aparecerá en la época menfita la *mastaba*, construcción rectangular y de techo plano, que tiene ya el aspecto de una morada, réplica a la estancia terrestre. En la *mastaba* hay un departamento destinado al alma, en el que ningún ser viviente podía penetrar; una sala de audiencia en donde eran depositadas las ofrendas, y otra cámara con la estatua del difunto o difuntos de la misma familia. Esta vivienda sepulcral fue evolucionando y adquiriendo una mayor monumentalidad hasta llegar a ser la pirámide escalonada. La pirámide representa, como pocos monumentos históricos, la plasmación en la piedra del ansia de inmortalidad y el deseo de sentir la supervivencia por medio de la arquitectura. La pirámide estaba formada por un núcleo funerario, con su cámara regia, envuelto por sucesivas capas de piedra y protegido por laberintos y caminos obturados. De esta forma el faraón pretendía no ser molestado en la otra vida y protegía los cuantiosos tesoros que rodeaban su sarcófago. Si las famosas pirámides, como las de Kheops, Khefrén y Mikerinos, han dado justa fama al arte egipcio por su monumentalismo, no por ello hay que olvidar los colosales templos que con gigantesco esfuerzo alzaron aquellos hombres, como los de Karnak y Luxor, que son joyas del arte religioso de todos los tiempos.

Durante el Imperio Medio el arte funerario se transformó y la construcción de pirámides fue abandonada por la de hipogeos y templos rupestres. El arte egipcio evolucionará para perder su primitivo monumentalismo y acabará por sufrir, con la dominación de Alejandro, una completa helenización. Pero las grandes pirámides, que quedan como testimonio monumental de un arte orientado hacia la otra vida, no podrán substraerse a la violación y pillaje de los salteadores de tumbas, que demostrarán cuán efímeras fueron las precauciones de los faraones y el celo de sus arquitectos.

En la zona históricamente vital del Asia Anterior las culturas florecientes demostrarán, una vez más, la común raíz del arte y de la religión, nacidos ambos de unas preocupaciones de orden sobrenatural, y en otros casos de imperativos militares y defensivos, como ocurre con las fortalezas asirias y persas. En todo caso el arte nace, sobre todo, como manifestación «útil», al servicio del hombre, más que como pasatiempo. De la primera dinastía Ur, en Caldea, data el templo del rey Anipadá en Al-Ubaid, consagrado a la diosa de la maternidad y representada en forma de vaca. Este templo, importante hallazgo arqueológico, está construido con ladrillos de arcilla secados al sol, pues en Mesopotamia, a diferencia de Egipto, no existía la piedra, lo que obligó al uso del ladrillo y a la invención del arco, la bóveda y la cúpula para cubrir sus construcciones. Pero este templo primitivo no es el tipo más representativo de los adoptados por los constructores caldeos. El zigurat, formado por plataformas superpuestas que semejan una pirámide escalonada, y en cuya cúspide existía una habitación consagrada al dios, y con una doncella como servidora, es el prototipo clásico del templo caldeo.

Estos templos no debieron ser únicamente centros de vida religiosa, sino también de vida comercial y social y estuvieron servidos por numerosos sacerdotes y funcionarios. En Borsippa se ha hallado en bastante buen estado de conservación el zigurat de Birs Nemrod, que constaba de cuatro pisos, aunque de los altares y de la habitación divina no se conserva ningún resto. Tampoco queda vestigio del más famoso de los zigurats, la fabulosa torre de Babel, descrita por Herodoto y reproducida por la imaginación de Koldewey. Estos templos, macizos y recargados y muy diferentes a las construcciones egipcias, eran muy oscuros en su interior, ya que toda la iluminación procedía de la luz natural que penetraba por las puertas. En la legendaria Babilonia floreció mejor que en parte alguna este tipo de construcciones. Allí se alzó, precisamente, el templo de Marduk, dios protector de la ciudad, y la famosa torre de Babel bíblica.

La escultura, en estos imperios, estuvo también al servicio de las creencias. Los artistas orientales representaron a sus monarcas, encarnaciones divinas, con sus atributos de poder y de realeza, a sus múltiples divinidades y a sus animales sagrados, vestigio de antiguas formas totémicas. La representación de animales, con fines diversos, se encuentra con frecuencia en el arte egipcio, asirio y persa.

En la India, como en las restantes civilizaciones, el arte religioso comienza polarizándose hacia el culto funerario. La *estupa* búdica (*estupa* significa túmulo) es un montículo semiesférico, derivado de los túmulos prehistóricos, y destinado a contener restos sagrados. Generalmente estos túmulos tienen una profusión de complementos ornamentales que rodean al túmulo propiamente dicho.

Pero el arte indio viene señalado, fundamentalmente, por dos grandes líneas culturales. Por una parte, la influencia religiosa en los motivos plásticos del tema de Buda, de su vida y de sus representaciones, que rebasan a los de la trinidad o *trimurti* hindú. Por el otro, las sucesivas influencias nacidas de la superposición de la cultura persa y de la griega, por virtud de la invasión de Alejandro Magno. Estas corrientes culturales se harán patentes en las representaciones de Buda, el Maestro, con sus formas helenizantes y armónicas, como cruce y fusión de un concepto artístico extranjero que había plasmado su ideal de belleza en las esculturas de Apolo o de Afrodita. Así pues, a la edad brahmánica sucede la edad búdica, y dentro de ésta una época de asimilación de formas artísticas importadas por la fuerza de las armas griegas victoriosas.

En la India del Sur, en cambio, más lejana y protegida de las invasiones, el arte hindú se manifiesta con mayor pureza, en el concepto y en la forma. Sus grandes templos recobrarán todo el esplendor al producirse, hacia el siglo VIII, un nuevo resurgir del arte brahmánico, acompañado de la decadencia de su contraria, la doctrina búdica. Los templos de Elora, de Camboya, y la pagoda de Chillumbrum son testimonios elocuentes de esta nueva evolución y un reflejo fiel del

índice religioso del país. La asimilación de formas musulmanas, con la irrupción del islamismo, señala el último peldaño de la evolución religiosa hindú.

El tema de Buda será un fecundo vehículo artístico que penetrará en la China y en el Japón, movido por las corrientes de expansión religiosa. Si el Ormuz persa, el Yahvé judío y el Alá musulmán han escapado a la representación escultórica o pictórica, no ha ocurrido así con el profeta indio, y el impulso cultural de Grecia no ha sido ajeno a estas representaciones magníficas. De la India, el Buda helenizado, con formas suaves, volará hacia la China y el Japón, como mensajero de una religión y de un arte nacidos de la conjunción griega e hindú. Buda ha penetrado en China por la frontera del sudoeste en los primeros siglos de la Era actual, para asentar su pesado cuerpo de bronce sobre una flor de loto, elemento nuevo de la cultura china. Pero los rasgos armoniosos, la placidez del rostro, la tranquilidad espiritual y el equilibrio físico de estas representaciones sigue hablando de la doctrina del Nirvana, tanto como de los elementos culturales griegos, que podrían descubrirse, por ejemplo, en cualquier Apolo helénico.

Buda saltó de China a Corea y el Japón, tomando en cada importación nuevos rasgos antropomórficos, añadidos por la imaginación popular. Pero la esencia del profeta hindú no será alterada, y mientras unos artistas asiáticos labren imágenes espantosas de dragones y de monstruos, la figura de Buda seguirá contrastando por su admirable placidez.

China, país de arraigadas tradiciones, ha admitido en su seno la figura del apóstol asiático, de la misma forma que admitirá las estructuras de los templos indios, y de este país importará la *estupa* búdica y la pagoda. La pagoda es una torre de base poligonal, generalmente de seis u ocho lados, que a partir de la base disminuye gradualmente hacia arriba, y está dividida en un número impar de pisos. Cada piso tiene una especie de cornisa, de cuyos ángulos penden campanas. Los templos taoístas adoptarán también estas formas de procedencia hindú.

Además de las estupas cónicas existen otros importantes monumentos funerarios en China. Las tumbas imperiales, por ejemplo, se componen de la tumba propiamente dicha y de los templos circundantes. La tumba es subterránea y está excavada en un montículo o en la ladera de una colina, adonde se penetra por una larga galería abovedada.

La escultura monumental china tiene su origen en el arte funerario, al igual que ocurre en Mesopotamia. Las esculturas de animales, con frecuencia leones, se disponían formando una avenida que conducía a la colina sepulcral, como si montasen guardia al difunto enterrado.

Las formas artísticas chino-hindúes fueron exportadas al Japón, colonia cultural de China, aunque tomando allí un nuevo sello local. Los templos búdicos y las pagodas no diferían mucho de sus modelos, aunque en el arte de la pintura sepan encontrar soluciones nuevas, que las separan del patronazgo chino. Los monumentos religiosos japoneses se construyeron con frecuencia de madera, debido a la inestabilidad sísmica del suelo isleño.

Los imperios de la América precolombina no escapan, evidentemente, al desarrollo de unas arraigadas formas artístico-religiosas. Sus representaciones de dioses, feroces entre los aztecas y mayas, no son menos significativas que los monumentales templos en los que se honraba a las divinidades y se efectuaban sacrificios humanos. Entre estos monumentos el más típico es el *teocalli*, que tiene la forma de una inmensa pirámide de gradas, que recuerda a las egipcias, aunque su destino y función sean muy diferentes.

Si las grandes civilizaciones orientales y precolombinas reflejan unas estructuras politicorreligiosas basadas en el despotismo y en la teocracia, la civilización griega será la que sabrá romper con estas viejas formas orientales, y aun adoptándolas, las remozará con una nueva savia democrática. Esta evolución politicorreligiosa ha quedado patente y estampada en las formas artísticas. Si las esculturas de la Grecia arcaica, monárquica y despótica, reflejan una rigidez y hieratismo de

origen oriental, el nuevo arte helénico romperá con estos moldes y sabrá imprimir un nuevo hálito vital a sus figuras.

En Grecia más que en ninguna otra parte, las artes plásticas están solicitadas por la religión. El paganismo griego aceptará, sin resistencia, la representación antropomórfica y asimilará el culto de los dioses al de la belleza humana. Por esto los artistas griegos han hecho descender a sus dioses al nivel humano y el mármol eternizará en las figuras de Afrodita, de Apolo o de Zeus los ideales físicos de la belleza humana. El paso es decisivo y rompe con los lejanos e inasequibles dioses del cielo oriental; las formas han sido radicalmente alteradas. En su ansia por la materialización, los griegos han cultivado con más intensidad y fortuna la escultura que la pintura, y han culminado la fusión de las formas artísticas con las ideas religiosas mediante la construcción de templos soberbios, como el del Partenón, consagrado a Palas Atenea.

Como si se proyectasen sobre las artes plásticas las ideas de Platón sobre los arquetipos ideales, los artistas griegos han querido eternizar sus ideales de perfección sobre el mármol. Su idea es luminosa y va a marcar un jalón en la historia de la cultura. Por esta razón sus templos no son inquietantes, como los orientales, ni sus dioses repugnantes o feroces, como los del antiguo México, sino agradables, esbeltos y proporcionados. Su arte es, todo él, un canto pagano al hombre, contemplado a través de sus dioses antropomórficos.

Analizar el contenido y la significación religiosa del arte griego escaparía a los límites de esta obra, porque todo el arte griego es, en suma, un colosal acto de fe religiosa, un acto de fe depositado en la belleza y fuerza del cuerpo del hombre y de la mujer. He aquí integradas, en tronco común, una forma de pensar religiosa y una visión artística que, en el fondo, no son más que una misma cosa, expresión peculiar del sentir griego que abandona el culto al Más Allá de los egipcios, para fijar su mirada en el presente histórico y terreno y en la luz circundante del Mediterráneo.

Por eso el examen de las obras de Fidias, o de Praxi-

teles, o la descripción de sus templos esbeltos y luminosos, nos conduciría a la conclusión de que la religión griega tiene poco que ver con las orientales, aunque les haya pedido prestados sus motivos, porque la religión pagana griega es una religión terrena, apegada a la belleza, al placer y a la intensidad del presente humano y que no quiere saber nada de las tinieblas de un Más Allá frío y lóbrego.

Los técnicos y los historiadores de arte han medido y catalogado las armonías y proporciones de los templos helénicos y han establecido las dimensiones y la regularidad anatómica de sus estatuas, pero todo esto dice muy poco al profano en la materia. Las leyes de armonía y proporción no necesitan ser medidas para ser apreciadas y percibidas. Los atletas desnudos, la Victoria de Samotracia o la Venus de Milo son más elocuentes para el profano que un catálogo de cifras y de proporciones. La Diana cazadora, el Apolo de Belvedere o la Venus del Capitolio hablan un lenguaje artístico que será sin dificultad universalmente apreciado por los hombres de todas las épocas.

Pero la Grecia del período helénico, además de aportar una cantidad notabilísima de obras maestras, irradiará su cultura y su visión humanas por el Oriente y por el Mediterráneo. En Occidente el legado cultural se instalará en las fronteras mismas del imperio romano. El arte romano, sobre todo en lo tocante a las artes plásticas, no hará otra cosa más que emplear las formas y métodos de los artistas griegos.

Las tumbas y sarcófagos de tierra cocida de los etruscos señalan ya una vecindad con el arte griego de los siglos V y VI antes de Jesucristo. Pero será la conquista la que introducirá en Roma el Olimpo griego, que pasará ahora a poblar el Panteón romano. La fastuosa vida del imperio solicitará los servicios del arte, pero Roma, no puede olvidarse, es antes un pueblo de juristas que de filósofos, y de políticos más que de artistas; por eso su sentido práctico se revelará en sus grandes obras públicas cumplidamente. El impulso interior que conduce al culto idealista de la belleza entre los griegos se ha perdido en el imperio romano que,

un poco artesanamente y sin aquel aliento, copia y recopia los modelos helénicos. El culto político se intensifica y César y Augusto serán asimilados a los dioses inmortales en unas estatuas de exaltación heroica. Los bustos de emperadores y de magistrados van a multiplicarse; pero apartándose de la gracia alada del cincel griego, el artista romano buscará la reproducción del detalle realista y algunas veces caerá en lo recargado y trivial. El impulso interior de la religión griega se ha transformado en el sentido práctico y poco fervoroso de los romanos.

Roma ha difundido por Europa una concepción del arte que se ha convenido en denominar «clásica» (o grecolatina). En Nimes, en Tréveris o en Roma los monumentos que pregonarán este apogeo son muchos y demasiado conocidos para hablar de ellos. Pero aunque el Cristianismo borre del imperio romano las creencias paganas, el gran ciclo del arte grecolatino no sucumbirá y volverá a aparecer, con todo su contenido mitológico y pagano, en el Renacimiento, en los albores de la Edad Moderna del mundo. El mito grecolatino de Venus y Adonis, la pareja joven y hermosa, será, por ejemplo, un motivo que quedará para siempre incrustado en el arte de todas las épocas, aunque se olvide y pierda su origen legendario de raíz tónico-solar. Tiziano, Rubens, Albano, El Veronés, Prod'hon y Poussin, entre otros, inmortalizarán la vieja leyenda pagana hasta incorporarla al ciclo de levendas amatorias de nuestra cultura contemporánea. Y la literatura, como el teatro, volverán a buscar, una y otra vez, sus fuentes de inspiración en los mitos eternos de la Antigüedad clásica.

El impacto del arte grecolatino será tan potente que el Cristianismo, que con su doctrina borró la mentalidad y las formas de vida pagana, no podrá resistirse a la adopción de las formas artísticas del imperio. En sus catacumbas, que eran a la vez templos y cementerios, florecieron las primeras actividades artísticas en forma de pinturas que decoran la pared, utilizando los símbolos de la naciente religión, como el pez y el cordero. En los sarcófagos de piedra se encuentran, igual-

mente, motivos paganos critianizados, como el buen pastor, Orfeo, la paloma, el pez, el león, la nave y el áncora. Este arte cristiano primitivo, o arte paleocristiano, no ha sabido sustraerse a la influencia del gran arte grecolatino. Tampoco lo hará cuando, concluidas las persecuciones, pueda practicar libremente sus ceremonias de culto y el típico edificio romano, la basílica, se convertirá en templo.

Pero el ejemplo más notable de esta influencia artística surgirá con las interpretaciones antropomórficas de la divinidad, en pinturas y en esculturas, que es algo que no hicieron los hebreos ni osarán hacer los mahometanos, por expresa prohibición de su profeta. Y cuando surja un arte cristiano autóctono, durante la Edad Media, con las colosales catedrales románicas y góticas, la tradición estará tan arraigada que seguirá representándose a la divinidad, esculpida sobre la piedra o pintada sobre un retablo.

El arte será para los cristianos, como para los restantes creyentes del mundo, un lenguaje materializado en la piedra, en el mármol, en las paredes o en los templos, expresión viva de una forma de culto y de homenaje a la divinidad. Con sus formas diversas y sus estilos dispares, una mezquita musulmana, una pagoda o un templo cristiano han nacido, por igual, de un irreprimible impulso interior, que obliga a honrar a la divinidad de la cual el hombre depende. El lenguaje del arte, que resiste el paso de los siglos, es una forma de oración que testimonia y da fe de las creencias del hombre en cada momento histórico.

La religión y las artes del tiempo: el rito

Si la filiación religiosa de las primeras manifestaciones de las artes plásticas parece indiscutible, la convicción se arraiga todavía más al examinar las formas más antiguas y efectistas de expresión artística que componen la trinidad formada por la música, la danza y el teatro, como artes complementarias e inseparables. La música provoca espontáneamente a la danza y ésta

es, en definitiva, música desde su origen. Pero la danza es también actuación, mímica, drama, esto es, representación pública y teatral, como expresión de una necesidad interna, de un estado de ánimo o de una invocación sobrenatural.

A decir verdad el hombre no necesitó aprender estas artes, como necesitó dominar la técnica de la reproducción pictórica, por ejemplo. La música le es connatural, porque el hombre, desde que nace, es algo semejante a un instrumento musical, que se expresa con gritos de júbilo o con lamentos de pena o de dolor. Con su voz el hombre da forma audible a sus sentimientos; con sus manos palmotea y produce sonidos de expresión espontánea, y lo mismo hace con los pies al golpear el suelo. Los etnógrafos han descubierto tribus paupérrimas, en Tasmania y en Australia, que no conocen la indumentaria, desconocen la vivienda y viven en un atrasadísimo estado material. Pero estos hombres no desconocen la música.

Con su voz y con sus extremidades el hombre produce las primeras formas musicales, primitivas y rudimentarias formas de ritmo nacidas del canto y de las palmadas. Luego, de la observación y de la reflexión, surgirán los primeros instrumentos musicales, que ampliarán su escala de posibilidades sonoras. El tronco hueco golpeado con las manos o con un palo dará origen a una serie más o menos elemental de instrumentos de percusión: el tambor, la marimba, la sansa africana y la carraca, con la que los chamanes entran en éxtasis, al igual que nuestros bebés se extasían manejando el sonajero. El primer instrumento de viento será la flauta, elaborada con huesos de animal o del enemigo muerto en combate. Con estos instrumentos primitivos el hombre comienza a acompañar sus melodías. Es curioso observar cómo en estas tareas musicales surge también la división de funciones de acuerdo con el sexo. El redoble del tambor es, en general, una actividad musical reservada a la mujer.

La música y el baile pueden nacer como actividad destinada a combatir el ocio. Pero lo más frecuente, y esto es lo más importante, es que la danza y la música

surjan porque el hombre desee decir algo, expresarse, comunicarse con la divinidad o propiciarse al enemigo muerto. En Madagascar las mujeres bailan cuando sus maridos están combatiendo para comunicarles fuerza; durante los eclipses de sol los indios chicotín danzan en círculo para que el astro rey vuelva pronto a la vida y los habitantes de Timor bailan y cantan implorando el perdón del enemigo muerto en combate. Los ejemplos podrían prolongarse hasta el infinito y de ellos surgiría la evidencia de que los hombres cantan y bailan hasta el agotamiento y el éxtasis para cumplir alguna función mágica o sobrenatural. Que la danza y el culto aparecen ligados por doquier lo demuestra el hecho de que el rey David bailó entre las mujeres, con un arpa en la mano, ante el Arca de la Alianza.

De esta forma la danza, nacida de un íntimo deseo de expresión religiosa, aparece enraizada con el drama, con la representación teatral. Común origen tienen, por ejemplo, las máscaras rituales, nacidas de idéntica exigencia. La máscara, al servicio de la danza dramática, servirá para ahuyentar a los malos espíritus y para conjurar a los demonios. La máscara, como instrumento religioso, servirá a una determinada clase de personas, a los componentes de la clase sacerdotal, personas especializadas en la lucha contra los poderes sobrenaturales o servidores de ellos. Así, por ejemplo, en la isla de Ceilán los sacerdotes se disfrazan con máscaras horribles y de significación demoníaca cuando han de extraer los malos espíritus del cuerpo de un hombre. Estas ceremonias exorcistas van acompañadas de arrebatos de éxtasis y frenéticas convulsiones del celebrante. Los indios pertenecientes a la secta del lobo *(tlokoala)*, en la isla de Vancouver, se disfrazan con pieles de lobo y con máscaras que imitan a este animal para efectuar sus ceremonias de iniciación, de neta raíz totémica. En la ofrenda de Gueza, de los antiguos indios chibeha, en la que a un joven se le arrancaba el corazón, los sacerdotes celebrantes representaban a los dioses disfrazados con máscaras horribles y repugnantes.

De estos espectáculos rituales, nace la máscara o

careta teatral, que, a decir verdad, cumple una función menos terrible e inquietante. La antigua careta teatral de los griegos proporcionaba el ejemplo más conocido, pero su difusión es también grande por todos los pueblos asiáticos, africanos y oceánicos. En América alcanzarán especial perfección las caretas articuladas, en las que la boca, las orejas y los ojos pueden moverse a voluntad. Las caretas javanesas, famosas por su perfección, están talladas en madera y policromadas de vivos colores. El actor sujeta la máscara con sus dientes mediante una lengüeta, de modo que no puede articular palabra y el recitado corre a cargo de un especialista declamador.

Antes de iniciar un examen más detenido de la significación de estas artes, examinaremos brevemente la Poseía, que parece haberse originado como un arte complementario de la música, vocalizando los compases rítmicos. Lo poco que se conoce sobre formas primitivas de poesía está basado en himnos religiosos y en narraciones de exaltación de dioses, héroes o guerreros célebres. Esta hipótesis está dotada de unas características técnicas muy notables; no conoce reglas métricas, aunque la armonía viene dictada por el sentido del ritmo que intuitivamente aprecia el salvaje, su texto es simple y está tejido de frecuentes y monótonas repeticiones y reiteraciones temáticas. Estas poesías, que lo mismo son himnos de guerra que narraciones cosmogónicas y mitológicas, sobre el lejano origen de los dioses y de los hombres, han aportado un caudal considerable de conocimientos a los investigadores, por tratarse de formas artísticas de suma antigüedad, que han transmitido intactas remotísimas leyendas mitológicas.

Cuando se investigan las formas originarias de esta actividades religioso-dramáticas surge inmediata la pregunta de dónde, cómo y cuándo se fueron formando y evolucionando estas manifestaciones hasta convertirse en lo que son actualmente. A este respecto los japoneses tienen una hermosa fábula mitológica que explica los orígenes del teatro, enraizado, precisamente con la danza y el canto. Cuenta la mitología japonesa que Amate-

rasu, la diosa del sol y de la luz, se ocultó en una profunda cueva, despechada por unas ofensas que le había inferido su hermano. Con la desaparición de Amaterasu desapareció del mundo y del cielo la luz que da vida a todo lo existente, y los dioses quedaron profundamente contritos. Pero he aquí que pronto idearon una estratagema para recobrar a la resplandeciente diosa. Colocaron frente a la entrada de la cueva una especie de escenario, engalanado con guirnaldas, joyas, espejos y banderas, y mientras los dioses tocaban músicas celestes con sus pífanos y timbales, la diosa Ameno-Uzume, bellamente ataviada, cantaba y bailaba ante la entrada misma de la gruta. Amaterasu quedó extasiada ante tan bello espectáculo y, movida por la curiosidad, salió de la cueva. Así volvió la luz al mundo y así nació el primer teatro.

Esta fábula mitológica registra, por vez primera, el origen divino del teatro, pero no será en Japón, sino en Grecia, en donde adoptará las más típicas formas de culto religioso, durante las fiestas en honor del dios del vino, Dionisios.

Era una fiesta tradicional en el calendario griego la que se celebraba en la época de la vendimia y en la que los agricultores honraban a Dionisios con cantos rústicos y con juegos escénicos. En el centro del proscenio se alzaba un estrado cuadrado (*thumelé*), en donde se ofrecían sacrificios en honor del dios, antes de comenzar el espectáculo. En torno a este altar agrupábanse los músicos y los coristas, que mientras ejercían estas funciones eran asimilados a los sacerdotes y por ello eran declarados inviolables y sagrados. La ofrenda consistía, por lo general, en un macho cabrío y era consagrado a Dionisios cuando se representaba una tragedia y a Apolo cuando se trataba de una comedia. A este respecto hay que hacer notar que los cantores se maquillaban groseramente pintándose el rostro con las heces del vino y cubriéndose con pieles de macho cabrío (*tragos*, en griego), de donde procede la palabra «tragedia». Las ceremonias burlescas, por el contrario, se denominaban *como*, de donde procede la «comedia».

Estas fiestas dionisíacas han sido consideradas uni-

versalmente como las que han dado origen a las representaciones teatrales, y así fue, en efecto, llegando a constituirse concursos dramáticos durante estas fiestas paganas. En un principio las representaciones eran sumamente sencillas: un cantor recitaba el texto y el coro se limitaba a repetir el estribillo. Sólo más tarde, un hombre emprendedor llamado Tepsis tuvo la idea de presentar las obras valiéndose de un carro, y así transportar a los mejores cantores a través de los pueblos. Este «carro de Tespis» formó la primera compañía teatral que conoce la historia.

Con el arraigo y apogeo de las representaciones, éstas llegaron a hacerse imprescindibles en las fiestas en honor del dios. Entonces las autoridades de cada localidad acordaron abrir concursos para premiar la mejor «tetralogía» (tres comedias y una tragedia), de forma que el teatro, además de actividad litúrgica, adquiere un carácter civil y oficial. Si las primeras representaciones se habían celebrado en el campo abierto, junto a una colina en la que el público se agolpaba, más tarde se van alzando teatros semicirculares de piedra, que tienen en el centro un pequeño altar consagrado al dios del vino. En estos teatros actúan los actores en el escenario, con una máscara que tiene doble función; por una parte representa unos rasgos faciales exagerados que pueden percibirse a gran distancia, por el otro la abertura de la boca hace las veces de megáfono y la voz del actor llega hasta las últimas localidades. Con semejante finalidad calzaban los actores un zapato muy alto (coturno) que alzaba su silueta. El coro no ocupa jamás el escenario y se sitúa en la orquesta. Su función era la de comentar lo que sucedía sobre el escenario.

El teatro de títeres tiene, igualmente, un origen religioso y litúrgico. Los griegos tomaron de los egipcios el arte de mover los títeres, y en sus fiestas públicas fabricaban estatuitas de dioses, en especial de Dionisios, que movían mediante hilos ocultos y articulaciones mecánicas. Los javaneses son también aficionados al arte de los títeres, y en ellos representan a los espíritus del bien y del mal. Y la ópera, síntesis de la música y el

drama, tiene un idéntico origen litúrgico como rama lateral del teatro.

Los teatros romanos y griegos eran de una gran capacidad, como los de Herculano y Pompeya, que daban cabida a treinta mil o cuarenta mil espectadores. Estos teatros tenían ya muchas características de los modernos. Así, por ejemplo, tenían un telón frente al escenario que se alzaba al comenzar la representación y que caía al concluir. La tramoya de estos teatros era bastante compleja, y los griegos conocían aparatos para producir nubes, truenos o relámpagos artificialmente y trampas escondidas en el suelo del escenario.

El teatro, nacido como ceremonia litúrgica, alcanzará una noble categoría artística merced a los grandes autores trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides y a los comediógrafos Aristófanes y Menandro. Pero el teatro, que arraigará como diversión popular en Roma, llegará a degenerar en formas orgiásticas y obscenas al final del Imperio.

El teatro romano había creado un tipo de comedia en la que cabía una pintoresca tipología dramática: el padre noble o *pater*, el capitalista o *dives*, el cómico o *ridiculus* y el tono o *stupida persona*. Los enanos y los monstruos fueron muy solicitados en las comedias, hasta el punto de que se llegaba a mutilar a personas o a encerrar a los futuros cómicos en moldes deformantes desde su más tierna edad. Estas prácticas y la fama de obscenidad que iban adquiriendo los cómicos provocaron varios decretos de Augusto, Claudio, Tiberio, Calígula, e incluso el cruel e impúdico Nerón tuvo que desterrar a algunos de ellos. Pero el teatro había arraigado hondamente en el pueblo y cada vez eran más frecuentes las pantomimas licenciosas, en las que se reproducían, sin escatimar detalle, los episodios amatorios de la mitología pagana. La caída del Imperio fue la que cerró definitivamente el capítulo del teatro romano.

Pero el teatro nace en Egipto, Japón, China, India, Turquía, Persia y Java con idénticos imperativos de orden mágico y religioso acomodado a sus creencias y a su mentalidad. Por considerarlo sumamente pintoresco reproducimos un pasaje de Lutys, en el que des-

cribe cómo se efectuaban las representaciones y pantomimas del antiguo Egipto:

«Saltos risueños de ligeros adolescentes que obedecen a las señales acompasadas de su maestro —escribe Lutys—, juegos de manos vertiginosos; simulacros de combate implacable... Después, de pronto, entre aplausos y quejumbrosos clamores, avanzan despacio tres negras del Khordotán, criaturas diabólicas de una fealdad alucinadora y cubiertas de fetiches que parecen ídolos toscamente esculpidos por un brujo en un tronco de árbol: no articulan una sola palabra, no profieren un solo grito; más bien que andar, se deslizan, hinchando su cuello papudo y balanceando de derecha a izquierda su sombría cabeza; parecen serpientes atraídas, hechizadas por un encantador, y quien las contempla se imagina encontrarse lejos de todo, en la cripta de algún hipogeo milenario. Mas la espantosa visión se ha desvanecido; suenan canciones que como vagos ecos repiten todos los labios y los instrumentos de todos, y de entre la multitud surge resplandeciente, ágil, felina, una mujer, más que hermosa, con su piel tostada y su máscara de gitana, que conoce los secretos de los naipes y de las estrellas. Aquella hembra tiene tanto de payasa como de almea; con groseras injurias aguijonea a los músicos que no tocan bastante de prisa ni con bastante ruido; diviértese puerilmente con cristales, con una jarra llena de agua, con bujías encendidas, hace cabriolas, se contonea, se disloca y huye soltando una carcajada.»

De la anterior descripción se desprende que en Egipto, al igual que en otros países orientales, el espectáculo escénico era una mescolanza de baile, música, pantomima y declamación. En este sentido el teatro antiguo quedó absolutamente enterrado con el advenimiento del Cristianismo y con las prohibiciones de los primeros padres de la Iglesia. Desaparecido el teatro clásico y relegado a algunas formas burlescas y a ciertas compañías ambulantes de titiriteros al iniciarse la Edad Media, podría parecer que el arte dramático había sido borrado entre las formas de expresión artística en Europa.

Pero he aquí que, cobijado en las iglesias de los pueblos, va naciendo con lentitud y timidez un teatro nuevo, totalmente desconectado de la tradición grecolatina. Tal vez los juglares y trovadores han contribuido al nacimiento de este teatro, ingenuo y sencillo, que representa escenas religiosas en las iglesias locales, primero en su interior y, finalmente, en la plaza pública, ante el edificio de la iglesia.

Este nuevo teatro contaba con unas formas escenográficas muy rudimentarias y sus temas solían ser episodios del Nacimiento o de la Pasión de Cristo, o escenas de vida de los santos patronos de la localidad. Este teatro piadoso, que nace durante la Edad Media europea, se desarrollará en Francia, en Alemania y en España siguiendo tres modalidades distintas, a saber, los Milagros, los Misterios y las Moralidades.

Las obras incluidas en la categoría de Milagros narraban la vida de un pecador, que a la hora de la muerte se salvaba por la intercesión de la Virgen María. Los Misterios escenificaban episodios del Antiguo y del Nuevo Testamento, y las Moralidades, que son las más interesantes y las más evolucionadas desde el punto de vista artístico, mostraban el combate alegórico entre los vicios y las virtudes. En estas piezas los actores iban disfrazados de «Gula», «Envidia», «Pasatiempo», «Apoplejía», etc. Dentro de este género alegórico se hicieron famosas en España las llamadas «Danzas de la Muerte».

El teatro tiene, pues, un neto origen religioso, y cuando las viejas formas del teatro pagano hayan desaparecido, a la sombra del Cristianismo medieval volverá a renacer, reafirmando así su raigambre profundamente religiosa. Con la danza ocurre algo parecido, y si Talía fue la musa protectora del teatro entre los griegos, Terpsícore será la divina protectora del baile.

Que el baile tiene un origen pagano queda simplemente demostrado con las recomendaciones morales y las prohibiciones y condenas proferidas contra este arte por san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Ambrosio o san Francisco de Sales. El baile no ha sido, en sus orígenes, el ejercicio gimnástico o el juego voluptuoso que

es hoy, sino una manifestación externa del culto religioso, muy ligado a las formas del teatro y de la pantomima.

La Biblia nos refiere (Exodo, XV, 20) cómo tras haber atravesado el mar Rojo, la profetisa María, hermana de Aarón, cogió una pandereta y todas las mujeres la siguieron cantando y bailando para celebrar aquel prodigio. Y en el Libro Segundo de los Reyes (VI, 14) aparece David bailando ante el Arca de la Alianza.

Al amparo de las ceremonias litúrgicas nacerá en Grecia la danza trágica y la danza cómica, y los sacerdotes bailarines de la antigua Roma, con sus colegios en Tibur, en Veies y en Túsculum, se harán universalmente célebres. Andando el tiempo las danzas sagradas fueron expresando cada vez con mayor franqueza su contenido y significación sexual, dando origen a las danzas libertinas, practicadas en las fiestas orientales, así como en Grecia y en Roma. Por esta causa, el advenimiento del Cristianismo señaló una serie de reiteradas condenas hacia las manifestaciones coreográficas; tal ocurrió en el Concilio de Cartago (año 397) y en el segundo del año 692 y en las decisiones del papa Gregorio III (731-734) y Zacarías (744).

Pero al igual que había ocurrido con el teatro, al antiguo baile proscrito sucedieron en la Edad Media otras manifestaciones coreográficas de significación religiosa, en las fiestas del Corpus y en las alegóricas representaciones llamadas «Danzas de la Muerte» o «Danzas Macabras».

Porque en el fondo del hombre ha latido siempre, como fortaleza inexpugnable, este sentido de la expresión que le hace exteriorizar sus sentimientos a través de formas rituales y artísticas que, si bien se mira, son una y la misma cosa. Por eso la danza, como el teatro o la pintura es algo imperecedero aunque se nos aparezca bajo formas tan diversas y variables. La danza guerrera de los dahomeyanos, las Floralias griegas o las danzas hebreas en honor de Yahvé obedecen a este secreto e irreprimible impulso interior, que hace que el hombre honre y se ponga en contacto con el Ser Supremo del que depende su existencia.

EPILOGO

Cuenta el explorador James Cook que cuando desembarcó en las islas de Hawai, sus habitantes, que nunca habían visto a un europeo, les tomaron a él y a sus compañeros por un dios. Los sacerdotes consagrados al dios Hono, divinidad marina, se reunieron en urgente conciliábulo y opinaron que Cook no podía ser otra cosa más que un dios errante que navegaba por las aguas del Océano. En consecuencia, los indígenas se postraron ante él y le ofrecieron abundancia de frutos y de animales, presentándole ceremoniosamente a los ídolos y elevándole, a su vez, sobre una especie de altar.

He aquí un ejemplo típico de la mentalidad «prelógica» de unos salvajes apegados a una forma de vida primitiva. Los sacerdotes que habían tomado a Cook por un dios, habrían, sin duda, divinizado antes también a los volcanes de su isla, a los peces que poblaban sus costas y a las nubes que les enviaban la lluvia desde el cielo. Esta mentalidad «prelógica» es, precisamente, la que ha hecho nacer de los interrogantes humanos la actividad mágica, primero, y el culto naturalista y animista después. He aquí los peldaños que conducen hacia las formas religiosas superiores, eslabones históricos que van señalando el paso de un estado infantil, mágico y naturalista, a un estado religioso adulto, con sus formas históricas de monoteísmo.

Pero esta evolución, se ha visto a lo largo de este libro, no ha sido rápida ni repentina. Miles de siglos de barbarie se enfrentan, en manifiesto desequilibrio, con los últimos veinte siglos de vida de la Humanidad.

El balance es significativo e invita a reflexionar sobre el pequeñísimo espacio que ocupa lo que denominamos «cultura moderna» en el gran libro de la Historia.

En el estado más primitivo de su vida el hombre ha echado una mirada a su alrededor y, manifestando su condición de humana inteligencia, se ha preguntado a sí mismo sobre el origen de las cosas, sobre el significado del terremoto, sobre el nacimiento del fuego, sobre el misterio de la muerte, sobre las causas de la lluvia o sobre el vuelo de las aves. He aquí un momento grande, y anónimo, en la historia del pensamiento humano. El cavernícola, a buen seguro, no ha encontrado respuestas para todas sus preguntas, pero lo cierto es que tanto él, como sus compañeros, han comenzado una batalla para modificar y vencer a una Naturaleza hostil que les rodeaba, al tiempo que trataban de desentrañar los misteriosos signos de su lenguaje: terremotos, glaciaciones, tormentas, desbordamientos o incendios.

Y en esta lucha para modificar la Naturaleza circundante el hombre ha inventado algo que es realmente precioso. El hombre ha inventado las herramientas, el útil, el arma... Pero el hombre, *homo faber*, además de fabricarse útiles de piedra, de palo o de hueso, ha inventado otra herramienta, inmaterial, con la que va a servirse para luchar contra las fuerzas enemigas. El hombre ha inventado la magia.

Claro que la magia, basada en postulados falsos de orden lógico, tiene más valor por lo que representa que por lo que es en sí misma, que es bien poca cosa. La magia representa el primer esfuerzo mental del hombre para explicarse los fenómenos que le intrigaban y para tratar de dominarlos, sean las fieras, la enfermedad o el terremoto. Esta preciencia será la que abrirá la puerta a las formas más rudimentarias de religión: el naturalismo, luego el animismo y por fin el xamanismo, que permite la comunicación con un Más Allá del que el hombre depende. Cuanto más cerca esté de la magia, más primitiva y más acento naturalista tendrá su creencia religiosa. Cuanto más avance, más abstracta y espiritualista, tendiendo a explicar todos los fenómenos por la presencia del Gran Espíritu creador.

Claro que en cada caso la deidad tendrá unos atributos propios de la forma cultural de aquel grupo humano. El dios de los cazadores no será interpretado ni imaginado como el dios de los pastores o el dios de los pueblos agrícolas, ni el dios de los esquimales será como el de los africanos. Pero, a pesar de esta diversidad, unos centros de atención religiosa se van fijando y van adquiriendo una especial importancia: el Cielo, la Tierra, el Sol, la Luna y el Fuego. Y como síntesis religiosa, fusión mítica y naturalista, surge el gran mito tónico-solar de los pueblos pastores y de los pueblos agrícolas.

Establecidas las bases de la idolatría, las religiones irán evolucionando al compás de las horas que señala el gran reloj de la Historia. Las emigraciones, las guerras, y los contactos culturales serán la causa de este fenómeno denominado «sincretismo», que no es otra cosa que la mezcla, combinación y síntesis de dioses diferentes y de sistemas religiosos dispares. Los dioses locales serán vencidos y sustituidos por los del pueblo vencedor; en otros casos se operará una fusión y de dos deidades diversas surgirá otra nueva. Todos estos fenómenos, nacidos de la dinámica de la historia, serán especialmente visibles cuando las divinidades sean representadas con los atributos físicos del hombre, o de los animales, como ocurrirá en Caldea y en Egipto. En este momento los dioses, mejor que en ninguna otra ocasión, podrán ser exportados, importados o asimilados, por la fuerza de las armas o mediante recursos pacíficos, como las relaciones comerciales. Esto no debe desdeñarse si se piensa que recientemente se han encontrado vestigios de la cultura babilónica en la remota provincia china de Hanoi.

Pero en todo caso los dioses sabrán adaptarse al nuevo aire y al nuevo clima local, con los atributos físicos que les otorgará la imaginación popular. Y aunque Assur, Hu, Pan-Ku, Odín, Zeus y Brahma vengan a ser la misma cosa, sus representaciones serán tan diferentes que el paralelismo llegará a hacerse irreconocible. De la misma forma, la religión será utilizada por los soberanos para asentar y apoyar su poder político.

No debe olvidarse, a este respecto, que estamos todavía en el período de las religiones despóticas, basadas en el terror, en los sacrificios humanos y en la oligarquía sacerdotal. Cuarenta siglos de historia egipcia vienen señalados por el estatismo histórico. El faraón es el hijo de Horus y señor del pueblo, y mientras aquellas convicciones permanezcan inamovibles en el pueblo, el faraón no tendrá que temer que su trono se tambalee. Otro caso será el de Grecia, que pasará de la monarquía despótica a la democracia cuando los filósofos comiencen a asaetear las creencias mitológicas con su reflexión y su análisis. Lo que fue imposible en cuatro mil años de historia egipcia, será un hecho en unos pocos siglos de historia griega.

Pero el ciclo religioso no ha concluido todavía, pues falta aún el capítulo más importante, el capítulo decisivo que abrió el monoteísmo del pueblo hebreo y que culminará con la resplandeciente figura de Cristo. A la religión del terror opondrá Jesús de Nazaret la religión del amor. A la religión de la opresión enfrentará Jesús la religión de la libertad. Otra vez se demuestra, con el advenimiento del Cristianismo, la importancia histórica y política que desempeñan las religiones. Un hombre humilde nacido en una pequeña provincia de los confines del imperio, bajo el reinado de Augusto, que no utiliza más armas que sus palabras y sus hechos, será capaz de provocar la bancarrota del mayor imperio de todos los tiempos. Y ahí, esta vez más que nunca, se inicia un capítulo nuevo de la historia universal.

Pero el lastre del paganismo no ha sido borrado todavía del mundo, a pesar de la consagración del Cristianismo en toda Europa. Los campesinos franceses y alemanes, lo hacían ayer y lo siguen haciendo hoy, se quitarán la gorra a la salida del sol, como homenaje al pagano dios de la fecundidad. Y toda una legión de cuentos y de fábulas, que las comadres explican a los pequeños a la hora de acostarse, será el legado anónimo de muchos siglos de paganismo, conservado y transmitido por anónima tradición. Niños encerrados en sacos, jóvenes raptadas por un dragón y rescatadas por un príncipe, como hiciera Teseo en el Laberinto, testimo-

nian que frente a veinte siglos de Cristianismo, se opone todavía un lastre histórico de cientos de siglos de paganismo.

Pero ahí reside, precisamente, la esencia de la dinámica de la Historia. Los acontecimientos no se producen por arte de encantamiento y lo que un día fue creencia arraigada no puede desaparecer con un leve soplo. Pensemos que hace muchos siglos la Tierra estaba en manos de nigromantes, hechiceros, astrólogos y magos, y que la lucha contra la sinrazón no puede liquidarse con un plumazo. Y para hacerlo más visible todavía, cerremos un momento los ojos y olvidemos nuestra confortable civilización tecnificada y moderna. Pensemos, entonces, que a unas pocas horas de nuestras orgullosas ciudades, en las selvas del Amazonas, en las tórridas llanuras de Australia o en la espesa jungla africana, unos hombres, hermanos nuestros, desconocen la escritura, la medicina y los más elementales principios de la técnica y, sumidos en la ignorancia más profunda, confían su futuro y encomiendan su suerte a un fetiche de piedra o a un ídolo de madera.

APENDICE

Cuadro sinóptico de relaciones mitológicas, basadas en los cinco grandes focos religiosos, Cielo y Tierra, Fuego, Sol y Luna

Nos ha parecido que habría de prestar suma utilidad al lector, para una rápida consulta o como resumen esquemático de lo expuesto en este libro, establecer un cuadro sinóptico de fácil manejo y clara comprensión, que resuma las grandes líneas mitológicas de las civilizaciones paganas. Para establecer este cuadro se ha partido de los grandes focos mitólogos de la Naturaleza (Cielo y Tierra, Fuego, Sol y Luna), y se han consignado las divinidades surgidas de estos troncos, registrando al mismo tiempo el paralelismo existente entre los diversos dioses de las diferentes culturas. Se han suprimido, para no recargar el cuadro, las numerosas divinidades menores o secundarias y sólo se han consignado algunos dioses locales cuando su importancia lo ha aconsejado, como ocurre con las importantes deidades locales de la ciudad de Babilonia. Creemos que este cuadro esquemático, ceñido a las deidades fundamentales, ayudará al lector en la comprensión del paralelismo y equivalencia de los grandes mitos universales.

MITOLOGIA	CIELO (Masculino)	TIERRA (Femenino)
AMERICA	Gran Manitú entre los pieles rojas	Tazi (en México), Pachamama (en el Perú)
ASIRIA	Assur (dios de la guerra)	Mylidath
CALDEA	Samdon, Ylum, Ylu, El, Entil (el viento), Ea, Anna o Annu y Marduk (en Babilonia)	Milita (en Babilonia)
CARTAGO		Astorect o Astarté
CELTA	Hu	Ertham y Ceridwen (la fecundidad)
CHINA	Pan-ku (dios creador), Tao (en el taoísmo)	Kuen
EGIPTO	Shu (el aire)	Isis
ESCANDINAVIA	Odín, dios de la guerra (Whotan para los germanos)	Frigga
FENICIA	Baalhaladim, Baalsamin, Elyom	Baaltis y Astarté o Ashera (en la ciudad de Sidón)
GRECIA	Zeus (el cielo y el rayo), Cronos (el tiempo) y Uranos	Gea, Demeter (la fecundidad) y Afrodita (el amor)
INDIA	Brahma (dios creador)	Guri
PERSIA	Ormuz (el Bien), Attis (en la «satrapía» o provincia de Frigia)	Anaid, Anaitis y Attis (en Frigia)
ROMA	Júpiter	Ceres (la fecundidad)

FUEGO (Masculino)	SOL (Masculino)	LUNA (Femenino)
	Huitzilopochtli (dios de la guerra en México), Tonatiuh (azteca), Inti (Imperio Inca)	
	Abad	Isthar y Semíramis
Gibil, Gishbar	Baal, Belo, Bel o Belus, Shamash, Mansol y Hércules	Isthar (el planeta Venus), Sin, Nannar, Nabo y Semíramis (en Babilonia)
Moloch	Hammón y Saturno	Juno
		Belisama, Oster
	Yang	In
Ptah (en Menfis)	Osiris, Horus, Ra, Atum, Anhur, Nower-Zum	Nephtys
Hela (del infierno)	Thor (dios del trueno) y Balder (Donar y Mannus en Germania)	Goia
Moloch o Melek	Baal, Belo, Bel (Adón en la ciudad de Biblos y Melicerte en Tiros)	Baaltis y Europa
Hades (el infierno), Hefestos (dios de la fragua) y el mito de Prometeo	Dionisios (el vino), Helios (o Apolo, dios de la luz, del canto y de la danza) y Zeus. Hyperión y Parsifae en Creta y Paris en Troya	Artemisa (la caza y la virginidad), Selene, Febé y Minos (en Creta)
Siva (dios destructor	Dionysius, Mithra, Aditya y Vishnú (dios conservador)	
Ormuz (adorado en el fuego)	Aman y Mithras	Artemisa, Urania y Cibeles (en Frigia)
Plutón (el infierno) Vulcano (dios de la fragua) y fuego sagrado de Vesta	Baco (el vino), Apolo (o Febo)	Diana (la caza y la virginidad), Venus (el amor) y Juno

INDICE

INTRODUCCIÓN 5

EL DESPERTAR DEL HOMBRE

La magia o hechicería. — La magia imitativa u homeopática. — La magia contaminante o contagiosa 10

EL PASO AL ESTADO RELIGIOSO

De la magia a la religión. — La función del hechicero. — Los reyes magos y los reyes dioses . 27

PRIMERAS MANIFESTACIONES RELIGIOSAS EN EL HOMBRE

Evolución de la primitiva sociedad humana. — Las primitivas creencias: naturalismo, animismo y el Gran Espíritu. — El toteísmo. — Los principios religiosos de la idolatría 41

ESENCIA Y UNIVERSALIDAD DE LOS MITOS

Los centros de unidad de los mitos. — Representación de los principales mitos: Cielo, Tierra, Sol, Luna y Fuego. — Las relaciones de los grandes mitos: los sagrados matrimonios . . 65

LAS MITOLOGIAS ORIENTALES

Las primeras civilizaciones. — Caldea. — Fenicia. — Asiria. — Egipto. — Persia. — La India . . 75

LAS MITOLOGIAS EUROPEAS

La civilización egea. — Grecia. — Roma. — Mítica celta y escandinava 104

OTRAS MITOLOGIAS

China. — Las civilizaciones de la América precolombina. — El imperio inca. — El imperio de los mayas. — El imperio azteca. — Los pieles rojas de Norteamérica 126

EL MONOTEISMO

El monoteísmo como sistema religicso. — Los hebreos. — El cristianismo. — El islamismo . . 139

MANIFESTACIONES Y PRACTICAS RELIGIOSAS

Formas de culto: Oración, adoración y sacrificios. — La lucha contra el mal. — Supersticiones y creencias groseras 159

LA RELIGION Y EL ARTE

Origen y significación del arte. — La religión y las artes plásticas: el culto. — La religión y las artes del tiempo: el rito 186

EPÍLOGO 213

APÉNDICE 219